

ATTENZIONE

1929

52-53

BPH

Consejo de Redacción

Año VI

Tomo XI

Núm. 52

1933

Ateneoa

**— Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes — —**

AGENCIA ESPAÑOLA DE
COOPERACIÓN CULTURAL
BIBLIOTECA HISPANICA
2005

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION

SUMARIO

008(83(05))

Romain Rolland.	<i>Beethoven a los treinta años.</i>
Roberto Meza Fuentes.	<i>Diafanidad.</i>
Januario Espinosa.	<i>Apuntes de lingüística.</i>
Domingo Melfi.	<i>Anclados en la ría.</i>
Raúl Silva Castro.	<i>Bitácora.</i>
Juliana Hermil.	<i>Meditaciones breves.</i>

HOMBRES, IDEAS Y LIBROS:

Francisco García Calderón.	<i>Julien Benda y los clérigos.</i>
Ricardo A. Latcham.	<i>La nueva poesía catalana.</i>
Carlos Keller R.	<i>El cálculo de los números índices.</i>
Carlos Acuña.	<i>Vidas de poetas: Baudelaire.</i>
Marc Ickowicz.	<i>El hombre de genio y las condiciones económicas.</i>
Oswaldo Vicuña Luco.	<i>Ecos de la visita de Ortega y Gasset.</i>
R. Mondría.	<i>Una traducción infame.</i>

NOTAS Y DOCUMENTOS

EX-LIBRIS — GLOSARIO DE REVISTAS

Universidad de Concepción. Chile

Precio: \$ 2.00 -- Abril de 1929

EN EL CURSO DE 1929

A T E N E A

PUBLICARA, ENTRE OTROS, LOS SIGUIENTES TRABAJOS, ESCRITOS ESPECIALMENTE PARA SUS PAGINAS:

LA INDIA EN MARCHA
por Romain Rolland
(inédito en francés y en castellano).

JOHN GALSWORTHY,
por Amanda Labarca H.

ENSAYO SOBRE LA CRÍTICA,
por Raúl Silva Castro.

SOMERSET MAUGHAM Y
SU ARTE DE NOVELAR,
por Mariano Latorre

LA NUEVA LITERATURA
MEXICANA,
por E. Abreu Gómez.

BENJAMÍN JARNÉS,
por Raúl Silva Castro.

TRES POETAS ESPAÑOLES
por Roberto Meza Fuentes

LOS PAYANOS (ENSAYO
ETNOLOGICO),
por H. Díaz Vera.

A D E M A S:

POEMAS

de Salvador Reyes, Pablo Neruda, Tomás Lago, Angel Cruchaga, María Monvel, Carlos Acuña, Félix A. Núñez, Manuel Rojas, José Manuel Sánchez, etc.

CUENTOS

de Mariano Latorre, Domingo Melfi, Marta Brunet, Manuel Rojas, González Vera, Luis Enrique Délano, Hernán Jaramillo, etc.

CRÓNICAS LITERARIAS Y CRÍTICA DE LIBROS

de Hernán Díaz Arrieta (*Alone*), Manuel Ugarte, Luis D. Cruz Ocampo, Enrique Molina, Raúl Silva Castro, Jaime Torres Bodet, Osvaldo Vicuña Luco, Mariano Picón Salas, Marta Vergara, Eduardo Solar Correa, Roberto Meza Fuentes, Carlos Acuña, Amanda Labarca H., Domingo Melfi (*Julián Sorel*), etc., etc.

Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y
BELLAS ARTES. PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

Año VI — Santiago, Abril de 1929 — Núm. 52

AGENCIA ESP.
COOPERACION

228

008 (83) (05)

Romain Rolland

1800: RETRATO DE BEETHOVEN A LOS TREINTA AÑOS

Versión castellana de Carlos De Ambrosis Martins,
con autorización expresa de M. Romain Rolland

Este nuevo y extraordinario estudio del ilustre autor de «Juan Cristóbal» no tiene ninguna relación con la «Vida de Beethoven» publicada por Romain Rolland hace veinte años. El maestro nos lo advierte a manera de introducción:

«Una vez más he vuelto a calentar mis ojos al sol de Beethoven. Diré lo que él ha sido para nosotros, para los pueblos de un siglo. Lo sé ahora mejor que en la época en que le cantaba un himno de adolescente...»

LA música de Beethoven es hija de las mismas fuerzas de la imperiosa Naturaleza, que acababan de probarse en el hombre de las *Confesiones*. Ambos forman la flora de una nueva época.

Admiro esos jóvenes que enseñan los puños a Rousseau, o a Beethoven... Es como si apostrofaran a la primavera o al otoño, a la caída fatal de las hojas, o al fatal renuevo de los brotes... Rousseau y el *Sturm und Drang*, estos chaparrones de Marzo, estas tempestades del equinoccio, anuncian que una

sociedad antigua se descompone para formarse otra nueva. Pero antes que se constituya la nueva, debe emanciparse el hombre-individuo. Las reivindicaciones del individualismo rebelde son a la vez indicio y furriel del orden venidero. ¡Cada cosa en su tiempo! El yo, en primer lugar. Después la comunidad.

Pertenece Beethoven a la primera generación de los jóvenes Goethe de Alemania, a esos Cristóbal Colón que, lanzados en la noche del borrascoso mar de la Revolución, descubrieron su yo, y lo conquistaron ávidamente. Los conquistadores abusan. Están deseosos de coger. Cada uno de estos yo libres quiere mandar. Si no puede hacerlo de hecho, lo hace en el arte. Todo él es un campo en donde se despliegan sus batallones de pensamientos, sus deseos, sus penas, sus furores y sus melancolías. Los impone. Después de la Revolución, el Imperio. Beethoven lleva a ambos en su interior. En sus venas circula la misma sangre de la historia. Porque así como la Gesta imperial tuvo que esperar a Hugo para hallar un poeta digno de ella que la cantase, en las sinfonías y las sonatas de Beethoven anteriores a 1815 se ha inspirado su *Iliada*; así cuando el hombre de Waterloo cayó, Beethoven «imperator» abdicó él también; se desterró como el águila en la roca, en una isla perdida en medio del mar, más perdida que el islote en el Océano de Africa, pues no oía las olas estrellarse contra las rocas. Está amurallado. Y cuando, del silencio se eleva la voz del yo de los últimos diez años, no es ya el mismo yo, ha renunciado al imperio de los hombres; está con su Dios.

Pero el que estudiaré hoy es el yo de los combates. Es el más viril de los músicos. No tiene nada de femenino. Nada de esos espejismos de niño para quienes el arte y la vida son sólo burbujas de jabón... Es el escultor varonil que domina la materia y la dobléga entre sus manos. El maestro constructor para quien la Naturaleza es el taller. Para el que sepa mirar las campañas del Espíritu, que iluminan las victorias de la *Eroica*, del *Ut mineur* y de la *Appassionata*, lo más sorprendente no es la enormidad de los ejércitos, las olas sonoras, las masas que se lanzan al asalto: es el espíritu que manda, la razón imperial.

II

Pero antes de referirnos a la obra, hablemos del obrero. Reedifiquemos desde luego la armazón. El cuerpo.

Está construído con cal y arena. El espíritu de Beethoven

tiene la fuerza por soporte. Una musculatura poderosa y un cuerpo atlético. Veamos su gran estatura, sus piernas fuertes, su ancha espalda, su rostro rojo-oscuro curtido por el viento y el sol, el bosque de su melena negra, erizada, las cejas pobladas, la barba hasta los ojos, la frente y el cráneo anchos y altos, «como la bóveda de un templo», de robustas mandíbulas «que masticarían nueces», la boca y la «voz de león». No hay uno sólo de los que lo han conocido, que no se haya asombrado de su vigor físico. «Era la fuerza en persona», dice el poeta Castelli. «Ein Bild der Kraft», escribe Seyfried. Y esta fuerza no se desmiente nunca hasta los últimos años, hasta el pistoletazo de su sobrino, que le ha herido en el corazón. (El sobrino a quien amaba como a un hijo, quiso suicidarse.) La palabra «ciclópeo» sirve para caracterizarlo. Otros evocan a Hércules. Es un fruto duro, nudoso y agudo de la edad que ha producido a Mirabeau, a Dantón y a Napoleón.

Conserva esta fuerza mediante fuertes abluciones de agua fría, el cuidado que tiene de la limpieza corporal y sus diarios paseos durante toda la tarde, después de la comida, y que suelen durar hasta la noche. Además duerme profundamente, de lo cual se lamenta el ingrato.

Un régimen substancioso y sencillo. Nada de excesos. Nada de golosinas. Nada de beber (en mal sentido), como se ha dicho equivocadamente. Amante del vino como buen renano, pero sin abusar de él. Más que de carne, comedor de pescado: es su placer. Pero su cocina es rústica y ruda; los estómagos delicados no la soportan.

El espíritu que lo posee le devuelve, a medida que envejece, sus condiciones de vida desordenada. Le sería necesario una mujer que velara por él, sin lo cual se olvida de comer, y no tiene hogar. Pero no hay ninguna mujer que se dedique totalmente a él; y puede ser que su independencia le hiciese rechazar de antemano los derechos que alegaría sobre él semejante abnegación. Sin embargo, ama a la mujer y tiene necesidad de ella. Se ha exagerado su continencia sexual. Ciertas notas de su diario, que datan de 1816, en testimonio de su repugnancia, atestiguan lo que pudo gustarle la Venus de paso. Pero tiene del amor un sentimiento muy elevado para degradar sin vergüenza, estos encuentros «bestiales», como él decía. Termina por desterrar de su vida apasionada toda sensualidad. Y cuando la bien-amada de antaño, Giulietta, siempre bella, viene llorando a ofrecerse a él, la rechaza con desprecio. Defiende contra ella la santidad de sus recuerdos. Y defiende su arte, su Dios, contra la mancilla...

Esta dominación del espíritu sobre la carne, esta poderosa constitución moral y física, esta vida sin exceso, habríale debido asegurar una salud inquebrantable. Roeckel, en 1806, que lo vió desnudo, resoplando en el agua, como un Tritón, dice «que se le hubiera podido predecir la edad de Matusalén».

Pero ha venido al mundo con una herencia. La probable disposición a la tuberculosis, procedente de su madre. El alcoholismo de su padre y de su abuela, al que ha resistido moralmente, pero que ha debido marcar sus defectos en el organismo. Una enteritis violenta, de la que sufre desde temprana edad. Quizá la sífilis. La debilidad de la vista y la sordera. Sin embargo, no es de ninguno de esos males del que ha muerto, sino de cirrosis del hígado. Además, en su última enfermedad se produjeron circunstancias fortuitas que determinaron la muerte: al principio una pleuresía a consecuencia de volver rápidamente en pleno y glacial diciembre, sin ropa de invierno, del campo a Viena, en el coche de un lechero; y, cuando esta primera enfermedad parecía haberse dominado, una nueva escena de cólera, que causó la recaída... De todas estas grietas del edificio, la única que atacó — terriblemente — al espíritu, fué, como es bien sabido, la sordera.

III

Pero en el punto de partida — que sería para el resto de los hombres un punto de llegada —, hacia 1800, a los treinta años, cuando ya ha conquistado el primer puesto, al lado del viejo Haynd, su fuerza parece intacta, y tiene la conciencia orgullosa... Quien se libra de las ligaduras y de la mordaza de un viejo mundo decadente, de sus amos, de sus dioses, debe mostrarse digno de su nueva libertad, debe poder llevarla. ¡Si no, que permanezca atado a la cadena!... La condición primera del hombre libre es la fuerza... Beethoven la exalta. Es conducido a sobreestimarla. «Kraft über alles!...». Hay en él del «Uebermensch» de Nietzsche, antes de la carta. Si puede ser generoso con ímpetu, es que tal es su naturaleza y le agrada ser regiamente desprendido «con los amigos en la necesidad» de su botín conquistado. Pero podría también ser despiadado, sin miramientos: en momentos lo es. No hablo de sus furiosas cóleras en las que no respeta a nadie, ni aún a sus inferiores. Profesa algunas veces una moral del más fuerte — «Faustrecht»:

La fuerza es la moral de los hombres que se distinguen de los otros; y es también la mfa.

Es rico en el desprecio; desprecio del débil, del ignorante, del pueblo, lo mismo que de la aristocracia, y hasta de la buena gente que lo ama y lo admira; desprecio de todos los hombres, que es terrible, en el fondo, y que no ha logrado nunca eliminarlo del todo. Ni aún en 1825:

Nuestra época tiene necesidad — dice — de poderosos espíritus que zurren a estos miserables, gruñones, taimados, pordioseros de almas humanas.

En una carta de 1801 a su íntimo Amenda lanza este insulto a propósito de un hombre que le es fiel hasta el último suspiro, que se hace conducir enfermo a una casa vecina en que agoniza Beethoven, para tomar parte en los horrores de sus últimos días:

Yo los taso, a él y a los de su especie, solamente según lo que me producen. Los miro como simples instrumentos, de los cuales me sirvo cuando me da la gana.

Esta fanfarronada de cinismo, del cual hace ostentación ante el más religioso de sus amigos, la exhibe más de una vez en su vida, y sus enemigos se sirven de ello. Hacia 1825, cuando Holz entró en relación con él, el editor Steiner le dijo que hacía bien en servir a Beethoven, pero que Beethoven lo arrojaría después de haberse servido de él, como hacía con todos sus fámulos... Y Holz se lo contó todo a Beethoven.

A tales imputaciones da el mentís, en toda su vida, el torrente de su ardiente humanidad. Pero es necesario reconocer que las dos corrientes: el gran amor, el gran desprecio, chocan a menudo en él y que en plena juventud, cuando la victoria rompía todas las esclusas, el desprecio hervía.

Yo no idealizo. ¡Perdónenme las almas sensibles! Describo el hombre tal como lo veo...

Pero aquí es donde nos va a sorprender el sublime, el antiguo destino hiriéndole, como a Edipo, en su orgullo, en su fuerza, en lo más sensible, en su oído, en el instrumento de su superioridad.

Nosotros, que podemos a un siglo de distancia juzgar la tragedia, prosternémonos. Digamos: ¡Heilig! ¡Heilig! ¡Bendita sea la desgracia que te ha herido! ¡Benditos tus oídos tapados!...

No es solamente necesario el martillo; es necesario también el yunque. No hubiera habido tragedia sino un hecho cualquiera, si el destino hubiese encontrado un débil, un gran hombre falso para doblarle el dorso bajo la carga... Ha encontrado

a uno de su talla, que «le coge por el cuello», que se ha agarrado salvajemente a él toda la noche hasta el alba — la última — y que, muerto solamente, ha debido tocar la tierra con los dos hombros, pero que, muerto, es llevado, vencedor, sobre el pavés. Es que de su miseria ha hecho una riqueza, y de su achaque, la varita mágica que abre la roca.

IV

Volvamos a su retrato, en esa hora decisiva en que el destino va a hacer su aparición. Saboreemos lentamente el goce duradero del combate en la arena, entre la fuerza sin nombre y el hombre con cara de león...

Este «Uebermensch» sobre el cual se cierne la tormenta (las cimas llaman al rayo) está picado como de viruelas por los caracteres morales del tiempo: el espíritu de la revuelta, la antorcha de la Revolución. Desde la época de Bonn se han afirmado. El joven Beethoven estudiante ha seguido en la Universidad, en 1789, los cursos de Euloge Schneider, el futuro acusador público del Departamento del Bajo-Rhin. Cuando se sabe en Bonn la toma de la Bastilla, Schneider lee en la cátedra una poesía inflamada que levanta el entusiasmo de sus alumnos. Al año siguiente, el «Hofmusicus» Beethoven suscribe en la colección de poesías revolucionarias, donde Schneider lanza al antiguo mundo el reto heroico de la democracia que viene:

Despreciar el fanatismo, romper el cetro de la estupidez, combatir por los derechos de la Humanidad, ¡ah! esto ningún lacayo de los príncipes puede hacerlo. Es necesario almas libres que prefieran la muerte a la adulación, la pobreza a la servidumbre... Y sabed que de tales almas, la mía no será la última...

¿Quién habla? ¿Es Beethoven? Las palabras son de Schneider. Pero Beethoven las ha hecho carne. Esta orgullosa profesión de fe republicana, el joven jacobino, que tendrá después tiempo de sobra para cambiar su convicción política, pero que no cambiará jamás su convicción moral, la lleva arrogantemente entre la alta sociedad, en los salones de Viena, donde, desde sus primeros éxitos, trata sin miramiento a la aristocracia que lo festeja...

V

Este espíritu de revuelta orgullosa no se eriza solamente contra los de otra clase, sino también contra los de su clase,

contra los demás músicos, contra los maestros de su arte, contra las reglas.

«—Las reglas prohíben tal sucesión de acordes.»

«—Y yo, la permito.»

Si se muestra arrogante ante los otros, no lo es ante sí mismo. Hablando de sus defectos a Czerny, de su educación que le falta, dice: «Y sin embargo, yo tenía talento para la música...»

Nadie ha trabajado más rudamente, con mayor paciencia y tenacidad desde sus primeros a sus últimos días. Su curiosidad de espíritu es inmensa. Cuando se acerca la hora postrera, dice: «Empiezo a aprender».

¡Paciencia! Ya el hierro se desprende de los minerales en fusión. El amor celoso de la gloria, que sostiene sus rivalidades de virtuoso y las excitaciones del público, sólo es como erupción en la piel de los niños. Cuando sus amigos le hablan de su renombrada juventud:

¡Ah! ¡qué tontería! Jamás he pensado en escribir por la fama ni por la gloria. Es necesario que salga lo que tengo en el corazón; he aquí por qué escribo.

Todo está subordinado a la voz imperiosa de su vida interna.

VI

Siempre está solo. Se aísla desde la infancia con fuerza singular, por todas partes donde se encuentra, en la calle o en los salones. Cuando Mme. de Breuning lo ve así perdido en lontananza, olvidando todo, dice que tiene su «raptus». Más tarde, esto será como un abismo en que el espíritu desaparecerá de la vista de los hombres durante horas o días. No tratéis de llamarlo: sería peligroso. El sonámbulo no os lo perdonaría.

La música desarrolla en sus elegidos esta potencia de concentración sobre una idea, esta forma de «yoga» completamente europea, marcada con los caracteres de acción y de dominación del Occidente; pues la música es una construcción en marcha, en la cual todas las partes deben tomarse simultáneamente. Exige del alma un movimiento vertiginoso en la inmovilidad. La vista lúcida, la voluntad pendiente de ella, un vuelo cernido del espíritu sobre todo el campo del ensueño. En ningún otro músico este abrazo del pensamiento fué más violento, más continuo, más sobrehumano. Beethoven no suelta jamás la idea que tiene antes de poseerla. Nada le distrae en la persecución. No es en balde el que su juego pianístico esté

caracterizado por el «legato»: oponiéndose al juego de Mozart, fino, picado y cortado, así como al de todos los pianistas de su tiempo. Todo está ligado en este pensamiento que parece brotar por golpes torrenciales. La domina. Se domina. Parece entregado al mundo por sus pasiones. Pero, de hecho, nadie puede leer en el fondo de él el pensamiento que pasa.

A los treinta años goza en su intelecto de un equilibrio formidable sobre los elementos opuestos. Si fuera del arte deja de buena gana sus pasiones desbridadas, en arte les tritura la boca con el freno, y con un puño de acero.

VII

¿El Dios que lleva dentro de sí será acaso un Lucifer?...

«Dios» no es en mi boca una imagen literaria. Cuando se habla de Beethoven, es necesario hablar de Dios: Dios es para él la primera, la más real de las realidades. Lo veremos en todos sus pensamientos. Puede tratarlo de igual a igual, o como amo. Puede mirarlo como a un compañero de su vida a quien maltrata, como a un tirano a quien maldice, como un pedazo de yo, o como un amigo rudo, un padre severo «qui bene castigat...» (El hijo de Johann van Beethoven ha experimentado, siendo niño, el valor del procedimiento...) Pero sea quien fuere el que resista a Beethoven, éste le resistirá a todas horas del día, es de la casa y se aloja con él: no se ausenta nunca. Los otros amigos pasan. El sólo está siempre allí. Y Beethoven lo apremia con sus quejas, con sus reproches, con sus preguntas. El monólogo interior es constantemente de dos. Encontraréis por todas partes, y desde las primeras obras, estos diálogos del alma, de las dos almas en una, enlazadas y opuestas, discutiendo, batallando, cuerpo a cuerpo ligadas, ¿puede saberse acaso, si para la guerra o para el abrazo?... Pero una es la voz del Maestro. Nadie se equivoca.

Hacia 1800, Beethoven le contesta, reconociéndolo. Sin cesar, la lucha vuelve a proseguir. Cada vez el Maestro imprime en el alma su sello ardiente. Y acecha el incendio. Espera. Todavía no es sino el primer fuego el que se enciende al débil aliento de Amenda, el religioso amigo. Pero la llama y la hoguera están listas. ¡Llega el viento!...

Hélo aquí.

VIII

El mal que cae sobre él, entre 1800 y 1802, como la tor-

menta de la «Pastorale» — ya no se volverá a ver más al joven cielo en su flor — lo hiere a la vez en todo su ser: en su vida social, en el amor y en el arte. Todo es alcanzado. Nada escapa. La vida social, desde luego. ¡No es poca cosa para el Beethoven de 1800!...

Imagínese el brillo de un artista que acaba de dar al mundo, en cinco años, las diez primeras sonatas para piano (y, en el número, *La Patética*), las cinco primeras sonatas para piano y violín, los ocho primeros tríos, los seis primeros quatuors y (de un golpe, en un ramillete arrojado a los pies del príncipe Lobkowitz) los dos primeros conciertos para piano y orquesta, el «Septuor», la *Serenade*.

Sólo nombro las obras más célebres, aquellas cuyo fuego, un siglo después, no ha palidecido en absoluto. ¿Se puede representar el tesoro de poesía y de pasión que este genio mozo ha vertido allí dentro: gracia melodiosa, humor y fantasía, furores desencadenados, o sombríos sueños? Todo un mundo nuevo, como lo han sentido inmediatamente sus contemporáneos, y sobre todo, la gente joven. Como diría Luis Schlosser:

«El héroe musical, cuyo genio desencadenó el infinito interior ha fundado una nueva era del arte...»

También esta música para teclado y para orquesta de cámara (puesto que este fogoso genio ha tenido la rara paciencia de emprender la conquista de la gran sinfonía una vez que pudo someter todo el dominio de la *Kammermusik*) gozó de una popularidad sin ejemplo. Antes de los treinta años es reconocido como el más grande de todos los compositores para teclado; y, en cuanto a los demás, se consideran solamente como sus iguales a Mozart y a Haynd. Desde los primeros años del siglo se toca su música en toda Alemania, en Suiza, en Escocia, en París (1803). A los treinta años es ya el vencedor del porvenir.

IX

Hay biógrafos que se complacen en dar lecciones a sus héroes. Los de Beethoven no han dejado de hacerlo. En el curso de la monumental obra que le han consagrado, Thayer y sus sucesores alemanes se dedican a probar que sus desgracias (hasta la sordera) Beethoven las tiene bien merecidas.

¡Es verdad! Hizo mal en no saber adaptarse a la medida ordinaria. Ponen mucho celo en demostrar que no fué en suma tan desgraciado. Verdad es que este desgraciado llevaba en sí la inmensa alegría de las Sinfonías...

Pero cuando toman como argumento su risa para negar su dolor, carecen no solamente del sentido de la grandeza, sino también de la más elemental humanidad. La historia, en manos de eruditos concienzudos que buscan la vida en los archivos, sin buscarla en el hombre, es una traición. Yo no quisiera ser injusto. Han recogido meticulosamente, con paciencia de hormigas, un tesoro de documentos, los cuales no podremos agradecerles lo bastante; y su sangre de buenos músicos se enardece de vez en cuando para rendir un bello homenaje a la perfección del arte. ¡Pero qué despojados de vida están! ¡Y cómo la vida es para ellos un indescifrable enigma! Ninguna psicología. Y sobre todo, no se dan cuenta nunca de las proporciones del héroe. Lo miden con el metro común a todos los hombres. Tienen razón. ¡Tienen la culpa! Su metro les da derecho a juzgar desproporcionada la montaña. Es que lo ven de abajo. Y la montaña, a su vez, tendría derecho a tacharlos de este «Geist der Kleinlichkeit» (este espíritu de pequeñez) que Beethoven, irritado, atribuía a uno de sus buenos amigos, y que él abominaba.

Beethoven no sería Beethoven si todo lo que es no lo fuese «con exceso». No elogio. No censura. Trato de pintarlo *todo*. Quien quiera comprenderlo debe poder abarcar el exceso de estos contrastes, que forman el balancín natural de su potente equilibrio. Sí, Beethoven es capaz de poseer casi simultáneamente — al menos en su juventud — la alegría y el dolor. El uno no excluye a la otra. Son los dos polos de su «genio eléctrico». Por allí se descarga y vuelve a cargarse su formidable vitalidad. Lo más extraordinario en él no es su capacidad enorme de sufrir y de amar, sino la elasticidad de su naturaleza. La crisis de 1802 es el ejemplo magnífico.

Beethoven está abatido. Jamás salió del pecho de un hombre un grito más desgarrador de desesperación que esta carta testamentaria (que nunca fué enviada). Mide la tierra. Pero es como el titán de la fábula, para volverse a levantar de un brinco, con una fuerza decuplicada...

« ¡No, yo no lo soportaría!... »

Domina al Destino...

«Tú no lograrás doblegarme por completo... »

En tales naturalezas el exceso del dolor determina la reacción saludable. La fuerza crece, con el enemigo que lo asalta. Y cuando el hombre abatido se yergue, no es ya un hombre solo: ES EL EJÉRCITO EN MARCHA DE «LA HEROICA».

Roberto Meza Fuentes

DIAFANIDAD

PROPOSITO

Toda mi vida en un verso cantara:
verso de azul que de otoño se viste:
en una clásica forma preclara
una armonía recóndita y triste.

LA PUERTA

Quien no ha nacido artista no cruzará esta puerta.
El que medite o sueñe la hallará siempre abierta.
Tras su reja la vida en flor es una huerta.
Los vacíos de espíritu la encontrarán desierta.

LA FUENTE

El alma de mi dueño se refleja en la fuente:
si en ella hundes la mano, tiembla armoniosamente,
aunque agites su linfa, es siempre transparente:
y se llena de estrellas castas, eternamente.

LA CHIMENEA

A la sombra antigua del viejo encinar
mancebos y mozas vinieron a holgar:
hoy su risa rosada ilumina el lar
y crepita en el fuego familiar del hogar.

RETRATO DE MUJER

Para el poeta que busca la eterna perfección
vaso de maravilla es tu cuerpo pagano
y riman como versos de una misma canción
el oro del cabello y el marfil de la mano.

Lámpara de inefable y serena emoción
derrama luz de ensueño y amor tu corazón.

Con manos de ternura y de delicadeza
como flor de leyenda te amasó la Belleza.

FUENTE EN EL ALBA

La fuente en el alba se torna canción:
palpita en su entraña la sangre del cielo,
el árbol esponja su verde vellón
y el ave detiene su canto y su vuelo.

(Está con el agua ritmando su son
la fuente de sangre de mi corazón.)

OTRAS SOLEDADES

24

Dormida en su nido azul
se columpia la estrella en el árbol.

25

Dormía el mar y en su lomo esmeralda
rielaban sus lentas escamas de plata.

26

¿Seguirá cantando esta noche
el tic tac de mi corazón?

27

Soledad,
alameda de música, senda de alas.

28

Te disolviste en mis pupilas
como burbuja de oro.

29

Abre la barca las alas blancas
en el camino azul del río.

30

Se está ahogando mi mirada
en el remanso del espejo.

31

Desde el puente atalayo la aurora
como un capitán derrotado
que sueña futuras victorias.

32

Selva remota de mi infancia,
cantas en el vaso
de agua cotidiana.

33

Abro el barro de mis manos
y el sol lo llena de monedas de oro.

34

Estrujó la rosa contra su corazón
sus mil poemas de olor y color.

35

La cruz del sur se ha dormido en las jarcias.
La mece el mar con su canto de cuna.

36

Canto del hombre amasado a través de los siglos:
efímera letra escrita con polvo en la arena.

37

Gota de miel con alas,
— la abeja —
en el sol morado de la cineraria.

38

El azul del cielo en el mar se ha dormido:
no rompáis el encanto:
no hagáis ruido.

39

Yo lo miraba reventar blanco de espuma
como una copa hirviente de metáforas.

40

Campana de cristal de la medusa,
haces cantar como una madre al mar.

41

Bramó la tempestad, toro invisible,
y holló el férvido prado de esmeralda,
rompió en esquirlas de cristal su entraña
y resonó como en una agonía
su entraña viva de montaña azul.

42

Mi vida es un arroyo que sigue un claro curso
y cada albada cambia su cara cristalina.

43

Posa
en la rosa de mi poema
la mariposa azul de tu mirada.

44

Amarrados a nuestras galeras
escuchemos cantar las estrellas.

45

Claro y cantante por la ventana entró el paisaje.

APUNTES DE LINGÜÍSTICA

¿**N**O es interesante preocuparse en el origen de las palabras? Interesante y útil, porque no está de más saber lo que realmente queremos decir.

Son, no obstante, muy escasos los que se inclinan por estas cosas. Usan de un instrumento que tienen a mano, sin saber de dónde viene ni por quién fué construído. Y suelen usarlo mal, lo que trae grandes consecuencias.

Lo principal es establecer cómo nació el lenguaje en el hombre. ¿Se pasó lentamente del grito de las bestias a las articulaciones mas simples? Es lo que piensa la mayoría de los sabios. Renan (*De l'origine du langage*) no es de esta opinión: para él el lenguaje nació en el hombre con el despertar de la conciencia. Piensa también que debe desecharse la idea de un dialecto primitivo, origen de todas las lenguas: el lenguaje debió aparecer en distintas regiones y seguir un desarrollo distinto. Así puede explicarse que el chino, por ejemplo, sea tan diferente de las lenguas indo-europeas y semíticas. Resulta más lógico buscar en la diversidad de las razas la diversidad de los idiomas. El espíritu de cada pueblo guarda estrecha conexión con su lengua. La raza religiosa y sensual de los pueblos semíticos se revela en esas lenguas enteramente físicas, en las cuales la abstracción es desconocida y la metafísica imposible. Organos de una raza monoteísta, llamada a simplificar el espíritu humano y a fundar en el mundo, por la triple predicación judía, cristiana y musulmana, una religión más razonable, las lenguas semíticas no tienen perspectivas, arranques ni matices. Las lenguas semíticas ignoran casi el arte de subordinar los miembros de la frase los unos a los otros. Llanas y sin inversiones, no conocen otro

procedimiento que la yuxtaposición de las ideas, a la manera de la pintura bizantina. Carecen enteramente de estilo. Juntar las palabras en una proposición es su último esfuerzo; y no son capaces de hacer igual cosa con las proposiciones.

Por el contrario, así como la investigación reflexiva, independiente, severa, audaz, filosófica de la verdad, parece haber sido la herencia de esta raza indo-europea que, desde el fondo de la India hasta la extremidad del Occidente y del norte, desde los siglos más lejanos hasta los tiempos modernos, ha tratado de explicar a Dios, al hombre y al mundo por la ciencia: asimismo las lenguas de esta familia parecen creadas para la abstracción y la metafísica. Muestran una flexibilidad maravillosa para expresar las relaciones más íntimas de las cosas por las flexiones de sus nombres, por los tiempos y los modos tan variados de sus verbos, por sus palabras compuestas, por la delicadeza de sus partículas. Son las lenguas del idealismo, y no podían aparecer sino en una raza filosófica, y una raza filosófica no podría desarrollarse sin ellas.

Y, por último, el idioma chino, con su estructura inorgánica e incompleta, monosilábico, sin flexiones, sin gramática, ¿no es la imagen de la sequedad de espíritu y de corazón que caracteriza a la raza china? Suficiente para las necesidades de la vida, para la técnica de las artes manuales, para una literatura ligera de baja ley, para una filosofía que no es sino la expresión, a menudo fría, pero nunca elevada, del buen sentido práctico, la lengua china excluye toda filosofía, toda creencia, toda religión, en el sentido que nosotros damos a esos vocablos.

Cree igualmente Renan que la onomatopeya ha sido la ley del lenguaje primitivo. La elección del nombre de las cosas no pudo ser algo arbitrario; y se puede afirmar que de todas las palabras actualmente usadas no habrá una sola que no tenga una razón suficiente, y no se relacione, a través de mil transformaciones, con una elección primitiva. El motivo determinante para la elección de las palabras ha debido ser, en la mayor parte de los casos, el deseo de imitar el objeto que se quería expresar. El verbo «romper», por ejemplo, se expresaba en sánscrito por *rug*, en alto-bretón por *rogan*, en latín por *frac*, y por *brechen* en alemán. ¿No es esto la expresión del ruido en sus distintos matices? Resumen: la elección del nombre no fué nunca arbitraria, sino siempre motivada.

* * *

El profesor ginebrino Ferdinand de Saussure (*Cours de Linguistique Générale*) aborda el problema con mayor profundidad, y deduce leyes interesantísimas.

Se cree comunmente — dice — que un idioma se altera más rápidamente cuando la escritura no existe: nada más falso. El lituano no es conocido por documentos escritos sino desde 1540; pero en esta época tardía ofrece, en su conjunto, una imagen tan fiel del indo-europeo como el latín del siglo III antes de Jesucristo. Esto sólo basta para demostrar cuán independiente de la escritura es la lengua.

Lo esencial es que hay un desacuerdo permanente entre la escritura y la pronunciación. Las causas son numerosas, pero basta señalar las más importantes. Ante todo, las lenguas evolucionan sin cesar, mientras que la escritura tiende a quedar inmóvil. Consecuencia: que la escritura concluye por no corresponder a lo que debe representar. Ejemplo: en el siglo XI se pronunciaba *reí, leí* en francés y se escribía *rei, lei*. En el siglo XIII empezó a pronunciarse *roí, loí* y a escribirse *roi, loi*. En el siglo XIV ya se pronunciaba *roé, loé* y se continuó, no obstante, escribiendo *roi, loi*. En el siglo XIX ya se pronunciaba *ruá, luá*, como ahora, y ha continuado escribiéndose *roi, loi*, como en el siglo XIII.

Otra causa de desacuerdo entre la grafía y la fonética: cuando un pueblo proporciona a otro su alfabeto, ocurre a menudo que los recursos de ese sistema gráfico no se adaptan completamente a la nueva función. Hay necesidad entonces de recurrir a expedientes: se usará, por ejemplo, dos letras para designar un solo sonido; es el caso para el sonido de las lenguas germánicas que se representa por *th*, debido a que en el alfabeto latino no existe ninguna letra que lo represente. El rey merovingio Childerico trató de añadir a las letras latinas un signo especial para ese sonido; pero no tuvo éxito, y el uso consagró a *th*. El inglés de la edad media tenía una *e* cerrada (por ejemplo en *sed*, «semilla») y una *e* abierta (por ejemplo en *led*, «conducir») y no encontrando en el alfabeto signos distintos para esos dos sonidos, se imaginó escribir *seed* y *lead*.

Largo de enumerar sería esto de las inconsecuencias de la escritura. Así en francés se emplean tres signos para indicar un solo sonido: *j, g, ge* (*joli, geler, geai*). Vale aun señalar las «grafías indirectas». Bien que en alemán no haya consonantes dobles, en *Zettel, Teller*, etc. se escribe *tt, ll* con el solo fin de indicar que la vocal precedente es breve y abierta. Es por una aberración del mismo género que el inglés añade una *e* muda final para alargar la vocal que precede: comparad *made*

(pronunciado *meid*) y *mad* (pronunciado *mad*). Pero, en fin, las consonantes dobles tienen algún fin en estos idiomas. En francés las dobles consonantes en *souffrir*, *bourru*, *sottise*, etc., son ilegítimas e innecesarias. Ocurre también que no siendo fija y buscando su regulación, la escritura titubee; de ahí esas ortografías fluctuantes que representan los ensayos hechos en diversas épocas para figurar los sonidos. Así en *ertha*, *erdha*, *erda*, o bien *thri*, *dhri*, *dri* del antiguo alto-alemán, *th*, *dh*, *d* representan el mismo elemento fónico, ¿pero cuál? Imposible saberlo por la escritura. El resultado evidente de todo esto es que la escritura empaña la vista de la lengua: ella no es un vestido sino un disfraz. Se ve bien por la ortografía de la palabra francesa *oiseau*, en la cual ni uno solo de los sonidos de la palabra hablada (*uazó*) está representado por su signo propio; no resta nada de la imagen de la lengua. Otro resultado es que mientras menos la escritura representa lo que debe representar, más se refuerza la tendencia a tomarla por base. Los gramáticos se encarnizan en llamar la atención sobre la forma escrita. ¿Con qué fin se conserva en francés la *h*, si no representa sonido alguno? En un tiempo la *h* era aspirada en las palabras de origen germánico: *hache*, *hareng*, *honte*, etc.; pero la *h* aspirada no existe ya. Es un signo inútil. (Lo mismo puede decirse respecto del español.)

Punto importante es establecer si ha existido alguna razón determinante para dar este nombre y no otro a cada cosa. Y habrá que llegar a la conclusión de que nada liga al significante con el significado; o más claro: que el signo es arbitrario. Así la idea de *soeur* («hermana») no está ligada por ninguna razón interior con la serie de sonidos *s - o - r*, que le sirven de significante; podría ser representado por cualquier otro: lo comprueban las diferencias entre las lenguas y la existencia misma de lenguas diferentes. El significado *boeuf* («buey») tiene por significante *b - o - f* en Francia y *o - k - s* (*ochs*) al otro lado de la frontera. Podría uno apoyarse sobre la onomatopeya para decir que la elección del significante no es siempre arbitraria. Pero ellas no son nunca elementos orgánicos de un sistema lingüístico. Su número es, por lo demás, mucho menor de lo que se cree. Palabras francesas como *fouet* («látigo») o *glas* («campaneo funerario») pueden impresionar ciertos oídos por su sonoridad sugestiva; pero para ver que no tienen ese carácter desde el origen, basta remontar a sus formas latinas (*fouet* deriva de *fagus*, «haya, árbol»; *glas* — *clasicum*). La cualidad de sus sonidos actuales, especialmente la que se le atribuye, es un resultado fortuito de la evolución fonética. En

cuanto a las onomatopeyas auténticas (las del tipo *glu - glu, tic - tac*, etc.), no solamente son poco numerosas sino hasta cierto punto arbitrarias, puesto que no son sino imitaciones aproximadas y semi-convencionales de ciertos ruidos. Por otra parte, una vez introducidas en las lenguas, son más o menos arrastradas por la evolución fonética, etc., que sufren las otras palabras (v. g. *pigeon*, del latino vulgar *pipio*, derivado el mismo de una onomatopeya), prueba evidente de que han perdido algo de su carácter primitivo para recibir el del signo lingüístico en general, que es inmotivado.

Ahora, si con relación a la idea que representa, el significante aparece como libremente elegido, en desquite, con relación a la comunidad lingüística que lo emplea, no es libre. La masa social no es para nada consultada, y el significante elegido por la lengua no podría ser reemplazado por otro. Este hecho, que parece envolver una contradicción, podría ser llamado familiarmente «la carta forzada». Se dice a la lengua: «¡Elegid!» pero se añade: «Será ese signo y no otro.» No sólo cualquier individuo no podría, si lo quisiera, modificar en ningún sentido la elección ya hecha, sino la masa misma no puede ejercer su soberanía sobre ninguna palabra: está ligada a la lengua tal como es. En el hecho, ninguna sociedad conoce ni ha conocido nunca la lengua de otra manera que como una herencia de las generaciones precedentes. Es por eso que la cuestión del origen del lenguaje no tiene la importancia que se le atribuye generalmente. En todo instante, la solidaridad con el pasado hace fracasar la libertad de elegir. Decimos «hombre» y «perro» porque antes de nosotros se ha dicho «hombre» y «perro».

Pero el tiempo, que asegura la continuidad de la lengua, tiene otro efecto, en apariencia opuesto al primero: el de alterar más o menos rápidamente los signos lingüísticos, y en un cierto sentido se puede hablar a la vez de la inmutabilidad y de la mutabilidad de la lengua. Y cualesquiera que sean los factores de alteración, que se traten aisladamente o combinados, tienden siempre a un *desplazamiento de la relación entre el significante y el significado*. Un ejemplo: el latín *ne-care*, que significa «matar» se ha convertido en el francés *no-yer* (ahogar). Es que una lengua es radicalmente impotente para defenderse contra los factores que desplazan, de instante en instante, la relación del significado y del significante. Es una de las consecuencias de lo arbitrario del signo.

Por otra parte, estos cambios que sufren las lenguas son debidos a diversas causas. Un ejemplo: en francés el acento

cae siempre sobre la última sílaba, a menos que ésta tenga una *e* muda. Es un hecho sincrónico, una relación entre el conjunto de las palabras francesas y el acento. ¿De dónde deriva? De un estado anterior. El latín tenía un sistema de acentuación diferente y más complicado: caía el acento sobre la penúltima sílaba cuando ella era larga, y si era breve, sobre la antepenúltima (ejemplo: *amicus*, *ánima*). Esta ley evoca relaciones que no tienen la menor analogía con el francés. Sin duda, es el mismo acento que ha permanecido en la misma colocación: en la palabra francesa cae siempre en la sílaba que lo llevaba en latín: *amicum*: «ami»; *anima*: «âme». Así, pues, todo lo que estaba después del acento, o ha desaparecido o se ha reducido a *e* muda. En cuanto a los hechos semánticos, se deben a causas particulares; no son sino un accidente entre todos los que registran la historia de la lengua. Si el francés *poutre* significaba antes «yegua» y ahora una gran pieza de madera, «viga», es por un motivo aislado y no debido a hechos que hayan ocurrido en el mismo tiempo. En conclusión, se puede sentar el principio de que todos los cambios en la lengua son debidos a la palabra, no a la escritura. En el lenguaje hablado está el germen de todos los cambios: cada cambio es lanzado por cierto grupo de individuos antes de entrar en el uso. El alemán moderno dice *ich war*, *wir waren*, mientras que el antiguo alemán, hasta el siglo XVI, conjugaba: *ich was*, *wir waren* (el inglés dice aun: *I was*, *we were*). ¿Cómo se ha efectuado esta sustitución de *war* a *was*? Algunas personas, influenciadas por *waren*, crearon *war* por analogía; eso era un hecho parlante; esta forma, a menudo repetida, y aceptada por la comunidad, se hizo un hecho en la lengua.

De Saussure divide la lingüística en dos partes: *diacrónica* y *sincrónica*. La primera estudia la lengua a través del tiempo, la segunda dentro de una época. Desde el punto de vista sincrónico, cree que para determinar el valor de un vocablo debe procederse igual que con las monedas: 1.º determinar lo que se puede comprar con determinada moneda; 2.º, compararla con un valor similar del mismo sistema: un franco con un dólar, etc. Así el vocablo puede compararse con una idea, o con un vocablo similar. Si tomamos, por ejemplo, la palabra francesa *mouton* veremos que representa un animal, el macho de la oveja; si la comparamos con el inglés *sheep*, nos encontraremos con que no tiene el mismo valor, y eso por varias razones, en particular porque al hablar de un trozo de carne cocida y servida a la mesa el inglés dice *mutton* y no *sheep*. La diferencia de valor entre *sheep* y *mouton* viene de

que el primero tiene a su lado un segundo término, lo que no ocurre en francés. Si las palabras hubieran sido encargadas de representar conceptos dados de antemano, cada una tendría, de una lengua a otra, correspondientes exactos; pues bien, nada de esto ocurre. En francés se dice indiferentemente *louer une maison* (arrendar una casa) por «prendre à bail» (tomar en alquiler) y «donner à bail» (dar en alquiler), y el alemán para lo mismo emplea dos términos: *mieten* y *vermieten*.

El mecanismo de la lengua puede ser presentado bajo otro aspecto particularmente importante. El principio fundamental de lo arbitrario del signo no impide distinguir en cada lengua lo que es radicalmente arbitrario, es decir inmotivado, de lo que no lo es sino relativamente. Sólo una parte de los signos es absolutamente arbitraria; en otros interviene un fenómeno que permite reconocer grados en lo arbitrario sin suponerlo: *el signo puede ser relativamente motivado*. Así, *veinte* es inmotivado; pero *diecinueve* no lo es en el mismo grado, porque evoca los términos de que se compone: «diez» y «nueve». Ocurre lo mismo con *peral* que evoca la palabra simple *pera* y cuyo subfijo *al* hace pensar en *nogal*, etc. En un cierto sentido se podría decir que las lenguas en las cuales lo inmotivado alcanza su máximo son más *lexicológicas* y aquellas donde se baja al mínimo, más *gramaticales*. El inglés da mucho más lugar a lo inmotivado que el alemán; pero el tipo de lo ultra-lexicológico es el chino, mientras que el indo-europeo y el sanscrito son espécimens de lo ultra-gramatical. En el interior de una misma lengua todo el movimiento de la evolución puede ser marcado por un paso continuo de lo motivado a lo arbitrario y de lo arbitrario a lo motivado; ese vaivén tiene a menudo por resultado desplazar sensiblemente las proporciones de esas dos categorías de signos. Así el francés se caracteriza con relación al latín, entre otras cosas, por su enorme acrecimiento de lo arbitrario. Mientras que en latín *inimicus* recuerda *in* y *amicus* y es motivado por ellos, *ennemi* no es motivado por nada, entra en lo arbitrario absoluto, que es, por lo demás, la condición esencial del signo lingüístico.

Entrando a estudiar la lengua desde el punto de vista diacrónico (a través del tiempo) hace notar de Saussure que el cambio fonético no afecta al vocablo sino a los sonidos. Es un «fonema» el que se transforma; acontecimiento aislado, como todos los acontecimientos diacrónicos, pero que tiene por consecuencia alterar de una manera idéntica todas las palabras donde figura el fonema en cuestión: en ese sentido los cambios fonéticos son absolutamente regulares. En alemán

toda *i* larga se ha convertido en *ei*, después en *ai*; *win*, *triben*, *lihen*, *zit* han dado *Wein*, *treiben*, *leihen*, *Zeit*. Por el contrario, el diptongo *ie* se ha convertido en *i* larga, pero continúa escribiéndose *ie*. Toda *h* interior ha desaparecido entre vocales: *lihen*, *sehen* = *leien*, *seen* (escritas *leihen*, *sehen*). Toda *w* se ha transformado en *v* labiodental (escrita *w*): *wazer* = *wasr* (*Wasser*). En francés la *l* «mouillé» se ha convertido en *y*: *piller*, *bouillir* se pronuncian *piyé*, *buyir*. En latín, lo que antes fué *s* intervocálica aparece como *r* en otra época: *genesis* = *generis*, *asena* = *arena*. Los ejemplos anteriores muestran ya que los fenómenos fonéticos, lejos de ser siempre absolutos, están lo más a menudo ligados a condiciones determinadas; dicho de otro modo, no es la especie fonológica la que se transforma sino el fonema tal como se presenta en ciertas condiciones de vecindad, de acentuación, etc. Es así que *s* no se ha convertido en *r* en latín sino entre vocales y en algunas otras posiciones; en otras partes subsiste, como en *est*, *senex*, *equos*, etc. En alemán, la *i* larga se convirtió en *ei*, *ai*, pero solamente en sílaba tónica. Los cambios absolutos son absolutamente raros. En cuanto a las causas de los cambios fonéticos, es uno de los problemas más difíciles de la lingüística. Se han propuesto varias explicaciones, y ninguna aporta una luz completa. Se ha dicho que la raza tendría disposiciones que trazarían de antemano la disposición de los cambios fonéticos. Sería esa una cuestión de antropología comparada; pero, ¿el aparato fonatorio varía de una raza a otra? No, como no varía de un individuo a otro: un negro trasplantado desde su nacimiento a Francia habla el francés tan bien como los indígenas. Además, cuando uno se sirve de expresiones tales como «el órgano italiano» o «la boca alemana no admite eso» se corre el riesgo de transformar en carácter permanente un hecho puramente histórico. También se han considerado a menudo los cambios fonéticos como una adaptación a las condiciones del suelo y del clima. Ciertas lenguas del norte acumulan las consonantes, ciertas lenguas del sur hacen un más vasto empleo de las vocales, de donde su sonido armonioso. El clima y las condiciones de la vida pueden bien influir sobre la lengua, pero el problema se complica desde que se entra en detalles; así al lado de los idiomas escandinavos, tan cargados de consonantes, los de los Lapones y Fineses son más vocálicos que el italiano mismo. Nos encontraremos aún con que la acumulación de consonantes en el alemán actual es, en muchos casos, un hecho muy reciente, debido a la caída de las vocales postónicas. Se ha hecho intervenir en tercer

lugar la ley del menor esfuerzo, que reemplazaría dos articulaciones por una sola, o una articulación difícil por una más cómoda. Esta idea es digna de examen; puede elucidar la causa del fenómeno en una cierta medida, o indicar al menos la dirección en que deba ser buscada. La ley del menor esfuerzo parece explicar cierto número de casos; la caída de masas enormes de sílabas finales en muchas lenguas, los fenómenos de asimilación (ejemplo: indo-europeo *atnos*; latín *annus*); la monotongación de los diptongos, que no es sino una variedad de la asimilación (ej.: francés *ai*, pronunciado *é*), etc. Sólo que se podrían mencionar muchos casos en que ocurre lo contrario: a la monotongación se puede oponer el cambio de *i* larga, *u* larga y *ü* alemana en *ei*, *au*, *eu*. Si se pretende que la abreviación eslava de *a* y *e* largas en *a* y *e* breves es debida al menor esfuerzo, entonces es necesario pensar que el fenómeno inverso presentado por el alemán, en donde la *a* breve de *fater* se ha convertido en *a* larga en *Vater*, por ejemplo, es debido al mayor esfuerzo. Si se tiene la sonora por más fácil de pronunciar que la sorda (ej.: latín *opera*; provenzal *obra*) la inversa debe costar un esfuerzo más grande, y sin embargo, el español ha pasado de *l* a *j* (*filius*: «hijo») y el germánico ha cambiado *b*, *d*, *g* en *p*, *t*, *k*. Si a la pérdida de la aspiración (indo-europeo *bhero*; germ. *beran*) se la señala como una disminución del esfuerzo, ¿qué decir del alemán que la pone allí donde no existía (*Tanne*, *Pute*, etc., pronunciadas *Thanne*, *phute*)? Estas citas no pretenden refutar la solución propuesta. En el hecho, no es posible determinar para cada lengua lo que es más fácil o difícil de pronunciar. Si es verdad que la abreviación corresponde a un menor esfuerzo en el sentido de la duración, es también verdad que las pronunciaciones despreciadas caen a través del tiempo y que la breve exige mayor supervigilancia. Para ser completo, habría, pues, que hacer un estudio más vasto y considerar a la vez el punto de vista fisiológico (cuestión de articulación) y el punto de vista psicológico (cuestión de atención). Otra explicación en favor desde hace algunos años atribuye los cambios de pronunciación a nuestra educación fonética en los primeros años. El niño llega a pronunciar bien después de muchas repeticiones y tanteos. Así, es frecuente que cambie la *s* en *t*, la *f* en *p*, etc. Ciertos errores no corregidos se fijarían en la generación que crece. Estas comprobaciones merecen toda atención, pero dejan el problema intacto; en efecto, no se ve por qué una generación conviene en retener los errores y las otras no; en el hecho, la elección de las pronunciaciones viciosas aparece arbitraria y

no se divisa su razón. Esta observación se aplica, por lo demás, a todas las causas precedentes, si su acción es admitida: la influencia del clima, la predisposición de la raza, la tendencia al menor esfuerzo existen de una manera permanente o durable; ¿por qué, entonces, obra de una manera intermitente, tanto sobre un punto, tanto sobre otro del sistema fonológico? Lo que puede establecerse con firmeza es sólo que la acción de los cambios fonéticos es ilimitada e incalculable: no puede preverse donde se detendrá.

Una primera consecuencia del fenómeno fonético es romper el lazo gramatical que une dos o varios términos. Ocurre así que una palabra no aparece claramente como derivada de la otra. Ejemplo: el francés *maison* viene del latín *mansio*; y *ménage* de *mansionaticus*. La conciencia lingüística veía antes en *mansionaticus* el derivado de *mansio*; después las vicisitudes fonéticas los han separado, y ya *ménage* no aparece como derivado de *maison*. Igualmente, el francés *brebis* (oveja) deriva del latín popular *berbix*, y *berger* (pastor) deriva de *berbicarius*, que deriva a su vez de *berbix*. Pero no se ve ya en francés la relación entre *brebis* y *berger*, tanto es así que suele aplicarse el término *berger* al cuidador de bueyes. Estos fenómenos podrían dar lugar a un grave error de interpretación. Cuando se comprueba la identidad relativa del bajo latín *baro*, *baronem* y la disparidad de los vocablos franceses *ber*, *baron*, ¿no se ha pretendido afirmar que una sola y misma unidad primitiva (*bar*) se ha desarrollado en dos direcciones divergentes y producido dos formas? No, porque un mismo elemento no puede ser sometido simultáneamente y en un mismo lugar a dos conformaciones diferentes; eso sería contrario a la definición misma del cambio fonético. Se objetará que el latín *collocare* ha dado lugar a dos vocablos franceses: *coucher* (acostar) y *colloquer* (colocar). No, solamente *coucher*: *colloquer* no es sino un préstamo sabio del vocablo latino, como en los casos de *rançon* (rescate) y *redemption* (redención) que vienen del latín *redemptio*, etc.

Resulta de lo que precede que el fenómeno fonético es un factor de perturbación. Por todas partes crea transformaciones. Felizmente, el efecto de esas transformaciones es contrabalanceado por la analogía. La analogía supone un modelo y su imitación regular. Una forma analógica es una forma hecha a la imagen de una o varias otras según regla determinada. Así el nominativo latino *honor* es analógico. Se dijo primero *honos*, *honosem*; luego, por el cambio de la *s* en *r* entre vocablos, *honor*, *honorem*. El radical tenía

desde entonces una doble forma; esta dualidad se eliminó con la forma nueva *honor*, creada sobre el modelo de *orator: oratorem*, etc. En francés se dijo largo tiempo: *il prouve, nous prouvons, ils prouvent*. Hoy se dice *il prouve, ils prouvent*, formas que no pueden explicarse fonéticamente; *il aime* remonta al latín *amat*, mientras que *nous aimons* es analógico con *amons*; se debería decir también *amable* en lugar de *aimable*. Sobre el modelo de *pension, pensionnaire* se ha formado *reaction, reactionnaire*, etc.

Nada entra en la lengua sin haber sido ensayado por la palabra y todos los fenómenos evolutivos tienen su raíz en la esfera del individuo. Antes que *honor* se hiciese un concurrente susceptible de reemplazar a *honos*, fué necesario que un primer sujeto lo improvisase, que otros lo imitaran y repitieran hasta que se impuso el hábito. Eso sí que no todas las innovaciones analógicas tienen esta buena fortuna. A cada instante se encuentran combinaciones sin día siguiente, que la lengua no adoptará seguramente. La lengua no retiene sino una mínima parte de las creaciones de las palabras; pero las que persisten son lo bastante numerosas para que, de una época a otra, se vea a la suma de las formas nuevas dar al vocabulario y a la gramática una fisonomía del todo diferente. Cada vez que una creación se instala en definitiva y elimina a su concurrente, hay alguna cosa creada y gran cosa abandonada, y a este título la analogía ocupa un lugar preponderante en la teoría de la evolución. Pero una cosa interesa particularmente al lingüista: en la masa enorme de los fenómenos analógicos que representan algunos siglos de evolución, casi todos los elementos son conservados, sólo que se distribuyen de otro modo. Las innovaciones de la analogía son más aparentes que reales. La lengua es un traje cubierto de parches hechos con su propia tela. Los cuatro quintos del francés son indo-europeos, si se piensa en la sustancia de que sus frases se componen, mientras que las palabras transmitidas en su totalidad, sin cambio analógico, de la lengua madre al francés moderno, cabrían en el espacio de una página (por ejemplo, *est*: indo-europeo *esti*, los nombres de números, ciertos vocablos tales como *ours, nez, père, chien*, etc.). La inmensa mayoría de las palabras son, de una manera o de otra, combinaciones nuevas de elementos fónicos arrancados a formas más antiguas. En este sentido se puede decir que la analogía, precisamente porque utiliza siempre la materia antigua para sus innovaciones, es eminentemente conservadora.

Nos ocurre muchas veces que estropeamos la palabra cuya forma y sentido nos son poco familiares, y muchas veces el uso consagra esas deformaciones. Así el antiguo francés *coute - pointe*, «colcha» (de *coute*, variante de *couette*, «cubierta», y *pointe*, participio pasado de *poindre*, «picar») se ha cambiado en *courte - pointe*, como si eso fuera un compuesto del adjetivo *court* (corto) y del sustantivo *pointe* (punta). Esas innovaciones, por curiosas que sean, no se hacen enteramente al azar: son tentativas para explicar aproximadamente una palabra embarazosa asimilándola a alguna cosa conocida. Se ha dado a este fenómeno el nombre de «etimología popular». A primera vista no se distingue de la analogía. Cuando un sujeto parlante, olvidando la existencia de *surdité* (sordera), crea analógicamente la palabra *sourdité*, el resultado es el mismo que, si comprendiendo mal *surdité*, lo hubiese deformado por recuerdo del adjetivo *sourd* (sordo); y la única diferencia estaría entonces en que las construcciones de la analogía son racionales, mientras que la etimología popular procede un poco al azar y no tiende sino a desbarrar. No obstante, esta diferencia que no concierne sino a los resultados, no es esencial. La diversidad de naturaleza es más profunda. Hay desde luego el caso en que la palabra recibe una interpretación nueva sin que su forma haya cambiado. En alemán *durchblauen*, «moler a palos», remonta etimológicamente a *bliuwan*, «fustigar»; pero se la asimila a *blau*, «azul», a causa de los «azules» producidos por los golpes. El antiguo francés *soufraise*, «privación» (= *sufracta* de *subfrangere*) ha dado el adjetivo *souffreteux* que se asimila ahora a *souffrir*, con el cual nada tiene de común. He aquí, en fin, un caso particularmente instructivo: el latín *carbunculus*, «carboncillo», ha dado en alemán *karfunkel* (por asociación con *funkeln*, «chispear») y en francés *escarboucle*, asimilado a *boucle*. En suma, la etimología popular no obra sino en condiciones particulares, y no alcanza sino a las palabras raras, técnicas o extranjeras, que los sujetos asimilan imperfectamente. La analogía, al contrario, es un hecho absolutamente general, que pertenece al funcionamiento normal de la lengua.

Al lado de la analogía, otro factor interviene en la producción de unidades nuevas; es la aglutinación. La aglutinación consiste en que dos o varios términos originariamente distintos sueldan en una unidad absoluta o difícilmente analizable. He aquí algunos ejemplos: en francés se dijo primero *ce ci* en dos palabras, y más tarde *ceci*, bien que su materia y sus elementos constitutivos no hayan cambiado. Comparad aun:

francés *tous jours* = *toujours*, *des ja* = *déjà*. El contraste entre la analogía y la aglutinación es resaltante: 1.º En la aglutinación dos o varias unidades se confunden en una sola por síntesis (por ejemplo, *encore*, de *hunc horam*) o bien dos subunidades no forman más que una sola. Al contrario, la analogía parte de unidades inferiores para formar una unidad superior. Para formar *pag - anus*, ha unido un radical *pag* y un subfijo *anus*. 2.º La aglutinación no presenta sobre todo nada de voluntario, nada de activo: es un simple proceso mecánico en que la juntura se hace por sí sola. Al contrario, la analogía es un procedimiento que supone análisis y combinaciones, una actividad inteligente, una intención.

En las voces formadas por la analogía hay que distinguir tres elementos: el *prefijo*, la *raíz* y el *subfijo*. La raíz es un elemento irreductible y común a todas las palabras de una misma familia, y no forma nunca por sí sola una palabra. Así, en griego *zeugmation* designa «un pequeño atelaje», *zeugma* un atelaje sin determinación especial, en fin, *zeug* encierra la idea indeterminada de «atelaje». El prefijo precede a la parte de la palabra reconocida como radical, por ejemplo *hupo*, en el griego *hupo - zugnumi*. El *subfijo* es el elemento que se añade a la raíz para formar el radical (ejemplo: *zeug - mat*) o a un primer radical para formar uno de segundo grado (por ejemplo: *zeugmat - io*). El subfijo difiere especialmente del prefijo por un carácter que, sin ser absoluto, es bastante general; es mejor delimitado, porque se desprende fácilmente del conjunto de la palabra. Eso se debe a la naturaleza propia de este elemento; en la mayoría de los casos, lo que resta después de la eliminación de un prefijo hace el efecto de una palabra constituida (v. g., *recomenzar*: *comenzar*; *indino*: *digno*; *malestar*: *estar*; *contrapeso*, *peso*), etc. Esto es aun más notable en el latín, en el griego y en el alemán. Añadamos que varios prefijos funcionan como palabras independientes: *contra*, *ante*, *mal*, *sobre*, etc. Algo muy distinto pasa con el subfijo: el radical obtenido con la supresión de este elemento es una palabra incompleta; ejemplo: *organización*, *organiz*, y, por otra parte, el subfijo mismo no tiene ninguna existencia autónoma.

La etimología es definida así por de Saussure: «No es ni una disciplina distinta ni una parte de la lingüística evolutiva: es solamente una aplicación especial de los principios relativos a los hechos sincrónicos y diacrónicos. Remonta en el pasado de las palabras hasta que encuentra alguna cosa que las explique. Cuando se habla del origen de una palabra y

se dice que «viene» de otra, se pueden entender varias cosas diferentes; así el francés *sel* viene del latín *sal* por simple alteración del sonido; *labourer* (trabajar la tierra) viene del antiguo francés *labourer*, «trabajar en general», sólo por alteración del sentido; *couver* (incubar) viene del latín *cubare*, «estar acostado», por alteración del sentido y del sonido; en fin, cuando se dice que *pommier* (manzano) viene de *pomme* (manzana) se marca una relación de derivación gramatical. En los tres primeros casos se opera sobre identidades diacrónicas; el cuarto reposa sobre una relación sincrónica de varios términos diferentes; pues bien, todo lo que se ha dicho a propósito de la analogía muestra que es ella la parte más importante de la investigación etimológica. La etimología de *bonus* es definitiva porque se remonta a *dvenos*; pero si se encuentra que *bis* remonta a *dvis* y que se puede por aquí establecer una relación con *duo*, eso puede ser llamado una operación etimológica; ocurre lo mismo al relacionar el francés *oiseau* con el latín *avicellus*, pues permite encontrar el lazo que une a *oiseau* (pájaro) con *avis*, «ave».

Lo que llama la atención, ante todo, en el estudio de las lenguas es su diversidad, las diferencias lingüísticas que aparecen desde que se pasa de un país a otro, a veces de uno a otro distrito. Si las diferencias en el tiempo escapan a menudo al observador, las divergencias en el espacio resaltan inmediatamente; los salvajes mismos las perciben, gracias al contacto con otras tribus que hablen otra lengua. Por esa comparación cada pueblo tiene conciencia de su idioma. Esto naturalmente hace nacer en los primitivos la idea de que la lengua es una costumbre, una cosa análoga al vestuario y al armamento. El término *idioma* designa precisamente a la lengua como el sello propio de una comunidad (el griego *idioma* tenía ya el sentido de «costumbre especial»). Añadamos aun que cada pueblo cree en la superioridad de su idioma. Un hombre que hable otra lengua es inconscientemente calificado como incapaz de hablar: así la palabra griega *bárbaros* parece haber significado «tartamudos» y ser pariente del latín *balbus*; en ruso los alemanes son llamados los *Nemtsy*, es decir, «los mudos». Y después de haber comprobado que los idiomas diferían, se trató instintivamente de descubrir analogías. Es una tendencia natural de los sujetos parlantes. Pero, cosa curiosa, la ciencia ha ocupado un tiempo enorme en utilizar comprobaciones de este orden; así los griegos, que habían observado muchas semejanzas entre el vocabulario latino y el suyo, no supieron sacar ninguna conclusión lingüística. La

observación científica de esas analogías permite afirmar en ciertos casos que dos o más idiomas están unidos por un lazo de parentesco, es decir, que tienen un origen común. Un grupo de lenguas así aproximadas se llama una familia; la lingüística moderna ha reconocido sucesivamente las familias indo - europea, semítica, bantú, etc. Esas familias pueden, a su turno, ser comparadas entre ellas; pero el parentesco universal de las lenguas no está aun probado; hay una multitud de idiomas irreductibles los unos a los otros. Tal es, por ejemplo, el chino con relación a las lenguas indo - europeas. Eso no quiere decir que la comparación deba abdicar: es siempre posible y útil.

Generalmente se han tomado los límites geográficos como límite de las lenguas; pero en muchos casos no es así: ocurre muchas veces que dos o más idiomas coexisten, el uno al lado del otro, sin mezclarse ni confundirse. Esto se ve muy a menudo, pero es necesario distinguir dos casos. Puede ocurrir primeramente que la lengua de un nuevo pueblo venga a superponerse a la del pueblo indígena. Así en el Africa del Sur, al lado de varios dialectos negros, se comprueba la presencia del holandés y del inglés, resultado de dos colonizaciones sucesivas. Y esto ha ocurrido en todas las épocas: en Irlanda se hablan el céltico y el inglés; muchos irlandeses poseen las dos lenguas. En Bretaña se practican el bretón y el francés; en la región vasca se habla francés o español al mismo tiempo que el vasco; en Finlandia, el sueco y el finés coexisten desde hace largo tiempo, y el ruso se agregó después; Lituania ha visto emplearse al lado del lituano el polaco, consecuencia de su antigua unión con Polonia, y el ruso, resultado de su incorporación al Imperio moscovita. Hasta el siglo XVIII, el eslavo y el alemán estaban en uso en toda la región oriental de Alemania a partir del Elba. En ciertos países, la confusión de lenguas es más grande aun; en Macedonia se encuentran todas las lenguas imaginables: el turco, el búlgaro, el servio, el griego, el albanés, el rumano, etc., mezclados de maneras diversas, según las regiones. Con todo esto se llega a la conclusión de que los idiomas no tienen límites naturales. Mucho menos los tienen los dialectos.

Pasando al estudio retrospectivo de las lenguas, puede notarse que en sus principios la lingüística indo - europea no comprendió el verdadero fin de la comparación ni la importancia del método reconstitutivo. Es lo que explica uno de sus errores más notables: el papel exagerado y casi exclusivo que se acordó al sánscrito en las comparaciones; como es el más

antiguo documento del indoeuropeo, ese documento fué promovido a la dignidad de prototipo. Una cosa es suponer la existencia del indoeuropeo, dando nacimiento al sánscrito, al griego, al latín, al eslavo, al céltico, al germánico, y otra poner a uno de estos idiomas en lugar del indoeuropeo. Esta confusión grosera tuvo consecuencias tan diversas como profundas. . . . Por otra parte, si el solo objeto de reconstruir es de comparar, recíprocamente la comparación no tiene otro fin que lograr una reconstrucción. So pena de ser estériles, las correspondencias comprobadas entre varias formas deben ser colocadas en la perspectiva del tiempo y tender al restablecimiento de una forma única. Así, para explicar el latín *medius* en frente del griego *mesos* ha sido necesario tomar un término más antiguo, el indoeuropeo *methyos*, susceptible de ser ligado históricamente a *medius* y *mesos*. Si en lugar de comparar dos palabras de lenguas diferentes se confrontan dos formas tomadas en una sola, la misma comprobación se impone; así en latín *gero* y *gestus* hacen remontar a un radical indoeuropeo *ges*, antes común a las dos formas.

La principal consecuencia, y muy importante, del estudio retrospectivo de las lenguas es que se pueden sacar conclusiones étnicas. Por ejemplo, el hecho de que las lenguas indoeuropeas formen una sola familia, nos hacen pensar en un etnismo primitivo, del cual vendrían todas las naciones que hablan hoy esas lenguas. Mediante estos estudios, podemos también afirmar que en los indoeuropeos la familia era una institución tan compleja como regular, pues su lengua conoce a este respecto matices que nosotros no podemos dar. En Homero *eináteres* quiere decir «cuñadas» en el sentido de «mujeres de varios hermanos» y *galooi* «cuñadas» en el sentido de «mujer y hermana del marido entre ellas»; pues bien, el latín *janitricēs* corresponde a *eináteres* por la forma y la significación. Igualmente, el «cuñado, marido de la hermana» no lleva el mismo nombre que los «cuñados, maridos de varias hermanas entre ellas». Vale la pena añadir aquí otro hecho morfológico que tiene ese doble carácter de estar limitado a una zona determinada y de tocar a un punto de organización social. A pesar de todo lo que se ha dicho sobre el lazo que une a *dominus* (señor) con *domus* (la casa, el hogar), los lingüistas no se muestran plenamente satisfechos, porque es de lo más extraordinario ver un subfijo *no* formar derivados secundarios; pero es precisamente esta rareza lo que da al subfijo de *dominus* su valor y su relieve. En germánico, ese subfijo secundario *no* se añade a cualquier vocablo para dar el sentido

de «jefe de tal o cual comunidad». No queda sino comprobar que en latín *tribunus* significa literalmente «jefe de la tribu», y *dominus* «jefe de la *domus*». *Dominus*, con su singular subfijo, es una prueba muy difícilmente refutable, no sólo de una comunidad lingüística sino de una comunidad de instituciones entre el etnismo itálico y el etnismo germánico.

Para terminar, hay que insistir en que ninguna familia de lenguas pertenece de derecho y de una vez por todas a un tipo lingüístico. Preguntar a qué tipo se asimila un grupo de lenguas es olvidar que las lenguas evolucionan, es subentender que habría en esta evolución un elemento de estabilidad: ningún carácter es permanente de derecho, no puede persistir sino por casualidad. Sea, por ejemplo, la familia indo-europea; se conocen los caracteres distintivos de la lengua de la cual salió; el sistema de los sonidos es de una gran sobriedad; nada de grupos complicados de consonantes ni de consonantes dobles; un vocalismo monótono, pero que da lugar a un juego de alternancias extremadamente regulares y profundamente gramaticales; un acento de elevación, que puede colocarse, en principio, sobre cualquier sílaba de la palabra y contribuye, en consecuencia, al juego de las oposiciones gramaticales; un ritmo cuantitativo, que reposa únicamente sobre la oposición de las sílabas largas y breves; gran facilidad para formar compuestos y derivados; la flexión nominal y verbal es muy rica; la palabra flexionada, como lleva en ella misma sus determinaciones, es autónoma en la frase, de donde gran libertad de construcción y rareza de palabras gramaticales con un valor determinativo o relacional (preverbos, preposiciones, etc.). Pues bien, se ve fácilmente que ninguno de esos caracteres se ha mantenido integralmente en las diversas lenguas indo-europeas; que varios (por ejemplo el papel del ritmo cuantitativo y del acento de elevación) no se encuentran en ninguna; varias de ellas han alterado el aspecto primitivo del indo-europeo hasta el punto de pensar en un tipo lingüístico enteramente diferente, por ejemplo el inglés, el armenio, el irlandés, etc. Sería más legítimo hablar de ciertas transformaciones más o menos comunes a las diversas lenguas de una familia. Así el debilitamiento progresivo del mecanismo flexional es general en las lenguas indo-europeas, bien que ellas presenten a este respecto diferencias notables: es el eslavo el que ha resistido mejor, mientras que el inglés ha reducido la flexión a casi nada. En compensación, hemos visto establecerse, muy generalmente también, un orden más o menos fijo para la construcción de las frases, y los procedimientos analíticos de ex-

presión han tendido a reemplazar los procedimientos sintéticos (valores casuales dados por preposiciones, formas verbales compuestas por medio de auxiliares, etc.). Hemos visto que un rasgo del prototipo puede no encontrarse en tal o cual lengua derivada: la inversa es igualmente verdad. No es raro comprobar que los rasgos comunes a todos los representantes de una familia sean extraños al idioma primitivo; es el caso de la armonía vocálica (es decir, una cierta asimilación del timbre de todas las vocales de los subfijos de una palabra a la última vocal del elemento radical). Este fenómeno se encuentra en el uralo - altaico, vasto grupo de lenguas habladas en Europa y en Asia, desde Finlandia a Manchuria; pero ese carácter resaltante es debido, según toda probabilidad, a desarrollos ulteriores; sería, pues, un rasgo común sin ser un rasgo original, a tal punto que no puede ser invocado para probar el origen común (muy discutido) de esas lenguas, ni tampoco su carácter aglutinativo. Se ha reconocido igualmente que el chino no siempre ha sido monosilábico. Por otra parte, cuando se comparan las lenguas semíticas con el prototipo reconstituído, uno se sorprende a primera vista ante la persistencia de ciertos caracteres; más que todas las otras familias, ésta da la ilusión de un tipo inmutable, permanente, inherente a la familia. Se le reconoce en los rasgos siguientes, varios de los cuales se oponen de una manera notable a los del indo - europeo: ausencia casi total de compuestos, uso restringido de la derivación; flexión poco desarrollada (más, no obstante, en protosemita que en las lenguas hijas) de donde un orden de palabras ligado a reglas estrictas. El rasgo más notable concierne a la constitución de las raíces; ellas encierran regularmente tres consonantes (por ejemplo, *q - t - l* «matar») que persisten en todas las formas en el interior de un mismo idioma (v. g. hebreo *qatal, qatla, qtol, qiti*, etc.) y de un idioma a otro (ejemplo: árabe *qatala, qutla*, etc.). A pesar de estos hechos, hay que mantener el principio ya enunciado: no hay caracteres inmutables; la permanencia es un efecto del azar. Si un carácter se mantiene en el tiempo, puede también perfectamente desaparecer con el tiempo. Y, por lo demás, la inmutabilidad de las tres consonantes en semítico no es sino aproximativa, y no tienen nada de absoluto: en hebreo, por ejemplo, si la raíz de '*anas - im* (1) «hombres» presenta las tres consonantes esperadas, su singular *is* no ofrece sino dos; es la reducción fonética de una forma más antigua que conte-

(1) El signo ' designa la alef, o sea la oclusiva glotal que corresponde a la del espíritu suave de los griegos.

nía tres. Por lo demás, aun admitiendo esta casi-inmutabilidad, ¿se debe ver en ello un carácter impuesto a las raíces? No; ocurre simplemente que las lenguas semíticas han sufrido menos alteraciones fonéticas que muchas otras y que las consonantes han sido mejor conservadas en ese grupo que en otros. Se trata, pues, de un fenómeno evolutivo, fonético, y no gramatical ni permanente. Proclama la inmutabilidad de las raíces, es decir, que ellas no han sufrido cambios fonéticos, nada más; y no se puede jurar que esos cambios no se producirán nunca. De un modo general, todo lo que el tiempo hace, el tiempo lo puede deshacer o transformar.

Hasta aquí de Saussure. El resumen que hemos dado constituye la parte principal, lo más saliente, de sus lecciones en la Universidad de Ginebra desde 1906 hasta 1911, lecciones publicadas después de su muerte por sus principales discípulos. Las opiniones de F. de Saussure, producto de largos y pacientes estudios comparativos de las lenguas indo-europeas y semíticas, vinieron a destruir varias teorías. De Saussure se ciñe a los hechos, solo los hechos le importan; nunca su fantasía lo lleva a disquisiciones, a suposiciones. Por eso ni siquiera entra a discutir los problemas insolubles del origen del lenguaje y de la comunidad de todas las lenguas, y los principios que sienta son bastante razonados.

Interesante es ahora aplicar algunas de sus conclusiones al idioma castellano.

* * *

En España, como en Francia, hay una Academia cuyo fin principal es *fijar* la lengua, es decir impedir sus alteraciones formal y de sentido. Fuera de las Academias hay grupos de escritores, llamados *puristas*, listos, escoba en mano, para barrer toda incorrección, todo vocablo intruso. ¡Inútil empeño! En manos de la masa parlante, el idioma sigue evolucionando, transformándose, y en cada caso de transformación de los vocablos, a la Academia no le queda más que inclinarse: *vox populi, vox dei!* Y así en su haber no hay sino millones de derrotas. Innumerables son los ejemplos. Citaremos algunos, empezando por los cambios de sentido.

Muy conocido, y muy vituperado por los puristas, es el caso de «nimio», vocablo que usa todo el mundo, incluso los literatos, para significar precisamente lo contrario de lo que reza su etimología. «Algido» viene del latín *algidus*, «frío», y se le emplea corrientemente en el sentido de «ardiente, inten-

so». Estos dos casos no son aceptados por la Academia, pero tendrá que aceptarlos, como ha aceptado los cambios de significación que vienen en seguida, entre muchos otros. «Pulcro» viene del latín *pulcher*, «hermoso», y ya nadie lo usa en este sentido sino en el de «meticulosidad en el arreglo de la persona». «Flamante» significa etimológicamente «que arroja llamas», y ha pasado a ser un término burlesco. Antiguamente se le usaba en el mismo sentido que decimos hoy «llameante». «Semblante» viene del latín *similans*, « semejanza », y en el sentido de semejanza se le empleó en los primeros tiempos del castellano, como lo atestigua la literatura primitiva. «Virtud», de *virtus*, cualidad propia del *vir*, «varón», debería emplearse sólo para señalar las proezas varoniles: el heroísmo, la fuerza, etc., y es más común aplicarlo a las mujeres. «Pueril» tiene su origen en el latín *puer*, «niño»; pero no se aplica ya a lo que concierne a la niñez: sería impropio decir: «literatura pueril, juegos pueriles», etc. Su sinónimo es más bien «fútil», lo que no tiene valor en ningún sentido. «Sórdido» proviene de *sordidus*, «sucio»; y parece ser ya sólo un adjetivo inseparable de la avaricia y un poco de la pobreza, y seguramente la inmensa mayoría ignora la verdadera acepción del vocablo. «Imbécil» deriva de *imbecillis*, «débil, falta de fuerzas», y la prueba está en que «imbecilidad» figura en el diccionario con la acepción: «flaqueza, debilidad». Su sinónimo «idiota» viene de una palabra griega que significa «la índole particular de alguien o cada uno». Y en cuanto a «necio» viene del latín *nescius* «el que no sabe»: una cosa es la ignorancia y otra la tontería. . . . «Beato» proviene de *beatus*, «feliz», y en este sentido se le usó en los primeros tiempos del idioma; no hay por qué, pues, aplicarlo a una persona excesivamente religiosa, en forma despectiva. Naturalmente que sería lógico emplearlo en sentido recto. En cambio, «beatitud» conserva su acepción verdadera. «Miserable», de *miserabilis*, significa a la letra «digno de compasión», o más bien «un hombre en la última pobreza». Ahora ha pasado a ser sinónimo al mismo tiempo de «canalla» y de «avaro». «Exito», de *exitus*, pasó al castellano con la misma acepción latina: «el término, el resultado de un asunto»; ahora es sinónimo de «triunfo». *Alharaca* es «movimiento» en árabe, y no gran bullicio. «Novia» tiene su origen en la dicción latina *nova nupta*, «la nueva casada», pero se le usa con más frecuencia en el sentido de «prometida». «Gratificar» es literalmente «hacer un favor», de *gratia*, «favor», y *facere*, «hacer». Para el sentido que nosotros le damos, los latinos te-

nían otro término como *retribuere, compensare*. Cualquiera creería que «conato» viene de algo que signifique «intento» o algo parecido; no: de *conari*, «esforzarse por la ejecución de alguna cosa». Estamos usando «anhelo» en el sentido de «ideal», y sólo es propio para indicar un deseo imperioso, pues deriva de *anhelare*, «respirar con ansias». El verbo latino *capere*, origen de «caber», tiene la acepción de «coger, tomar». En el español antiguo se usaba «caber» con las siguientes acepciones: «admitir, comprender, concurrir». Para el significado actual, el latín tiene *continere*.

Pero es indudable que en la gran mayoría de los casos en que un vocablo cambia de sentido, o se le da uno nuevo, sin que pierda el antiguo, se ha procedido ajustándose a la lógica: en realidad ninguna palabra cambia de sentido al azar; siempre hay una causa más o menos justificada. Así cuando empleamos el término «revolución» en el sentido de «girar, volver al mismo punto», estamos conformes con la etimología: *re-volu-tio*, «movimiento de rotación»; pero aparentemente no en el sentido de «desorden, trastorno violento de lo establecido». Ahora si hacemos girar el agua dentro de un vaso, el líquido efectuará una revolución, o más bien una serie de revoluciones, y el resultado será que nada quedará quieto en sí: hemos introducido el desorden en el agua. La segunda acepción se comprende entonces fácilmente. «Infante» viene de *in fans*, «que no habla» y parecería estar mal aplicado al soldado de a pie; pero no es así: el soldado clásico es el de infantería, y como tal soldado debe obedecer sin hablar. «Referir» deriva de *referre*, «volver a llevar», y parece no cuadrar mucho en el sentido de «relatar, contar» y se usa realmente en propiedad, porque al referir algo volvemos a llevar los hechos en el orden que ocurrieron. «Vil» procede de *vilis*, «barato», y está bien aplicado como sinónimo de «infame, canalla», etc., porque un hombre capaz de venderse a bajo precio es efectivamente muy despreciable. «Cándido», de *candidus*, «blanco», se le usa en el sentido de simple, sin alcances: tal vez se quiere indicar un cerebro enteramente blanco, sin la materia gris donde reside la inteligencia. «Residir» viene de *residere*, «volver sentarse»: la residencia es, realmente, allí donde el hombre vuelve a sentarse cada día. «Superstición», de *superstitio*, no significa «lo falso» como podría creerse, sino «lo que sobrevive». Y, en efecto, las creencias en lo fantástico nunc mueren. Más propio aun es el término «abusión» usado por los campesinos de Chile, porque viene de *abusio*, «contra el uso». Cuando usamos «señor» en el sentido del amo, el propietario, no esta-

mos muy conformes con la etimología: *senior*, «el más viejo»; pero somos perfectamente lógicos al aplicarle el término a Dios, más que los latinos que lo llamaban *Dominus*, «el jefe de la casa». «Sermón» viene de *sermo*, «conversación, plática», pero como se ha dejado el vocablo sólo para designar los discursos eclesiásticos, que por lo común son admonitorios, hemos formado el verbo «sermonear» sinónimo de «reprender». Origen de «conversar»: *convertere*, «dar vueltas», y en efecto, en la charla se da vueltas al rededor de muchas cosas.

Semántica se llama la parte de la lingüística que estudia estos cambios de sentido en las palabras. La «semántica» es, en realidad, lo más instructivo de esta ciencia, y también lo más ameno. El origen de muchos vocablos es de lo más inesperado. ¿Quién podría figurarse que «clásico» viene de un vocablo latino *classicus*, que era el nombre de la trompeta usada en la marina de guerra? Pero como esta trompeta o este «cuerno naval» era usado en ocasiones solemnes, «clásico» en los tiempos modernos se aplicó a lo consagrado, lo selecto. *Fiscus* era el nombre de un pequeño cesto en que los romanos acostumbaban a guardar sus economías, y el término pasó a servir para designar el tesoro público, que no es precisamente un ahorro. *Fiscus* era, pues, para los romanos lo que es hoy nuestra «alcancía», cuyo nombre proviene del árabe *alkanc*, «tesoro escondido». «Alcanzar», se formó de una dicción latina *ad calcis*, «a talón». El vocablo latino *bombus*, que engendró nuestra «bomba», significaba «ruido, zumbido». «Capricho» deriva de *caprice*, «cabra». La etimología de «bisoño» es un poco complicada; viene del francés *béjaune*, aglutinación de *bec*, «pico», y *jaune*, «amarillo», y cuyo significado es «pájaro muy joven» y por extensión «mozo ignorante o simple». Nuestra «dama» también ha pasado por el francés: viene de *dame*, engendrado por el latín *domina*, «señora». Otro vocablo de origen francés es «charretera», y lo divertido es que su modelo es *jarretière*, «liga». Del inglés *flirt* hemos formado el verbo «flirtear», y el inglés, a su vez, tomó su vocablo del antiguo francés *fleureter*, «echar flores, galantear». Y en francés moderno existe también el verbo *flirter*, con la misma acepción. Cuando se dice «hacer la chancha», por «faltar con engaño a la escuela», no se alude para nada a la hembra del cerdo. «Chancha» en este caso viene del italiano *ciancia*, «broma, embuste». El verbo «cimbrar» tiene su origen en el antiguo alto - alemán *cimbran*, «construir con madera». Y como todas las construcciones con madera se estremecen o tiemblan sin mucho esfuerzo . . . «Azafate» viene del árabe

açafat, que no es precisamente el nombre de una fuente de loza sino de un cesto de mimbre. «Chimenea» deriva, según el léxico, del bajo latín *caminata*, corrupción del latín *cdminus*, engendrado por el griego *kámino*, «horno». Pues bien, «camino» viene también del vocablo latino *caminus*, que en esta acepción trae su origen del celta *cam*, «paso». «Ahogar» nada tiene que ver con el agua: nació de *ad focus*, «a fuego». Tampoco «horchata» nada tiene que ver con las almendras: fué engendrada por *hordeum*, «cebada». Y nuestro vocablo «cebada» viene de *cebus*, «comida». Más curioso es el origen de *túnel* palabra inglesa formada por anglinización de la española «tonel». No se crea que la etimología de «arquitectura» es el arte de construir edificios. Viene del griego *archós*, «jefe», y *tekton*, «obrero», de modo que el arquitecto era una especie de mayordomo.

Puede observarse que hay dos partes de nuestro cuerpo que han dado lugar a muchos vocablos: la cabeza y el corazón. De cabeza (latín *caput* y griego *kefalos*) derivan todas las palabras que encierran la idea de mando activo: jefe, capitán, capataz, caudillo, cabo, caporal, etc.; que en cuanto al mando pasivo está representado por «presidente», de *pre-sider*, «sentarse adelante». De corazón (latín *cor*) deriva lo que tiene relación con los afectos, como «cordialidad»; pero lo curioso es que también palabras que tienen relación con el cerebro, como «cordura» y «recordar».

En varios grados de parentesco no hay correspondencia entre el latín y el español. Así, «cuñado» viene de *cognatis*, «pariente» en general. «Cuñado» en latín es *levir* y «cuñada» *glos*. «Pariente» viene de *parens*, «el padre y la madre». «Hermano» en general es *frater* y «hermana» *soror*. El español «hermano» viene de *germanus*, «hermano de padre y madre». Los «primos» eran llamados *consobrinus* en latín, y naturalmente *consobrinus primus*, a los en primer grado.

Hay casos en que se producen inversiones de términos al pasar dos vocablos de un idioma a otro. Así, «dado» viene del árabe *dadd*, «juego», y «azar» de *azahr*, «dado».

El estudio etimológico de los vocablos nos lleva muchas veces a saludables comprobaciones. ¡Cómo aparece, por ejemplo, evidente la humildad de la iglesia cristiana! Principiemos por «iglesia», que significa en griego «asamblea popular», «convento» del latín *conventus*, «congregación». «Papa» deriva de «padre»; «cardenal» deriva de un término latino que venía a significar «el que no se mueve de la residencia donde está de servicio», o sea, el que no se mueve de la mansión del

Papa. «Obispo», del griego *epi*, «sobre» y *skopos*, «yo observo», o sea, «el vigilante que mira desde lo alto»; «presbítero»: el de más edad; «clérigo»: designado a la suerte; «fraile»: hermano; «sor»: hermana; «diácono»: sirviente; «monje»: solitario.

Afirma de Saussure que un vocablo de la lengua madre no da nacimiento simultáneamente sino a otro vocablo de la lengua hija: realmente no se produce una bifurcación; pero ocurre que una palabra pasa sin modificación al idioma hijo, y después se corrompe, quedando subsistentes las dos formas. Tal pasó con el latín *collecta*, del que salió el español «colecta». Este vocablo se corrompió después y se formó «cosecha», pero sólo para designar la recolección de las mieses, y quedó subsistente «colecta» para toda otra recolección, especialmente la de dinero. Igual ocurrió con *ánima*, que pasó en idéntica forma al español, pero se corrompió después y se formó «alma»; quedando la forma primitiva para indicar el alma fuera del cuerpo: «ánima en pena, ánima del Purgatorio», etc. De mayor entidad aún es lo ocurrido con *causa*, que pasó al español con idéntica forma y sentido; pero que dió lugar a una palabra con significado tan diverso como «cosa», vocablo representado en latín por *res*.

Entre las curiosidades de la lengua están las palabras que tienen origen diferente, según la acepción con que se las use. Tal pasa con «duelo», que en la acepción de «pesadumbre» es un simple derivado de «dolor» y en la de «lucha», viene del latín *duellum*, «combate». Otro ejemplo: «casar» en el sentido de «ligar en matrimonio» deriva de «casa»; y en el de «anular una sentencia», del latín *casare*, «romper».

Desde hace unos veinte años, don Emilio Vaïse viene predicando la necesidad de saber latín si se quiere escribir correctamente. ¡Cuánta razón tiene! Literatos fogueados suelen caer en el renuncio de escribir «sabor insípido», sin fijarse que sería lo mismo que si dijeran «color incoloro». Es frecuente que se emplee el término «genuflexión» en el sentido de hacer reverencias o de doblar la cerviz, porque se ignora que *genu* en latín es «rodilla». Muchos creen también que «vapular» equivale a «apalear»: viene de *vapulatio*, «el acto de azotar». Es corriente leer frases como ésta: «Fulano recibió grandes ovaciones». Un disparate, porque «ovación» viene de *ovatio*, «el triunfo menor»; de modo que no se le puede usar en el sentido de «aplausos» o «palmadas», ni tampoco para indicar un gran triunfo. Otra palabra muy usada en el periodismo es «apoteosis», para indicar un «homenaje»; y la

etimología nos dice que dicho vocablo viene del griego *apothēsis*, «comparar o poner a la altura de un dios».

Por lo que se refiere a los cambios formales sufridos por nuestro idioma a través del tiempo, no es necesario remontarse muchos siglos para comprobarlos. Basta abrir cualquier libro del siglo XVII, el *Quijote*, por ejemplo. Y algunos vocablos se han transformado tanto que apenas si queda una letra del modelo... o ninguna. ¿Cómo figurarse que «chuzo» viene de *gaesum*? «Chivo» tiene por origen *capreolus*; «amarillo» el árabe *aubari* y «ajenjo» el griego *apsinthion*. La modificación de otros ha ido tan lejos, que su origen sigue siendo un misterio: tal pasa con palabras de uso tan corriente como «perro» y «bruja».

Sólo que, como lo establece de Saussure, la analogía impone reglas a todos estos cambios. De como la analogía establece leyes, puede observarse en el uso de los subfijos *ista* y *ero*. Se le da la terminación *ista* a todo vocablo que indique una profesión noble, o para la que se necesite cierta instrucción; y la de *ero* al que indique un oficio manual o bajo. Para la primera ha servido de base, probablemente «artista», y para la segunda «obrero». Otra prueba: el subfijo *ista*, más aristocrático, no se les puede aplicar sino a personas: decir «una carrera *automovilista*» choca inmediatamente, y se impone otro subfijo especial: *ística*. *Ero*, por el contrario, se le puede aplicar también a cosas: «florero», «cenicero», etc. El vocablo «sastre», que indica también un oficio manual, es sólo una excepción aparente: viene del latín *sartor*, «costurero». Y «costureros» eran llamados los sastres antiguamente. Otra excepción es «albañil», vocablo tomado del árabe.

El imperio de la analogía puede observarse mejor en los cambios experimentados por las palabras que han pasado del árabe al español: su diferente fonética no ha impedido que se las mida con la misma vara que al latín. Así, toda doble *n* latina se ha convertido en *ñ*: *canna*, «caña»; *cannabio*: «cáñamo», etc. Igual ocurre con el árabe: *al-banni*, «albañil». La *g* latina se cambia generalmente en *c*: *Gades*, «Cádiz»; *argilla*: «arcilla». Árabe: *al-gadi*: «álcali»; *al-gobba*: «alcoba». Mas frecuente es aun que, recíprocamente, la *c* latina se cambie en *g* al pasar al castellano: *catus*, «gato». Árabe: *al-coton*, «algodón». En el mismo vocablo «alcoton» se ve el cambio de *t* en *d* al pasar al español. El modelo fué dado también por el latín: *charitas*: «caridad»; *citrium*: «cidra». La *h*, que era aspirada en latín, pasó a ser muda en español: se la conservó en la escritura, por simple fanatismo etimológico:

homo, «hombre», etc. En árabe la *h* tiene un sonido gutural, parecido al de nuestra *j*; pero la hemos conservado en la escritura, sin pronunciarla: *al-mihada*: «almohada»; *al-kohol*: «alcohol», etc. Solo que, seguramente por razones fonéticas, la *h* árabe se ha cambiado en *f* después del artículo definido *al*: *alhilel*, «alfiler»; *alhomra*: «alfombra»; *alhorza*: «alforza». La *x* latina pasó a ser *j* en español: *exemplum*: «ejemplo»; *axis*: «eje». Árabe: *axuar*: «ajuar»; *ahaxar*: «ajar». La *j* árabe se ha convertido en *h*: *aljucema*: «alhucema». La similitud está en la *g* latina en su sonido fuerte: *gelidus*, «helado». En cuanto a la *j* latina, como tiene el sonido de *y*, en *y* se convirtió al pasar al español: *jugum*, «yugo».

Una particularidad de gran parte de las palabras derivadas del árabe es que han conservado el artículo definido *al*: «almacén», «alcohol», «alazán», «alcatraz», «alfombra», etc. Pues bien, se ha agregado este artículo árabe aun a las palabras de otro origen, y se ha formado un híbrido: «almuerzo», de *al*, árabe, y *morso*, latín «bocado». Con otras palabras derivadas del latín o del griego ha pasado algo parecido: «alma» de *anima*; «almidón», de *amydon*; «almendra» de *amygdala*.

Y es la analogía también la causante de que los niños se equivoquen. El niño tiende a convertir en regulares los verbos irregulares. Así dice «yo cabo» por «yo quepo». La etimología le da, por lo demás, la razón a los niños, porque *capere*, origen de «caber», es verbo regular en latín.

* * *

Si comparamos las lenguas latinas con las germánicas, sacaremos en conclusión que éstas se hallan en mejor situación para formar vocablos nuevos. En español, como en francés, recargamos de preposiciones las frases, por la poca facilidad para aglutinar vocablos. Las aglutinaciones que podemos citar en español son muy pocas: las más características son «hidalgo» («hijo de algo») y «usted» («vuestra merced»). Hay quienes sostienen que «Don» no vendría de *dominus*, «señor», sino que habría sido formado por las iniciales D.O.N. que se agregaban antiguamente al término «señor» y antes del nombre de pila, para indicar «de origen noble», cuando se escribía a una persona de la nobleza. Sería ésta, en tal caso, la más acabada aglutinación.

Esta poca facilidad para componer nuevos vocablos, juntando o aglutinando otros, nos lleva naturalmente a echar mano de los extranjeros. Es justificado entonces que digamos «cho-

fer», recurriendo al francés y adaptando el vocablo al genio de la lengua en vez de «manejador de automóvil». Y más justificado todavía que usemos los mismos términos deportivos del inglés para los deportes ingleses, y no les busquemos traducciones que resultan a veces disparatadas, así como los ingleses tampoco traducen cuando se trata del deporte característico de España, y escriben *torero*, *matador*, *corrida*, etc. El clamor de los puristas no da resultado porque, el uso concluye por imponerse.

Por el contrario, en vez de poner cortapisas a estos préstamos de vocablos de un idioma a otro, valdría la pena que se estimulara un intercambio entre el francés y el español, idiomas que, como hijos de una misma madre, adolecen de la misma debilidad. Si para nosotros es más cómodo decir «matinée» en vez de «fiesta en el día» o «posar» en vez de «colocarse ante el fotógrafo», también sería cómodo para los franceses decir «leña», por ejemplo, en vez de *bois à bruler*, o «taco» en vez de *queue de billard*. La repetición de preposiciones, conjunciones, etc., quita elegancia a las lenguas, da lugar a repeticiones y cacofonías. En este sentido, con su rica declinación nominal, ¡cuán superior es el latín! Habría sido esa lengua una madre robusta que dió a luz hijos raquíticos... Y de de esto resulta una gran paradoja: el progreso para las lenguas romances sería volver hacia atrás.

ANCLADOS EN LA RÍA



ENTRE las dunas de una costa desolada y los cerros ásperos y boscosos, que erguían su duro perfil, se ensanchaba la ría profunda. Todo se calmaba allí, en ese refugio propicio, y el agua estaba de ordinario inmóvil. Un agua verde, espesa, que reflejaba hacia las orillas el oscuro misterio de los bosques, el cielo impasible, los chalets minúsculos, el casco de los barcos en reposo y las velas enroscadas de los grandes lanchones que esperaban los vientos propicios para salir al mar libre.

Detrás de la ría, hacia el sur se agrupaba la ciudad gris, diseminada sobre los cerros, en barriadas sórdidas, o bien en el plan, en calles rectas y polvorientas, interrumpidas por la nota verde de los jardines. Una línea blanca, movible e hirviente ceñía hacia el norte, la inmensidad desconocida y pavorosa. Las dunas grises que cerraban la ría, evocaban el mundo confuso y entenebrecido de la vida. Eran arenas tristes, impresionantes, como el límite de un desierto. Empezaban allí quizá las costas abruptas que oprimían la vehemencia del oleaje y se extendían hacia el Pacífico del norte, hacia las tierras calientes y perfumadas.

A veces sobre la ría aullaba persistente el viento del mar y entonces una inquietud medrosa, combaba y descombaba el agua de la ensenada y hacía cabecear los barcos inmóviles. Era un viento poderoso, ancho y soberbio. Un viento vertiginoso que traía entre sus inmensos derrumbes las esquirlas y los fragmentos de las voces que sonaban más allá de las riberas pobres que cerraban la ría. Tal vez mundos desconocidos y puertos hirvientes se habían estremecido bajo la furia de ese viento que venía a desvanecerse sobre la ciudad silenciosa, al costado de los barcos abandonados a los cuales agitaba con una ilusión de vida y en las riberas boscosas que oprimían el curso profundo del río hacia el mar...

Por las noches, un cielo bajo abrumado de estrellas descendía por detrás de los cerros. Los fanales rojos de los barcos, semejantes a pupilas sanguinolentas, se movían apenas en el espesor negro de la ría. Sólo del lado del infinito, en el viento libre, venía el jadeo profundo, sordo, insistente del mar. Queja distante, sin vértigos, solitaria, semejante al redoble de lejanos tambores... Ese rumor cuneaba el sosiego de la ciudad dormida en su sopor de siglos. Ni inquietudes ni tormentas. Lo mismo que en las almas enfosquecidas de los barcos que, anclados en la ría, miraban agitarse a lo lejos el oleaje férvido, sobre un horizonte salpicado de esperanzas...

En el atardecer se acercaban hasta el muelle algunos hombres ya sin ilusiones. Cada uno de ellos tenía su pequeño barco, anclado en la ría, y que era como el espíritu de sus cuerpos monótonos. Allí estaban en

reposo, con las proas enderezadas hacia el límite, en espera de lo inesperado. Sus cascos sumergidos en el agua verde se llenaban de algas y de légamo y en sus vientres que no hinchaba ninguna esperanza, dormía, cubierta de telas de araña, la última aventura...

Creían, ilusionados, haber tocado el borde de la audacia, saliendo un día mar afuera, prisioneros de las costas, cuya línea sinuosa seguían con una emoción transida de temores. Toda su arrogancia de aventureros estaba sometida al perfil de la ribera, de la que no intentaban separarse; pero más allá el horizonte cubierto de bruma en los días grises o diáfano y propicio en los días estivales, no lograba atraerlos ni emocionarlos... Y cuando a veces los tumbos irónicos o el viento sarcástico del mar los arrastraba lejos y se sentían envueltos de soledad — la soledad esplendorosa y magnífica del mar—, hacían alto y enfilaban, jadeantes y temerosos, hacia las caletas cercanas. Con las primeras sombras de la noche echaban el ancla en la ría segura.

El muelle estaba lleno de cuerpos, en la espera ansiosa. Ellos a medida que trepaban por la pequeña escalera, ponderaban las penurias o las alegrías del viaje. Hablaban de regiones desconocidas, de misteriosos encuentros en el mar, de barcos piratas que pasaban con rumbo a las tierras frías, de inmensas aves fantásticas, y todos juntos, después de abrazarse, regresaban por las calles polvorientas, hacia sus viviendas.

Entre tanto, el espíritu anclado en la ría, irónico y hastiado, soñaba inútilmente, bajo las estrellas remotas, con el prestigio del mar libre y de los horizontes inacabables...

Yo tuve allí mi espíritu anclado en la ría. Una noche me cogió la tempestad, de improviso. Yo nave-

gaba sin inquietudes, con las velas de mi fantasía hinchadas a un viento desconocido. Al atardecer, el mar se tornó sañudo. Grandes olas azotaban de babor y estuve a punto de zozobrar. Pero estaba cerca de la costa, ví las luces y me enderecé como pude hacia la ría. Alcancé la parte limpia y tranquila y allí me apreté para pasar la noche. Pero ¡ay! aquella ría era como la cadena del forzado y yo debía permanecer allí, con el ancla sumergida en el fondo, una larga etapa.

Los primeros días fueron de curiosidad. El mar hervía, afuera, lleno de rabia. Grandes olas jadeaban y se deshacían frenéticas. Pero yo me sentía a cubierto de las oscuras acechanzas.

—Cuando se calme — me decía —, cuando se calme... entonces surcaremos de nuevo ese mundo de esperanzas.

Cerca de mí, otras barcas, otros espíritus... parecían dormir. Pensé que no les inquietaba el mar. Una noche cabeceó junto a mí una lancha pesada y enorme. Como empezaban a lucir las estrellas, cruzamos algunas palabras.

—Ha llegado Vd. de otros mundos — me dijo — quizá más inquietos que éste... Pero aquí la vida es agradable y está al abrigo de toda emboscada.

—Es verdad — respondí — es tranquila esta vida... ¿Pero es posible vivir siempre así?

—¡Bah! — replicó — ¿no lo ve Vd?...

Había muchas barcas iguales, tranquilas y felices. Por lo menos me lo parecieron. Todas tenían el aspecto de lo inerte, de lo interminable. Aun cuando sus cascos se desgarraban bajo el agua, ellas parecían ignorarlo.

—¿No les tienta el mar?... ¿la amplitud de los horizontes?—pregunté.

—¿Para qué? — respondió —. Se vive tan bien al abrigo de las sorpresas.

Nuestros cuerpos, entre tanto, vagaban en la ciudad silenciosa, en el refugio de las calles, en el abrigo

de los interiores tibios de las casas. Nos sentíamos bien, como impregnados de una dicha inmóvil y envolvente.

Cuando el viento del mar se ponía terco y áspero, nos refugiábamos en algún bar y allí, entre el rumor de la música, bebíamos y brindábamos hasta tarde, por la dicha suave y sin inquietudes. Nuestros espíritus, prisioneros y encadenados en la ría, frente al mar libre, se cuneaban al soplo del viento.

Una tarde, una voz cálida y acariciante como la de una mujer—era ciertamente la voz de un espíritu femenino — me dijo:

—¿Quiere Vd. que salgamos un día de estos?...

—Cuando quiera — le respondí —. Y agregué: Quisiera abandonar de una vez esta ría... Volver otra vez al mar... Debo marcharme.

— Todos debemos marcharnos — me contestó — pero antes es preciso estar muy seguros... Aquí la vida, Vd. lo ha visto, es suave y sin impacencias. Un refugio como éste, le será a Vd. grato. Somos hospitalarios. Además el mar es peligroso, es pérfido. Evítelo.

— Creo que en el peligro — le objeté — está todo el secreto de la vida. La inmovilidad nos cubre de herrumbre, nos mata poco a poco...

— Es que Vd. no conoce el encanto de esta vida tranquila, la dulzura de esta quietud. Para saber del mar, a nosotros nos basta con salir un poco más allá de la ría... ¿Para qué aventurarnos locamente en la incertidumbre y el peligro?...

Y he aquí que lentamente, esa voz y su prestigio penetraron en mí como un brevaño capitoso. Mi cuerpo se distendía en una tibia modorra. Se hacía dulce a las curvas que lo penetraban. Surgieron pequeños amores, suaves horas de olvido, sensaciones que se acomodaban poco a poco en mi organismo y por las cuales suspiraba a veces, de improviso. La atmósfera me envolvía, me apresaba, me llenaba de pequeñas y

sutiles cadenas y mis pies solían olvidar el camino del muelle, en donde mi espíritu, colérico y entristecido, soñaba bajo el resplandor de las estrellas...



Algunas noches — muy raras es cierto — solía llegarme hasta el muelle, para contemplar mi espíritu anclado en la ría. El ladrido lejano de los perros y el sordo rezongo del mar en la noche negra, apenas me estremecían. Allí entre otras barcas, medio hundidas, la mía, mi pobre barca liviana y vehemente, se balanceaba todavía gallarda y ávida de horizontes.

Al verme, gritaba:

— Ven... de un salto... por encima del muelle...

Yo temblaba, tímido, cobarde y luego intentaba justificarme:

— No... aun no... El tiempo está todavía amenazante y duro...

Y ella la pobre barca, liviana y vehemente, se balanceaba con furia, azotando a las otras barcas ya casi hundidas.

—¿No ves cómo se pudren? — tornaba a gritar, fuera de sí—. ¿No ves como el casco está mordido por el orín amargo del temor?... Decídete... Abandona de una vez esa torpe molicie...

Pero las cadenas chirreaban en mis pies viajeros y mi corazón parecía estar oprimido por el légamo que pudría las barcas pequeñas de la ría...

Y cosa espantable, inaudita. Igual que las otras barcas, sin duda, yo sentía, con un temor vago y confuso, que mi corazón se volvía poco a poco insensible para el insistente llamado del mar hipnótico, para el ancho espacio líquido que salpicaba mis sueños, para los vuelos largos y tenaces de las gaviotas que rozaban, sin temor, las olas férvidas y violentas.

—Mañana— me decía débilmente —, sí, mañana...

Y arrojaba sobre mi espíritu, aprisionado en la noche de la ría, mis alaridos estériles. Le arrojaba puñados de mis esperanzas agonizantes, trozos de mi corazón entenebrecido de angustia, con una irritación interna y salvaje. Hubiera querido dar el salto definitivo... pero mis pies estaban oprimidos por invisibles raíces y mis brazos inmóviles parecían muñones de alas.

Me unía a veces, con otros cuerpos, en las noches tibias, y juntos nos dirigíamos al muelle y allí nos poníamos a contemplar nuestros espíritus encadenados en la ría maléfica.

De pronto solían venir en el viento que soplaba del mar, largos aullidos, voces insistentes y feroces, llamados que vibraban sobre el jadeo del océano, en el borde del infinito sombrío. Escuchábamos un instante.

— Son espíritus perdidos en el mar, víctimas de su imprudencia...—decían a mi lado voces ambiguas.

Pero mi espíritu, abajo, interrumpía con voz agria:

— No ... no lo creas... Son espíritus valerosos que llevan un rumbo libre, aún a costa del terror de la noche... Ellos no pedirán refugio, en el pérfido reposo de esta ría, porque sus esperanzas brillan sobre el barco.

Y con voz estridente me invitaba:

— Imitémoslos ... Salgamos de una vez... Este muelle, esta ensenada son horribles... Es la muerte...

Y sobre el muelle, respondía otra voz irónica:

— Ilusiones de barcas encadenadas ... Aquí por lo menos está la seguridad, el refugio tranquilo, sin sobresaltos. ¿Es que ha olvidado Vd. la leyenda de las sirenas?...

Dejé de ver mi espíritu . . . No volví al muelle. Puede decirse que lo abandoné. Después de todo . . . ¿para qué me servía en la ciudad polvorienta? . . . Mi cuerpo se cubría de herrumbre y una lasitud oleosa y mórbida envolvía poco a poco mis miembros. A veces un brusco impulso, como el regreso de un obstinado pensamiento, sacudía mis nervios, pero lo aplastaba bajo la sorda presión de la vida monótona, en la que flotaba, medio agonizante, mi voluntad desarticulada. Unas mujeres airosas calmaban mis bruscas impaciencias. Me llenaban de ilusoria ternura y me embriagaban con sus besos sin exaltaciones. . . Mesentía bien. Heroico sin heroísmos. Altivo sin cumbres. Otros cuerpos se volvían beodos, se arrastraban en la embriaguez y en el vicio. Muchos, ásperos de perfidia y de egoísmo. Algunos, negros de maldad y de abyección. Pero vivía revuelto con todos ellos, sintiendo latir sus vidas junto a la mía.

De improvviso, al modo de una voz olvidada, estremecían mi memoria los recuerdos de días lejanos de diafanidad y de esperanza. Entonces, en un impulso de rebeldía y liberación, trepaba como sobre mi propio cuerpo y salía hacia las plazas para contarles a los cuerpos allí reunidos, historias rápidas y perfumadas, de otro tiempo.

— Una vez — comenzaba — en la ciudad de . . . Y ellos reían . . .

— Esos son cuentos . . . patrañas — exclamaban.

Habían olvidado ya que yo venía de otras tierras.

Yo también reía. Pero mi risa era ácida y amarga y por las noches, a solas, sufría el dolor de la incomprensión, el oscuro dolor de no encontrar cuerpos capaces de latir con el mío . . .

Y no me atrevía a dirigirme hacia el muelle para dialogar con mi espíritu.

Pero he aquí que una noche, pasado el largo paréntesis, decidí volver al muelle. Noche de fiebre y de

romanticismo. Noche de mar, abrumada de estrellas, negra y brillante. Mi corazón se retorció de fastidio y aullaba como el mar en la soledad de su abrupto acantilado. Tuve la evidencia de que era la noche definitiva, la noche del heroísmo y de la salvación. Yo estaba solo en mi cuarto, cuando me pareció escuchar el llamado largo y solitario, cuyo eco se clavó como un puñal en mi carne amodorrada. Y de un salto estuve en la calle y corrí hacia el muelle. Pesaba el aire en la ciudad y en las esquinas áridas y solas ví acumularse todo el horrible tedio de vivir. Cerca del muelle, sobre la ría, unas luces rojas y amarillas vacilaban en el aire. El cielo estaba tan cerca, con su carga de estrellas, que me pareció que iba a desplomarse sobre mi cabeza.

Me acerqué a la borda del muelle y lancé un grito. Acababa de ver mi espíritu, hundiéndose poco a poco. Como los otros, su casco podrido quizá y mordido por el orín amargo del fondo, no podía ya resistir.

Grité hacia abajo, enloquecido. Llamé con mi corazón desesperado y sangrante y me trepé sobre la borda. Me respondió una voz débil:

— Ya lo ves ... nos hundimos... Creo que has llegado tarde...

— No. no ... Oh...no digas eso. ¿Tarde?... Espera ... Debemos salvarnos... Salir al mar libre... Oh... ahora sí... Aunque sea para hundirnos...pero en la mar libre...

En el intervalo de silencio, el viento áspero del mar arañó en la costa abrupta de la ría y jadeó soberbio entre los barcos. Parecía la voz colérica e impaciente de alguien, que nos llama desde lejos y por la última vez.

Entonces de un salto me lancé al fondo de la barca, al fondo de mi espíritu ya en trance de desaparecer. Toda la noche estuve allí arrojando el agua fangosa que acumuló el tiempo inactivo y gris y limpiando del légamo y del moho mi abandonado espíritu. Una ter-

nura indecible y una voluntad sobrehumana, me dieron una energía que no conocía. Las otras barcas sonreían... Murmuraban punzantes ironías... Se estremecían en sordas reticencias. Compadecían mi locura. Yo ciego para las ironías, ciego para el mal, ciego para la ciudad que el alba empezaba a dibujar sobre el horizonte, aceleraba mi trabajo. Las algas implacables y recias como los tentáculos monstruosos de un pulpo, se habían trenzado en torno del casco. Pero no sé qué energías vibraban en mi espíritu y en mi cuerpo, superiores al desaliento y a la muerte, y antes que el primer rayo de sol untara la superficie del mar, lentamente, como un ave que los vientos agrios de la noche han arrojado maltrecha sobre la costa, mi barco surcaba el agua inmóvil de la ría, en demanda del mar libre...

BITACORA

TIENEN los navegantes un libro en que anotan el rumbo, la velocidad y las maniobras del barco. Caben en él también los demás accidentes de la navegación. En ese libro, que se llama de bitácora, se puede seguir la vida de a bordo acaso hora por hora. Las anotaciones en el libro de bitácora son, siempre, de laconismo marino. Toda una guardia pasa, y otra y otras, y nada ocurre de nuevo. A una hora fija cada día se toma la posición, que se inscribe con unas cuantas letras y números: 43° 23' 10" Lat. S. 84° 4' Long. W... Nada más.

Pasan así las horas y los días. En la sábana azul removida por oculta potencia sólo unas pocas aves errantes anuncian la costa cercana. Pero ocurre de pronto que de un rincón, el más recoleto, del horizonte se levanta una fresca brisa. Sopla y sopla hasta que hace del mar una hirviente infinitud de olas que asaltan, por todos lados a la vez, al barco indefenso. En el libro de bitácora la tempestad va depositando sutiles rizos de espuma.

Se llega, en fin, a puerto, y en el libro de bitácora se inscriben una firma y una fecha cargadas de melancolía. La travesía ha terminado. Algún tiempo más tarde será el de alistar de nuevo el barco, dar proa al mar instable y llenar otra vez con signos y letras el libro abandonado.

Así me ocurrió un día sorprenderme cuando anotaba en un papel cualquiera una idea poco antes pensada. Quise hacer hábito lo que no era sino acto independiente, fuera de serie, sin lazos familiares con la costumbre. No creo, sin embargo, que pueda hacer siempre lo que he hecho durante algunos meses. Llevar mi cuaderno de bitácora y en él señalar la palpitación de mi vida. Me parece que contemplarse vivir es ya dejar un poco de vivir. Iniciado como acto inocente, puede terminar por ser el más áspero grillete.

He aquí algunas de las páginas de mi bitácora. No están todas. ¿Para qué? Las más señalan sólo la latitud y la longitud en que se halla, un día y otro, un espíritu entregado a vientos adversos y que tarda en llegar a una costa que las olas acunen con su canto innumerable.

Hay dos clases de escritores: los que creen saber escribir y los que no están seguros de poseer tamaña sabiduría. Los primeros pueden firmar antes de escribir: jamás se arrepienten. Los otros no son chilenos.

*

No puedo dejar de sonreír cuando veo que se atribuye acción docente a la literatura. No necesita justificarse avillanándose. Bástale ser encantadora para no ser inútil. Si entretiene al hombre con un juego en que no son la brutalidad y el engaño los resortes principales, ha cumplido su misión.

Hay quienes se divierten en el teatro; otros encuentran placer en el estadio. ¿No tienen derecho a existir los que lo hallan en un libro?

*

La noción del placer que el arte literario está des-

tinado a brindar, puede ser equívoca. No hablo de la literatura *gaie*. Es otro mundo. Hablo de la literatura pura y digna, hecha por hombres a quienes el oficio interesa como el principal negocio de la vida. Pues bien, esta literatura, aun recargada de interrogaciones trascendentes, tiene como misión primera entretener. Puede ser incluso difícil su lectura; pero si su estilo es bello y si proporciona del alma humana datos dignos de atención, no podremos negarle el nombre de entretenida.

*

No hay que caer, sin embargo, en la trampa que coge a ciertos hedonistas, los cuales avaloran la obra literaria sólo en razón del solaz que les reporta. Una crítica de valores debe atender a ese factor, pero no podrá reducirse a él. La obra literaria debe cumplir un primer deber: ser entretenida. Si, además, llena otros, no los despreciemos.

*

Dijo el poeta que vivir no era necesario, pero sí viajar. ¿No habrá quién diga que vivir no es, para el escritor, necesario, pero sí lo es escribir?

*

No tenemos clásicos. ¿Podremos tenerlos? Si leemos a nuestros escritores del siglo XIX, el primer impulso es de desprecio. ¡Escribían tan mal! El segundo es de compasión. ¡Estaban tan solos en una sociedad que los detestaba! El tercero es de olvido. ¡Los muertos no deben ocupar sitio alguno en el reino de los vivos!

*

La crítica no es, no puede ser simple cuestión de gustos personales. Está por encima de esto. Es comprensión e interpretación, aun cuando niegue valores; es simpatía y amor, aunque simule la forma del odio.

*

Léon Pierre-Quint piensa que la crítica es la superliteratura. ¿Exageración propia del crítico? Quizá. No puede negarse, sin embargo, que la crítica ocupa cada día más trecho en el espíritu del público y del escritor. Fué al principio una fría disciplina académica. Se rebajó después a pura complacencia ante la obra que llena ciertos gustos y cumple cierto esquema espiritual. Hoy es la inteligencia misma de la obra literaria, que sin ella no vive la vida de las letras.

*

Me gustan los libros bellamente impresos, pero no tanto que sus papeles y su tipografía puedan impedirme trazar en sus márgenes esas breves anotaciones, esas cruces, esas rayitas que señalan los furtivos encuentros del espíritu.

Me gustan, en fin, los libros en que se puede habitar cómodamente.

*

Alguien decía que no se debe escribir sino de lo que se ama. No hay nada más cuerdo. Pero nada más dudoso. No se sabe siempre lo que se ama, y a veces se quiere con pulso tan tenue, que casi no se siente. Más seguro es escribir sólo de lo que se odia. Entonces se está siempre seguro de la pasión.

Escribir en Chile sólo de lo que se ama significa la absoluta ociosidad de la pluma. Un crítico que si-

guiera al pie de la letra principio tan halagador, podría poner su firma al pie de diez páginas en blanco. Al escribir sólo de lo que amara, llenaría dos o tres veces en el año la página virginal.

*

Somos un pueblo de necrófilos: la muerte, y con ella la rutina y el desaliño y las lacras, nos seduce. Hemos hecho un culto del heroísmo no por amor a la obra heroica, sino por respeto a sus despojos: el veterano mutilado, el hombre que no vive en el presente sino que se alimenta de reminiscencias. Como el buitre que come cadáveres y desprecia los frutos de la tierra.

*

Escribir ha sido en Chile, durante muchos años, una especie de vicio solitario que había que ocultar con rigor. Un escritor podría ver comprometida su carrera de funcionario si su jefe — analfabeto con muchos años de servicios — descubría su lamentable debilidad. Sus amigos pancistas pensaban y decían que su entusiasmo literario era una manía incomprensible. El público, en fin, despreciaba al que pensaba más que él. ¿Por qué? Pues por eso: porque pensaba más que él.

*

Es más fácil perder la confianza en el individuo que en las instituciones. Cada cierto número de años se nota una *crisis de hombres*. Se les cambia. Inútil. La crisis sigue. Se piensa entonces en que acaso las instituciones, los organismos sociales sean los malos y anticuados. Y entonces se reforma la Constitución, la administración se depura y se ordena—o se desordena

— conforme nuevos principios directores. A veces, aun después de hecho esto, sigue hablándose de crisis de hombres. Esta es la historia de muchas revoluciones, reducida a cuatro palabras.

*

Se dice: «X tiene talento.» Sin duda, lo tiene. Pero no tiene talento literario, y es algo enteramente diverso. El primero lo hace ver justo y claro. Sin el segundo, jamás podrá decir bien y preciso. ¿Cuál vale más? El primero, en la vida general de relación, es indispensable. La falta del segundo en el que maneja una pluma, deja al escritor convertido en un pelele.

*

Las mujeres de talento piensan que es el talento lo que les impide escribir bien.

*

Siga el camino de la invención contingente o el de la transcripción fiel de la realidad, el arte añade siempre un terreno nuevo, no vital a la vida. En el primer caso, la invención aspira a ser considerada como vida. En el segundo caso, la vida pasa a ser invención. Es decir, arte.

Es error, y profundo, atribuir categoría más elevada a uno de estos dos procedimientos. De ambos se han valido extraordinarios ingenios en todas las épocas, y sus obras han probado que sólo se necesita una cosa para hacer arte duradero: talento específicamente artístico. La materia que se trabaje no importa. El estilo mismo, con ser tanto en el arte literario, no tiene valor autónomo, sino que vale en función del talento creador. En suma, arte es individuación.

*

Me parece urgente labor ensanchar el radio admirativo o sólo comprensivo de las gentes. Son precisamente las que pasan por más cultas las que tienen un criterio más estrecho. No pido que se acepte todo. Un sistema de admiraciones que no se completa con uno de repulsiones, me parece nefasto. El alma humana necesita odiar en la misma cantidad que amar, y es lo normal que amor y odio vivan en ella cómodamente. Pero sí, que se admita siquiera la duda sobre el valor inalterable de lo que se admira.

El individuo que siente deleite en la lectura de una obra, debe hacer examen de conciencia. Debe decirse: si un autor me dijera exactamente lo contrario de éste y me lo dijera en una forma opuesta a la que me deleita, ¿qué sentimiento experimentaría mi alma? Para dar más rigor al procedimiento, debe en seguida hacer la prueba y esforzarse por leer aquellas obras que forman un país distinto del en que tan a sus anchas vive.

Estos cambios de temperatura intelectual, estos vagabundajes de las cimas a las planicies, son tan necesarios al alma como era para el antiguo más necesario el viaje que la misma existencia. En el arte también el hombre de la llanura debe aspirar a la cumbre y en ella respirar el claro oxígeno azul no emponzoñado por humos industriales o evaporaciones de aguas estancadas.

*

El secreto de la creación literaria perfecta reside tal vez en la cantidad que de creador y de crítico contiene el escritor. El escritor ideal parece ser el que se formara por la simbiosis de un creador desatado y de un crítico que le sirviera de freno. No es que crea yo

que el crítico no es un creador. Sino que su doble vista, su vista en profundidad, no es la vista frecuente en el creador.

*

Si se dice de un pintor que no colora bien, puede quedar de él un buen dibujante con ambiciones de pintor. Si se dice de un literato que no escribe bien, ¿qué queda? A lo sumo un honesto padre de familia. El escritor ha desaparecido porque la literatura está hecha de palabras y es forma pura.

*

Durante algún tiempo ha parecido que existían en la historia literaria períodos de clasicismo y períodos de libertad romántica. La historia de la literatura se reduciría así a la simple ondulación de un péndulo, acaso no isócrona, pero sí inevitable.

Sin embargo, es evidente que clásicos y románticos han coexistido en todas las edades. Y de tal manera la historia de las letras se entrecruza de acontecimientos, de tendencias, de movimientos envolventes, que se equivalen y a veces se anulan.

No son, pues, los tiempos los que cambian, sino los individuos. Y siempre hay un remanente de hombres que no cambian. Esta cantidad de hombres que siguen siendo románticos cuando lo urgente parece ser clásico, o al revés, da a cada época un sello particular. Hay algo en ella que no parece bien maduro, que se resiste a marcar el paso de la mayoría.

Es una actitud a veces inconsciente de rebeldía y de ella nacen inadaptados y precursores.

Juliana Hermil

MEDITACIONES BREVES

EL PRECIO DE LA VIDA HUMANA

EN los diarios de nuestros países sudamericanos, la muerte ha sentado sus reales. No sólo tranquea en los humildes avisos de defunciones, en las presuntuosas necrologías, en los sucesos policíacos en que por una nada un hombre priva al otro del azul de este mundo, sino que también deja oír el golpe de sus zancadas en secciones que se creyeran totalmente ajenas a sus dominios. Hay una epidemia. Hoy, de escarlatina; ayer, de tifus; mañana, de cualquier plaga. La muerte acecha. ¿A quién? A todos; pero son tan pocos los que la sienten si no les asesta el golpe en el corazón de los seres queridos, que los diarios — que marcan a pesar de todo el pulso de la vida nacional — no salen para comentar la epidemia, de la cotidiana ristra de sus adjetivos vulgares.

Es que hay una relación directa entre el aprecio de la vida ajena y el grado de civilización en que se halla un pueblo. El término medio de la vida en Chile se ha calculado en veintisiete años. En los Estados Unidos, en cuarenta y nueve. Seguramente en Suecia, en Noruega, en Dinamarca, en ese archipiélago privile-

giado que es la Nueva Zelanda, esa cifra sobrepase los cincuenta. ¿Qué significa esto sino que entre nosotros la mitad de la población fallece prematuramente? Mitad de la población. Dicho así, no impresiona. En esa mitad, sin embargo, están los padres venerados, los hijos que son el orgullo, la esperanza y la razón de ser de las vidas. . .

Aprecio de la vida ajena. El hombre ha sido lobo para el hombre. Guerras, asesinatos, crímenes de tiranías y de intolerancias ensangrientan la historia. La divina palabra de Nazaret ha dulcificado apenas en veinte siglos la ferocidad del mamífero ensoberbecido. Es que además de la leche de la fraternidad humana, necesitamos un cierto poder de imaginación para ponernos en lugar de otro y comprender los dolores que acarrea la muerte al hogar del prójimo. Y para no ser nosotros mismos los portadores del mal, precisan, además de compasión y de poder imaginativo, algunos rudimentos de ciencia. El que nada sabe de biología, se ríe de los microbios. Es inútil enseñar profilaxia a un analfabeto. Queda para éstos el recurso de la orden imperativa. Pero a toda esa anchísima porción de las colectividades nuestras: la clase media despreocupada del aseo y de la higiene; gentes semi-letradas — que son la inmensa mayoría — que se permiten sostener una opinión sobre las cosas que menos entienden, que desafían las órdenes de los médicos, que no se avienen a la disciplina para asegurar que importa la higiene general, ¿cómo se les enseña que para asegurar su salud es indispensable que cuiden también de la salud de los otros?

Hace falta cultura. Sobre todo, esa que se infiltra por las clases bajas y trata de alcanzar a todos y a cada uno de los nacidos en el suelo patrio. Sin esta base de cultura popular no puede edificarse una nación durable. Los hombres de negocios, que llevan el timón de la economía, se plañen de que las industrias y las em-

presas comerciales desfallecen por falta de intensidad de población. Somos éstos, pueblos malos. Sin riqueza, el progreso se dificulta; las escuelas escasean, los niños han de uncirse al trabajo prematuramente. Se perpetúa la incultura. La mortalidad infantil llega a cifras que son una vergüenza ante la faz del mundo. No nos preocupa. Lo accesorio nos importa más que lo indispensable. Hermoseamos algunas calles céntricas; edificamos palacios suntuosos, rascacielos imponentes. Al lado de ellos, continúa la miseria, el desaseo, la ignorancia, las epidemias, la muerte. No apreciamos la vida ajena. No salimos de esta situación de pueblo semi-civilizado.

HOMBRES, IDEAS Y LIBROS

Julien Benda y los clérigos. El centenario de Tolstoi



Julien Benda ha escrito recientemente un libro sobre los *clercs*, sobre la traición de éstos (es el volumen publicado por el editor Grasset). Emplea el término *clerc* en el sentido en que se usaba en la Edad Media: no es precisamente este miembro del clero que ha recibido órdenes mayores o menores, sino un hombre culto que ha estudiado en escuelas, que sabe latín, en oposición al laico que lo ignora. Desde que apareció el volumen, el escritor combate a los que le dan interpretaciones que juzga erróneas, insiste, se irrita y se apasiona. Según él, el clérigo, a usanza medioeval, debe dirigir admoniciones a la gente laica, combatir la ambición de los pueblos, renunciar a las grandezas de carne de que hablaba Pascal, mantenerse resueltamente al margen de lo que es egoísta, terrenal y prosaico. El *clerc* austero y verídico ofende con su predicación a los laicos y éstos, en natural reacción, le destierran o le condenan a muerte como a Sócrates.

El ensayo es ingenioso y brillante, y parece dirigido contra los doctores de la *Action Française*, el diario nacionalista. Para el autor, Barrès y Maurras, sobre todo el último, han traicionado la causa que debían servir, porque en vez de defender un legado espiritual, han endiosado al Estado, exaltando intereses positivos. Gracias a ellos, la nación francesa se altiva con desmesura. Así como se muestra infiel el laico a lo que debe ser su tarea cardinal cuando pide que sean abolidas las fronteras

y que reine el amor universal, así también, si el sacerdote de un culto exclusivamente espiritual vuelve espaldas a su patria celeste, se hace indigno de su alta función.

M. Benda piensa con rigor lógico, pero es nervioso y atormentado en la vida. Recuerdo que, en una ocasión, almorzando con él, mientras trataba seguras razones, se tomaba el pulso a cada instante, inquieto por su salud. Menudo y frágil, combate con acedia. Polemista en *Belfegor*, al acusar a una sociedad desvaída que ha perdido el hábito de pensar y sólo busca emociones y un peligroso frenesí; sagitario cuando lucha con el bergsonismo triunfante, persigue ahora a un grupo estrecho y heroico, apretado por una coalición de poderes hostiles.

Nos parece demasiado radical la oposición que establece entre el ideólogo y el hombre de acción, el primero que enseña verdades contrarias al dominio de la tierra, que son pálidas entelequias, y el segundo que se instala sólidamente en el orden de lo agible. ¿Por qué tal separación? Concebimos a idealistas que aspiren a plasmar realidades y acepten de la experiencia lecciones y correcciones. Stuart Mill enseñó que el progreso es siempre obra de espíritus descontentos. Ellos aguijan a sociedades rutinarias y las transforman. M. Benda acusaba al filósofo Bergson de obedecer al instinto de su raza y ser oriental sin quererlo y quizás sin saberlo, en metafísica. El que también es israelita, puede ser emparejado con los profetas porque siempre critica y condena y le parece impuro todo reino terrestre.

El 9 de este mes de Septiembre se celebró el Centenario del nacimiento de un *clerc* admirable, evangelista y vaticinador. Tolstoi vió la luz en Yasnaia-Poliana. Los diarios publican datos biográficos del gran escritor ruso, comentarios sobre su obra múltiple. Sabemos que vivió en Petrogrado, San Petersburgo en su época, que se movió en la buena sociedad y sirvió en el ejército. Como oficial, tomó parte en el sitio de Sebastopol durante la guerra de Crimea. En 1851 le hallamos en un regimiento en el Cáucaso; diez años después recorriendo Europa. Aristócrata, hombre de fuertes pasiones, ama la gloria, el juego y el amor. En ese año vuelve a Yasnaia, después de haber conocido la cultura de viejos pueblos, el vicio porque se sintió agobiado por deudas, el dolor al morir en París su hermano dilecto, Nicolás. El 23 de Septiembre de 1862, contrajo matrimonio, en Moscú, con Sofía Behrs. Escribió entonces, en años extraordinariamente felices, sus dos obras capitales, *Guerra y Paz*, suerte de epopeya castiza, inmenso y magnífico fresco, y *Ana Karenin*. «*Guerra y Paz*, novela de primer orden»

escribió Flaubert a Turguenev en 1880, libro sublime en su primera parte. «El primer escritor contemporáneo» decía Turguenev al ofrecer un ejemplar de la obra a su amigo. Cuando Tolstoi se derrama en apreciaciones filosóficas, Flaubert se aparta de él, le critica, y Turguenev escribe: «*Flaubert dixit*; para mí está decidido el caso, está juzgado el talento del maestro ruso en lo que tiene de inferior y en su grandeza.»

Con tan altos dones, a despecho de una popularidad en creciente, Tolstoi aspira a separarse del arte puro para desdeñarlo más tarde y decir de *Guerra y Paz* y de otros libros «que son indiferentes, insignificantes y malos, que sólo pueden ofrecer satisfacciones de orden inferior». El joven Tolstoi, con la pluma y una intensa propaganda, secunda desde 1855 al César paternal, a Alejandro II, el cual se preocupó desde su advenimiento al trono de la emancipación de los siervos. Emancipar a los demás, a los que sufren, a una clase miseranda, es también libertarse a sí mismo, desnudarse de preocupaciones secundarias y vencer pasiones. En su noble empeño, Tolstoi es *clerc*, si aceptamos la definición de M. Benda, hombre de Dios y santo medioeval. Desde su mocedad, en la universidad de Kazán leyó a Rousseau, profesó ideas liberales, se preparó a vivir con los aldeanos y los obreros. La sociedad que le rodeaba, la civilización occidental importada en Rusia, encuentran ya en él a un precoz enemigo. En su madurez se transmutará en mujik, cultivará la tierra con sus propias manos, huirá del mundo y de sus pompas ilusivas. Cristiano fundamental, artista a pesar suyo, se consagrará a la enseñanza religiosa en libros claros e insistentes sobre la verdadera vida, el deber inmediato, el trabajo y la oración. Comentaré el Nuevo Testamento, explicará y defenderá su fe, será exégeta y predicador. En Yasnaia, donde nació, se ha instalado como profeta. Desde allí, denuncia la guerra, la codicia de las naciones, el imperialismo, condena a la Iglesia nacional, escribe al Zar. Aconseja paz a los pueblos, la renuncia a bienes que son precarios, la humildad, la mansedumbre. No ha de resistirse al mal, según este fuerte y dulce maestro que predice a Gandhi, el Mahatma de la India transformada.

Para que su vida esté en consonancia con su obra, abandonó el escritor en 1888 todas sus propiedades. Pero, en virtud de una contradicción que le angustió hasta su muerte, débil en su propia casa, sujeto a diversas influencias, conservó siempre su manera de vivir, abundante y señorial. Entre tanto, consuela a los desgraciados, a él se dirigen los peregrinos, los que padecen hambre y sed de justicia y de amor. La Igle-

sia ortodoxa lo excomulga. El ya se había separado de esa comunión y la había acusado de haber celebrado impuros pactos con el zarismo tiránico. A veces parece un *starez*, monje de alma sublime; otras un anciano homérico, un acerbo profeta en ocasiones, un gigante de barba fluvial ligado por nudosas raíces a la tierra que ama y que cultiva, o simplemente un hombre infinitamente entristecido porque no ha sabido ordenar su caos interno. Por espacio de 20 años aspira a huir de su casa, a separarse de su familia, a poner término a dolorosas contradicciones. Al fin, en 1910, octogenario ya, rey Lear de la estepa, sale una noche de Yasnaia, vaga por frías soledades y muere en una pequeña ciudad, en concierto con sus aspiraciones más profundas y en paz con Dios.

Nuevos documentos nos permiten ahora explicar la íntima tragedia. Una hija de Tolstoi, Tatiana Sukotin-Tolstoi, ha estudiado algunos aspectos de ella. De su madre escribe:

No comprende que sus sufrimientos provienen de la incompatibilidad que existe entre su idea del matrimonio y la realidad. Para ella todo terminaba en la vida de familia: ser mujer amante y fiel, madre devota, tal era el deber que se había impuesto, y Dios sabe que honradamente lo cumplió durante toda su larga vida. Quería que así fuera también para él. Pero, ¿podía Tolstoi limitar sus intereses a las exigencias de la familia y ser tan sólo marido y padre?

La condesa Tolstoi expresó de esta manera su pensamiento en repetidas ocasiones: yo vivo por él y para él y exijo la misma cosa para mí. En cierta manera ambos tenían razón, defendían, como la hija nota, algo que importaba más para ellos que la misma vida, la madre, el bienestar de sus hijas y la dicha de ellas, en armonía con su manera de considerar las cosas; Tolstoi defendía su alma. Retrocedía siempre, no quería hacer sufrir a los suyos, entre dos deberes escogía el más duro para él, el abandono de su fe. Sus amigos le aconsejaban que rompiera con su familia y viviera de acuerdo con sus creencias. ¿Cómo toleraba que, en su mansión, domésticos de guante blanco sirvieran la mesa simple y rica? También el bramán, al madurar, abandona su casa y busca en la floresta paz y soledad.

El profeta, el hombre divino, como le llama Gorki, medita y sufre en silencio: «No podeis imaginaros, escribió en su diario, hasta qué punto mi verdadero yo es despreciado por los que me rodean», el yo esencial que él deseaba salvar. Ahora comprendemos mejor, después de estas publicaciones, algunos apuntes de ese diario en el período comprendido entre 1895 y

1899, las afirmaciones del gran escritor misógino, autor de ese libro torturado, la *Sonata de Kreutzer*.

Las mujeres son débiles y no quieren confesarlo. Desde hace 60 años, la mujer baja continuamente en mi estimación. Continúa bajando. Comprendo que el feminismo constituye un problema; pero la solución de él no está en que la mujer gobierne al mundo sino en que deje de aniquilarlo. El matrimonio, lejos de traer la felicidad, engendrará siempre sufrimientos como compensación a la satisfacción de los sentidos.

Tolstoi no soporta la vida que le ha sido impuesta, su alma está triste hasta la muerte. A medida que se acumulan oposiciones en su existencia, se muestra duro, injusto para su mujer sexagenaria que representa la prosa necesaria de la existencia, mientras que él vive en plena utopía, en el reino superior de la fe. Ungido por sentimientos de asco y rebeldía, llega a escribir en su diario, al abandonar su casa, en la noche del 27 al 28 de Octubre de 1910: «No sé si me equivoco al considerar que tengo razón, pero me parece que es algo, no a León Nicolaievich sino ese algo que, por poco que sea, existe en mí».

Los escritores rusos se refieren siempre a dos principios contrarios que combaten en el alma nacional, en erronía a todo posible concierto, Apolo y Cristo. Imaginaos que lucharon siempre en el espíritu de Tolstoi el Apolo de su juventud y el Cristo de su madurez, el Hombre-Dios y el Dios-Hombre, el individuo titánico que desata sus pasiones y el cristiano que se desnuda de ellas en firme ascetismo.—FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.

La nueva poesía catalana



CUANDO se habla del renacimiento literario catalán y se le enmarca dentro de una suma determinada de años, se olvida lo principal: anotar que no ha culminado aún. Sacar una lengua del olvido y la muerte, darle flexibilidad y matices, producir creaciones del valor de un Maragall, de un Alcover, de un Ruyra, de Víctor Catalá, José Carner, López Picó y otros, constituye un esfuerzo y un fenómeno sin precedentes en la época moderna.

Verdaguer en su estro tumultuoso y rico de verbalismo coloreado, fué el revolucionario que destruyó la calma y removió

el encharcamiento de las letras catalanas. Los juegos florales, dignos siempre de simpatía y de que se les reconozca su alta misión patriótica y restauradora, conducían la poesía a un letargo. Una oleada de convencionalismo, de «versificación excesivamente fácil, de estilo declamatorio» como anota Nicolau d'Olwer. Toda la poesía catalana es una serie de tanteos que, poco a poco, empujaban sus destinos por una vía más ancha e iluminada. Desde Aribau, pasando por la frescura popular de los poemas de los dos Aguiló, hasta Mossén Cinto, la trayectoria lírica de Cataluña es una serie de vacilaciones, sin que estalle la madurez casi plena que ostentaría más tarde.

Verdaguer dió el ritmo vigoroso, rompió el aislamiento y la reclusión cenaculista, y empieza la ofensiva de la lengua catalana. A su lado está Guimerá, cuyo teatro ha hecho delirar de pasión a todos los catalanes de América y que despertó el sentido racial en las lejanas colonias un tanto olvidadas de la tierra madre. Pero toda esa sensibilidad era muy ruidosa, algo primitiva y un poco popular. Se dejaba contagiar con el oleaje fragoroso de la multitud. Verdaguer es un caso olímpico de desprecio a las fórmulas de la humildad y el recogimiento literario.

Ya anota con finura analítica el escritor Carlos Riba sobre tal aspecto de Mossén Cinto:

Verdaguer en lugar de fineza tiene tozudez; en lugar de humildad, orgullo; en lugar de desposesión del mundo, un abandono al ensueño, a las imágenes, a los placeres del espíritu.

El suyo es un caso digno de estudio de resistencia al mundo que lo rodea. Su aislamiento le dió la fuerza y la sonoridad de roca sacudida por los oleajes furibundos y esa aristación terca de su carácter. Mucho camino tendría que recorrer la sensibilidad desde su vigor «payés» hasta el lirismo puro de Carner y de Tomás Garcés, pasando por el aristocratismo de Oliver, el futurismo cósmico de Salvat Papasseit y la melancolía borrosa de López Picó.

Mientras tanto, Mallorca daba dos poetas de inspiración oriental: Alcover, cuyo desnudo verbo bíblico resplandece en imágenes resonantes y elegíacas; y Costa y Llobera, cuya obra se divide en porciones horacianas y en un paralelismo de conceptos de raíz hebraica.

Costa y Llobera es el poeta más sereno de la literatura catalana. El fondo de su temperamento está bañado de equilibrio, de bondad, de dulce y serena cortesía. Desdeñaba los ho-

nores y se negó a admitir un monumento en vida. Intelectual puro, amaba el culto desinteresado de las ideas, haciendo abstracción de las cosas materiales. Un suave desdén por lo profano acendrabá su finura religiosa, mas nunca mística. Le faltó la llama devoradora de la inquietud y su carácter corresponde al paisaje en que se recrearon sus ojos de poeta y visionario. Mallorca se fotografió en su alma y le infunde ese hábito de serenidad y una lumbre de celestial armonía. Pero, con todo, Costa y Llobera, como Alcover, fue clásico por refracción, por inspiración, no al estilo de Joan Maragall, clásico de adentro para afuera. En ningún escritor catalán apunta de un modo más agudo el sublime destello de la genialidad y de la inspiración. En Costa y en Alcover, grandes poetas sin duda, las imágenes son reflejas y hay siempre algo de aprendido en sus cantos.

Maragall es el inspirado, el genial constructor de imágenes, el poeta ajeno a la sugestión externa. Todo él fluye de adentro hacia afuera y en su obra brilla una virginidad conceptual que no es corriente. De ahí parte, a nuestro juicio, la verdadera y grande evolución de la poesía catalana. Con Maragall — como lo anotamos en otra parte — la literatura catalana se encuentra en el punto sazonado y en la curva ascendente de la gracia poética.

Miguel de los Santos Oliver hacía, por esa época, unos poemas finos, cincelados, que contenían perfumes vagos y señoriales, a la vez que recogían los ecos dispersos de las viejas mansiones mallorquinas. Gaziol ha señalado el aspecto monacal de Oliver. Sin duda en el gran estilista hay una sensualidad atemperada de abad o de monje que ama los libros y las deliciosas ediciones bien foliadas, la conversación tranquila y calmosa de las tertulias y el ocio claustral de los salones y bibliotecas. Su temperamento es mallorquín, muy insular y poco amigo de vagabundeos. Lo curioso del carácter suyo es el don de universalidad que tiene como prosista y la fuerte comprensión de su ingenio. Desbrozaba los tópicos y los hacía accesibles con la gracia de un estilo armonioso y raramente adelantado a la sensibilidad española de entonces. Tanto en imágenes como en giros y expresiones gráficas es un glorioso hermano y antecesor espiritual de esos felices buscadores de vocablos que se llaman Gabriel Miró y Ramón Pérez de Ayala. Pero el poeta queda siempre en Mallorca, en sus vetustas casonas, en las calles de fanal y retablillo descolorido por los años. Su alma se prendió en las piedras desnudas y en esos salones que acogieron a las marquesas emigradas y que comentaban el desdén de

Georges Sand. La pasión de bibliómano, los paseos calmados y las sabrosas charlas con los amigos de la tierra, tal era su felicidad.

Creieu que és una cosa que encanta
fullejar llibres de l'any quaranta...

Otras veces evoca con donaire expresivo las casas señoriales de la dormida Palma de Mallorca:

Entrades, famosos
entrades gegants,
totes harmonioses,
totes resonants,
totes habitades d'ecos vigilants;

arcades y voltes de l'antiga casa
plenes de foscor,
plenes d'emoció,
posades en guisa de decoració
per una comédia de capa i espasa;

vistosa cisterna
de ferre florit,
polsosa lanterna,
pynya multifólia
de ferre bogit,
com una lluern
dins una magnólia
brillant en la nit,

que dúnes virreines y unes mariscales
veieres les gales
dos segles abans,
venint de les festes, tornant de la rua,
saltant de l'esvelta cadira de mans...

Este tono desvanecido, lento y señorial como un «minuetto» es lo que da el secreto de la sensibilidad de Oliver. Reflejo de las ondas de reposo de Mallorca, de la isla de la calma, como la llamó Rusiñol.

El carácter mallorquín está maravillosamente encuadrado en los poemas de Oliver y también su localismo; pero su valor general no radica en eso. El gran mérito suyo es haberse adelantado en percepción y en don imaginativo a los contemporáneos. Los reflejos de su prosa revelan un avance considerable con el casticismo chorreante y espeso de los escritos españoles de la época. Azorín, Pérez de Ayala, el seco y antiliterario Baroja, Valle Inclán y Miró tal vez han superado a Oliver; pero ninguno ha recogido mejor esa emoción íntima y secreta

de las cosas yacentes, verdaderas panoplias de olvido, cubiertas por el polvo de las edades. Sus poemas — como anotó Gaziel — son los de un poeta menor. No tuvo nada de audaz ni violento; pero nos cautiva con su gracia sencilla, su elegancia innata y el cincelado corte de las estrofas.

Después de Oliver hay otra explosión de sensibilidad en la literatura poética de Cataluña: es Salvat Papasseit.

Salvat Papasseit asimila las corrientes líricas de su tiempo y se acoge por fin al remanso creador de la verdadera poesía. Toda su existencia constituye una serie de experiencias, desbordantes de inquietud. Fué un gran plástico y en sus obras abundan las imágenes rutilantes que se clavan como dardos de oro en la sensibilidad. En un principio hacía profesión de anarquismo y asimiló la influencia de Ibsen, Gorki y Tolstoi. Nada más dañino para una mente meridional que esas brumas nórdicas. Salvat Papasseit tuvo que romper las amarras convencionales y hallar su propia expresión poética. Pero esto ocurrió mucho más tarde, cuando maduraban las imágenes y la vena creadora adquiría un carácter más humano y social.

Lo extraño de Salvat Papasseit, lo que hace admirable su intuición, es un modo muy suyo de descubrir la analogía de las cosas (1). Desde la subversión espiritual de sus primeros versos se afinó de tal manera que, en sus últimos poemas, no hay más que un canto de prolongada vibración doliente y humana. La imaginación, como saeta de fuego, no sólo hería la superficie de las cosas y del panorama vital; iba a su fondo, desgarrando la carne del sentimiento. Este poeta es menos catalán que otros. Mucho de universalismo alienta en él. Es un poeta que quiere salirse de Cataluña y volar ebrio de lontananzas. Apollinaire y Marinetti le dejaron una huella de retorcimiento y de protesta anti-convencionalista; pero acabó por desprenderse de todo ese fermento imitativo. Desde *Poemes en ondes hertzianes* (1919) hasta *L'irradiador del port i les gavines* (1921) va evolucionando hacia un mundo novísimo de comprensión y de síntesis. En el remanso semi clásico de la poesía catalana la actitud vanguardista de Salvat Papasseit marca una etapa nueva que, en partes, seguirían Tomás Garcés y Sebastiá Sánchez Juan. A su lado dominaba el sereno equilibrio de José Carner y el íntimo recogimiento de López Picó.

En nuestro breve panorama de la poesía catalana moderna, esto es, del verdadero e inacabado renacimiento, sólo te-

(1) Tomás Garcés en *Paisatges i lectures*, p. 129. 138.

nemos en vista las grandes manchas que hieren la vista y no pensamos detenernos en un recuento absoluto. Debe, pues, perdonarse lo incompleto y trunco de la visión.

José Carner es el poeta catalán más posesionado de su arte. Domina la forma y la pule deleitosamente como un severo artífice renacentista. Nada del viento del espíritu y de la inspiración volcánica e informe del gran Maragall. Carner acendra, junta, une y enlaza hábilmente.

Lleno de flexibilidad espiritual y atento a los ritmos nuevos, no se deja arrastrar por ellos y resiste a la tentación del momento poético. Severo consigo mismo, explica esto en el prólogo de *La paraula en el vent*:

La poesía lírica es un combate, el más alto del espíritu, como el de Jacob y el Ángel. Es el combate esencial entre la inspiración, que es potencialmente infinita, y el genio, que es característicamente limitado. Es el puro fenómeno que los griegos llamaban entusiasmo.

Pero otro de los méritos insignes de Carner es que anima y vivifica al paisaje y entraña en sus poemas un humorismo de raigambre británica. Ya no es un paisaje visto a través de un estado de ánimo. Es algo vital, concreto. El sensual corporifica los conceptos. Algo de eso ocurre con Carner que anima e infunde movimiento a las cosas que enfoca. No siempre ve desde un punto de vista humorístico los asuntos. Hay veces que las nubla un desconsuelo, que las enturbia un pesimismo muy enérgico.

Como en López Picó, en Carner se percibe el fondo común a la lírica catalana. Los poetas de la tierra admiran siempre sus mares, pinos y estrellas. Domina en él una nota semi-melancólica, de carácter mediterráneo. Este mar optimista y deslumbrador contiene también su nota triste, porque luego la naturaleza humana reacciona y ve que ha de acabar tan espléndida sinfonía, que los sentidos son inferiores al gozo derramado en la creación entera. La limitación del goce añade sufrimiento al goce. En todos los poetas, tanto en López Picó como en Carner, en Garcés como en Sánchez Juan, domina el tono menor, el recogimiento. Faltan vitalismo y energía cósmica. Salvat Papasseit tuvo esa palpitación universal, pero en parte su obra se malogra por las actitudes del momento. Su lirismo florecía cuando lo sorprendió la muerte.

Muy bien recoge las vibraciones de Carner y su semblanza espiritual, el crítico Nicolau d'Olwer cuando afirma:

La moda passa, y el poeta resta. Deslliurat del simbolisme, evolucionant de pressa cap a la sín·esi d'una modulació formal tota italiana amb el subj·etivisme romàntic dels anglesos, Carner no desdiu mai la seva forta catalanitat que el priva d'émboirar-se. El seu ironisme extreu poesia ádhuc del paisatge més esquisit i de les ànimes més grises; el seu do del llenguatge fa dringar amb accent nou cada paraula.

Pero en Carner también sobresale un gran aprovechador de la virginidad de la lengua catalana. Sabe extraerle matices y combinaciones verbales eufónicas y combina muy bien los vocablos en una especie de hondo deslumbramiento plástico. Su sensualidad lo conduce a verdaderos abusos de estilo; pero todo puede perdonársele en virtud de su gran emoción poética y de su innegable mérito artístico.

López Picó, al contrario, es más conceptuoso y ha caído en el cerebralismo. No tiene la flexibilidad espiritual de Carner, pero ha interpretado con firmeza los motivos del puerto y de la ciudad. Poeta cívico y del hogar, ha cantado en odas de intenso lirismo las cosas familiares, y en su vasto ramaje lírico siempre se nota un avance hacia la concreción.

No se sale tampoco de Cataluña ni busca la universalidad geográfica, aunque últimamente en sus poemas busca una nota más aguda y apretada de resonancia humana y profunda, a la vez que ha realizado verdaderos aciertos de traducción, de interpretación, de geografía lírica.

Junto a estos poetas se destaca un grupo de jóvenes, en quienes están puestas las mejores esperanzas de la poesía catalana. Tomás Garcés es un cantor pulcro, que se inspira en el campo, en las tradiciones folklóricas, y procura inyectar a sus versos una sanidad primitiva y simple. Carece de fuerza, pero es elegante, discreto y sugestivo. Envuelve los estados de ánimo en estrofas cinceladas y académicas, en formas pulcras y casi perfectas. Sano con sanidad honda y cristiana, es un poeta menor. Moderno y actual, no se deja llevar de los impulsos frenéticos del día. Garcés recoge en brazadas de emoción los cantos humildes, los matices campesinos, los ecos de Gerona y del Ampurdán. Desde *Vingt Cançons* (1922) pasando por *L'ómbra del lledoner* (1924) hasta *El somni* (1927) se nota un firme progreso en la seguridad técnica, en la armonía del estilo. El mar, las montañas y los ríos, la creación entera le da motivos de inspiración, que nunca adquieren una fuerza cósmica, antes bien un discreto y pausado giro melodioso:

El mar té camins de fada
blanc i rosa, Amor.
Els feia la pedra alada,
blanc i rosa, Amor.
Ves-hi, peu nu, rosa vera.
Oreig damunt la passera,
amb la tera má lleuge a
cull l'estell, Amor.

El amor vibra en sus cantos y los anima cordialmente. Le da el secreto de la navidad y lo lleva por el mar y el río, que le entregan su emoción escondida. Todo es suave y placentero en este poeta, que nada tiene que ver con la edad de los grandes concursos atléticos y del «jazz».

A su lado hay un grupo de jóvenes llenos de sensibilidad y talento. Sebastián Sánchez Juna en *Constelaciones* denotó una robusta visión del mundo y una fluidez admirable, con imágenes tiernas que se caen del árbol poético sazonadas y fragantes. Mariano Manent, fino y delicado; Rosendo Llatas, algo influenciado por los líricos británicos y con una tendencia filosófica; Ana María de Saavedra, delicada sin intensidad, como un canto desteñido y melancólico; Melchor Font, poco robusto pero admirable de proporción y muy sensitivo; tales son otros de los poetas actuales que conocemos.

Ninguno tiene la energía algo «payesa» de Sagarra, ni el ritmo fuerte de Carner ni la universalidad de Salvat Papasseit, pero juntos constituyen un haz no despreciable de variada gama. Con todo, el campo poético catalán no ha florecido aún de una manera definitiva y el idioma es susceptible de vibraciones impensadas y de matices maravillosos de resonancia y sugestión. Idioma firme y casero, sabroso y enérgico, todavía espera al nuevo Orfeo que lo puede hacer resonar de un modo universal... —RICARDO A. LATCHAM.

El cálculo de números índices de precios chilenos

Ultimamente, la Dirección General de Estadística ha terminado una serie de investigaciones que había emprendido hace varios meses, con el objeto de calcular números índices de precios chilenos (1).

La importancia de estos estudios no ha sido apreciada en

(1) Véase *Estadística Chilena*, publicación oficial de la Dirección General de Estadística, Santiago 1928, N.º 11 y siguientes.

la debida forma en nuestro país, salvo honrosas excepciones. No estamos acostumbrados todavía a pensar «económicamente» en Chile. Nos contentamos, en general, con mera literatura y les tenemos horror a los números, porque nos parecen demasiado abstractos, sin darnos cuenta que ellos condensan en sí, precisamente, la realidad.

Los números índices están caracterizados especialmente por esta cualidad. La observación nos ofrece una serie de hechos aislados, incoherentes, cuya sistematización y reducción a una fórmula general es sumamente difícil.

Si observamos, por ejemplo, las variaciones de los precios de las mercaderías en el curso del tiempo, veremos que algunos suben, otros bajan y otros permanecen estables. Sin el empleo de un procedimiento especial no es posible formarse un juicio general sobre el movimiento total de ellos.

El procedimiento adoptado para poder reducir la multitud de los fenómenos a que nos referimos, a una sola fórmula, son los números índices.

Hay autores, aunque muy aislados, que pretenden negar el valor de las generalizaciones que posibilitan los números índices. Pero la economía política ha reconocido cada vez más que el problema de los precios se encuentra en el centro de toda la ciencia económica, como lo demuestra con tanta maestría Gustavo Cassel, el eminente economista sueco, en su obra verdaderamente revolucionaria sobre la materia (1). Y si el problema de los precios merece tanta importancia, pues la producción tiene por objeto obtener un precio por lo producido y de él depende, de otra parte, la distribución del producto social, ¿no existe interés, o mejor dicho, verdadera necesidad de conocer el movimiento general de los precios?

En ellos se manifiesta el desenvolvimiento de la economía nacional, indicando los precios ascendentes un estado de prosperidad y los precios descendentes un estado de crisis económica, al menos dentro de ciertos límites. Por otra parte, los precios pueden ser influenciados también artificialmente por la alteración del valor de la moneda. Valor de la moneda significa, empero, su poder adquisitivo, y el poder adquisitivo de la moneda sólo se puede conocer observando el movimiento general de los precios.

No debe creerse, tampoco, que los números índices representen un procedimiento defectuoso para establecer aquel movimiento de los precios. La teoría de los índices ha progresado

(1) *Theoretische Sozialökonomie*, 4.ª edición, Leipzig, 1927.

enormemente en los últimos años, e Irving Fisher logró demostrar que las fórmulas buenas de que disponemos para el cálculo de los índices, son tan buenas como los mejores aparatos de precisión que emplea el físico (1).

Tomando en consideración todos estos aspectos de la cuestión y muchos otros que el espacio no nos permite señalar en este lugar, el cálculo de números índices de precios chilenos merece un interés sobresaliente.

Para calcular los índices de precios, se han formado cuatro grupos, a saber:

1) Precios al por mayor de productores, subdivididos, a su vez, en:

a) Cereales	4	productos
b) Otros productos agrícolas	9	»
c) Animales de consumo	4	»
d) Productos mineros	3	»
	20	»
Total		

2) Precios al por mayor para revendedores de productos nacionales, subdivididos en:

a) Artículos alimenticios y estimulantes	6	productos
b) Carne en los mataderos	3	»
c) Tejidos	3	»
d) Productos industriales	7	»
	19	»
Total		

3) Precios al por mayor para revendedores de productos importados, subdivididos en:

a) Artículos alimenticios y estimulantes	9	productos
b) Productos industriales y mineros	10	»
	19	»
Total		

4) Precios al por menor en Santiago.

(1) *The Making of Index Numbers*, Boston and New York, 1925. Véase: Carlos Keller R., *El cálculo de los números índices*, en *La Información*, Santiago 1929, Enero.

De este último grupo trataremos más adelante.

Los tres índices de precios al por mayor incluyen en total 58 diferentes productos, cantidad suficiente para obtener un resultado satisfactorio.

Para cada grupo y sub-grupo se ha calculado un índice especial, de manera que es posible estudiar el movimiento de precios de diferentes grupos de mercaderías. Además, se han resumido los tres índices de grupo en un índice general total, el cual demuestra, pues, en la forma más general, el movimiento de los precios en el país.

La importancia relativa de las diferentes mercaderías incluidas en los índices no es igual para todas ellas, por lo cual, en un buen índice, cada parte debe influir en el resultado general conforme a su relativa importancia, o sea su valor. Se ha determinado, pues, en primer lugar, el valor que representa cada mercadería, ya sea calculando el valor de su consumo, producción o importación, según el caso. Más aún, se ha considerado a cada mercadería como representante de todas las similares no incluidas en el índice, pero cuyo movimiento de precio, debido a las interrelaciones que existen en los precios, se manifiesta en el movimiento de precio de las mercaderías incluidas. Un ejemplo ilustrará este hecho. No es preciso incluir en un índice todos los tejidos que existen, lo que prácticamente sería imposible. Se eligen unos pocos productos, de diferente clase, los cuales representan a todos los demás tejidos. La experiencia demuestra que en el movimiento de unos pocos productos bien seleccionados se puede observar el movimiento de precio de todos los demás productos similares.

De la misma manera, cada grupo debe tener, en el cálculo del índice general, la ponderación que corresponde a todos los productos que representa.

Como base de los índices se ha elegido el último año anterior a la guerra mundial, equiparándose los precios de aquel tiempo con 100. El resultado obtenido en el cálculo del índice total general para los diferentes meses desde Enero de 1928 señala un nivel general de los precios que fluctúa entre 185,3 y 196,8. Es decir, los precios casi se han duplicado desde 1913.

INDICE DE PRECIOS AL POR MAYOR SIN AJUSTE DE CAMBIO (1913 = 100)

INDICE MENSUAL 1928

GRUPOS	Enero	Fbro.	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agto.	Stbre.	Otobre.	Novb.	Dibre.
I. Precio de Productores	161,2	162,0	164,2	171,9	176,9	177,5	177,5	173,8	164,2	165,7	168,5	168,3
II. Prec. para Revended.	212,7	221,9	213,2	218,3	221,6	218,9	222,6	218,4	213,7	212,9	209,3	207,7
III. Prec. de Pr. Import.	202,8	204,8	205,6	207,6	208,3	205,2	206,0	205,1	205,4	204,5	206,7	207,3
Indice General	185,3	188,8	187,5	193,2	196,8	195,6	196,8	193,6	187,9	187,9	188,7	188,3

INDICE DE PRECIOS, AL POR MAYOR, CON AJUSTE DE CAMBIO (1913 = 100)

INDICE MENSUAL 1928

GRUPOS	Enero	Febr.	Marzo	Abril	Mayo	Junio	Julio	Agto.	Stbre.	Octobr.	Nov.	Dibre.
I. Prec. de Productores..	100,7	101,1	102,6	107,1	110,1	110,5	110,1	107,8	102,3	102,9	104,6	104,3
II. » para revendedores	132,9	138,5	133,2	136,0	137,9	136,3	138,1	135,5	133,1	132,2	129,9	128,8
III. » de prds. import..	126,7	127,8	128,4	129,3	129,6	127,8	127,8	127,2	128,0	127,0	128,3	128,5
Indice General	115,7	117,9	117,1	120,4	122,5	121,8	122,1	120,1	116,9	116,6	117,1	116,7
Indice General basado en transacc. en el país ..	123,4	126,8	125,3	129,2	131,8	130,3	131,6	128,5	125,0	125,5	124,6	123,9

Si se observa ahora el movimiento de los tres índices parciales de que se compone el total general, se pueden establecer diferencias apreciables entre ellos. Los precios de productores señalan un nivel que fluctúa entre 161,2 y 177,5, es decir, que es mucho más bajo que el índice total general. Los precios para revendedores se han movido en 1928 entre 207,7 y 222,6 y los precios de productos importados, entre 202,8 y 208,3.

Mayor todavía es la diferencia si analizamos los índices de los sub-grupos. En efecto, los productos mineros que forman la gran masa de nuestras exportaciones, mantienen un nivel de precios que oscila entre 131,8 y 143,2, en comparación con el índice mucho más elevado de los productos importados. Resulta así que mientras pagamos por nuestras importaciones más del doble de lo que pagábamos en 1913, recibimos por la gran masa de nuestras exportaciones, sólo un 30 a 40 % más de lo que se nos pagaba por ellas en aquel año.

El índice general total de Chile es relativamente bajo, precisamente porque los productos mineros, de tanta importancia para nuestra economía, mantienen un nivel bajo. Pero aún calculando un índice general, en que el salitre, el cobre y la lana sólo figuran con la ponderación correspondiente al valor de su consumo en el país, se obtiene un resultado que indica un alza de los precios a un nivel que fluctúa entre 197,6 y 212,1.

En este resultado está incluida la depreciación de la moneda desde 1913. Si se calcula un índice con ajuste de cambio, es decir, basado en moneda de oro, se obtiene para 1928 un índice total general que oscila entre 123,4 y 131,8. En Alemania, Inglaterra y Estados Unidos, los precios han subido desde 1913 en un 40 %, más o menos, de manera que en nuestro país el alza ha sido bastante inferior a la de aquellos países.

Para el cálculo del índice de precios al por menor y del costo de la vida en Santiago se han dividido las expensas en cinco grupos, a saber:

a) Alimentación	26	expensas
b) Habitación	6	»
c) Combustible y luz	6	»
d) Vestuario	5	»
e) Varios	5	»

Se ha tomado como base una familia de tres personas adultas o de dos adultos y dos menores de diez años, cuya renta es de \$ 600. Se estableció la siguiente repartición de gastos entre los cinco grupos: alimentación \$ 270;

habitación \$ 120; combustible y luz \$ 45; vestuario \$ 90 y varios \$ 75. Dentro de cada grupo se señaló a cada expensa una ponderación, de acuerdo con una encuesta efectuada al respecto.

Por falta de datos anteriores, se tomó como base el mes de Marzo de 1928.

El índice total señala para el costo de la vida en Santiago un alza casi constante hasta Noviembre, en que alcanza un máximo de 116,7, para bajar rápidamente en Diciembre y Enero, mes en que asciende a 102,8, acercándose, por consiguiente, sensiblemente al mes base.

La alimentación señala un máximo en Noviembre, con 136,3, para bajar en Enero de 1929 a 105,3.—CARLOS KELLER R.

Vidas de poetas: Baudelaire

SANTIAGO de un padre viejo y de una madre demasiado joven, Chales Baudelaire fué un sér delicado, cuyo físico tuvo influencia decisiva en su obra espiritual. Tal es la fuente carnal de una personalidad que resalta en el mundo literario y de la cual se puede decir que no pertenece a su raza ni a su época, sino que es un producto sin raíces en la tierra ni en el tiempo, pero cuya voz cobró acentos de eternidad. Baudelaire está al margen de las categorías, de las escuelas o de las familias intelectuales; escapa al análisis que pretenda asignarle un sitio numerado y clasificado. Sin embargo, nada de más preciso, de mejor burilado y de más mordaz, como corroído al agua fuerte, que su rostro y su pensamiento.

El poeta venía de la clase media, de esa burguesía de los alrededores de 1830, cuya vecindad con el siglo XVIII de Francia la había hecho amanerada y encantadora, como aquella época romántica en que, aún no destronado Chateaubriand, Musset se embriagaba de claro de luna; «ce cochon de Musset», como Baudelaire, despreocupado y bohemio, dijo del poeta pulcro y dandy.

De su padre heredó cierto rebuscamiento de maneras, que se hacía notable cuando Baudelaire entraba a una habitación, acto al cual daba la importancia de un verdadero protocolo,

del que no se apartaba nunca, y que abundaba en galanterías y genuflexiones corteses. Tanto daba que el sitio fuera una morada respetable o un modesto café.

Mas lo que influyó soberanamente en la formación del temperamento del poeta fué su madre. En la entraña sufriente de esta mujer bonita, que se vió obligada a casarse con un anciano, se formó la larva poética que debía dar tan amargos y soberanos acentos. El drama íntimo de aquella pareja sin amor se reflejó en la organización nerviosa del futuro poeta, y acaso no son más que trasuntos de aquella tragedia materna, la áspera voluptuosidad de su poesía y aquellos estallidos de sensualidad imaginativa que parecían ser la revancha de la progenitora en la carne dolorosa del hijo.

Baudelaire no conoció la miseria en la niñez; y hasta supo de cierto esplendor reflejo, cuando su padre fué ayo de la familia Choiseul-Praslin. Pero el buen viejo falleció cuando el pequeño Carlos sólo contaba seis años. Llegó la liberación de su madre, Carolina Archimbault-Dufaye, y pronto la viuda joven y bonita tomó su desquite con la vida casando con el Sr. Aupick, futuro Embajador, militar de buena figura y de excelente situación. El nuevo estado de su madre repercutió dolorosamente en el corazón del hijo. Mientras ella permaneció viuda, desbordó toda su ternura, tanto tiempo prisionera de una unión sin afectos sobre aquel niño, carne de su carne. Viven días de una dicha apasionada; se pasan juntos todos los instantes; no existen sino el uno para el otro. Se comprenderá la crisis horrible que hace en el temperamento pasional del muchacho — que será después la magia de su arte — el amor de la madre por su nuevo marido. Orgullosa, loco de rabia y de celos, el pequeño Baudelaire se aísla, devora en silencio su amargura y no quiere saber nada del mundo y de la vida. En su alma infantil se va formando un sedimento de odio para con el intruso, que Baudelaire no borrará nunca de su alma. Aupick encuentra cerrado el corazón del hijastro para toda aproximación. Aún en el liceo el futuro poeta no se inclina a sus estudios, sino que persiste en recogerse en su desesperación solitaria. Se transforma así en el agua-fiestas, en el obstáculo de la felicidad que une a los esposos.

Los camaradas del joven se sienten extrañados de ese muchacho pálido y orgulloso, que oculta la generosidad de su espíritu y quiere aparecer malo e inabordable. No tiene amigos ni los busca. Sin embargo, entre sus compañeros, Luis Ménard confiesa la curiosidad que Baudelaire le inspira y Emilio Deschanel admira sus primeros versos. Ménard resume sus impresiones medio siglo después, diciendo:

Imperioso, sí, lo era y desagradable, con verdadero prurito de parecerlo aún más. Aquel niño tan cuidadoso de su persona parecía no tener otra preocupación que el cuidado de sus uñas. Mas, cuando nos declaraba: «Yo soy poeta», sentíamos que hacía en esos momentos una declaración trascendental.

* * *

No se aviene nunca con el padrastro que, a pesar de su fracaso en conquistar al joven, procede siempre bien con él. Sobreviene la ruptura, y cuando Carlos Baudelaire cumple veinte años, Aupick se da cuenta de que ya nada queda por tentar; se rebela a la menor palabra; es irreductible. Es entonces cuando lo envían a viajar en el brick del capitán Saur que hará un crucero por los mares del Oriente, con el propósito de que el cambio de ambiente le despierte deseos de trabajar o de escoger una carrera.

A bordo, el joven viajero transido de rencor guarda un mutismo casi completo; no demuestra curiosidad ninguna y sí desdén por sus compañeros de ruta marinera. Corta al nacer toda tentativa de aproximación o de simpatía que hacen los marinos o los pasajeros del brick. Cuando llegan a la isla Mauricio sufre de todo: del clima, del paisaje, del brillo de la naturaleza; se enferma de fiebres, y se aburre a morir, a rabiar, con desesperación. Es hijo apasionado de París, la ciudad que amará siempre en las peores épocas de su vida; y se siente transplantado y nostálgico sobre aquellos mares de clima y de color rabiosos; su alma se asfixia lejos de Occidente. El capitán Saur llega a alarmarse y trata de repatriarlo a toda prisa.

Tan poco grato fué este viaje para Baudelaire que, mucho después, interrogado por Leconte de Lisle por sus impresiones de la isla de Borbón, de donde éste era originario y de la cual conservaba una dulce memoria, aquél le contestó con acritud:

No he puesto jamás el pie en tu jaula de mosquitos, en tu percha de cacatúas. Ví desde lejos palmas, palmas, palmas; azul, azul, azul...

Palabras que hirieron profundamente a Leconte de Lisle. Vuelto de las islas, Baudelaire cumple la mayoría de edad, sus veintiún años, recibe su herencia paterna, nada despreciable, y queda libre. Sin pesar alguno, se aparta del matrimonio Aupick y no ve a su madre más que de vez en cuando y ocultamente. Pasan algunos años en que el dinero no falta. Pero tiene la mano dispendiosa, y los recursos hereditarios se

le van por entre los dedos. Comienza su destino azaroso y contradictorio que atormentará sus nervios hasta la exasperación.

Atraviesa por su vida una mujer y la retendrá para siempre. Es Juana Duval, musa bárbara, criatura de ocio y de sensualidad, de pereza tórrida como la que flota en la tierra y en el mar de las islas lejanas donde nació. Esta mulata tiene los ojos inmensos, de una estupidez casi animal. La conoce en el teatro, sobre la escena, y el poeta se siente arrebatado por aquella hoguera carnal. Toda la vida arrastrará esta cruz de sensualismo febril en cuya carne morena cree ver reflejado el enigma de las tierras venenosas que conoció a bordo del brick, y de las cuales sólo retiene el misterioso embrujamiento. Juana Duval viene a ser para Baudelaire el infierno y el paraíso en la misma medida, y la tigresa bruna marcará con su garra toda su obra poética. He aquí la musa atroz de las *Flores del mal*.

Sin perder su orgullosa apostura, el poeta conoce los más terribles apuros económicos; él, que fué atildado en el vestir, comienza a abandonarse y a beber. Láudano, opio, alcohol fino o grosero, significan lo mismo para calmar su sed de ensueño y de olvido que le reseca la garganta y fustiga su pensamiento. En esta caída perpetua, en esta ola de fango, de sordidez y de sombra, de fiebre y de lujuria, su espíritu, sin embargo, se remonta a una creación poética de arquitectura maravillosa y de música sobrehumana.

▶ A través de los mares, Baudelaire encuentra un alma hermana: es Edgar Poe; como él dipsómano de alcohol y de drogas, inadaptado al medio social, casi al borde de la insania, al margen del buen sentido burgués, con el cerebro hirviente de alucinaciones geniales y de polifonías maravillosas, y el corazón atormentado por los siete puñales de la angustia y roído por la sierpe del desequilibrio interior. Baudelaire lee los *Cuentos Extraordinarios* del estupendo yankee en la propia lengua, el inglés, que ha aprendido de su madre, educada en Inglaterra.

La vida íntima del poeta no sabe más de holgura ni tranquilidad. A pesar del desarreglo de su vida, conserva algunos amigos: Banville, Gautier, el pintor Daumier, algunos críticos y escritores; pero ninguno de ellos puede alardear de conocerle bien, ni de medir en su justo valor el don que como un fuego brutal devora el espíritu de este casi ridículo y casi terrible semi bohemio, con afectaciones de lord descarriado. Este aristócrata del verbo cambia con su mulata injurias atro-

ces. Tiene la manía de cambiar de residencia, como en la conversación de cambiar de tema, en forma de hacer perder la cabeza a sus oyentes.

Juana Duval haría pintoresca su bohemia, si no la tiñera de tragedia rabiosa. Usa telas de colores chillones en su vestimenta, compradas al lance, y que lleva sin otra ropa interior. En la casa gusta andar a pie desnudo, con la enorme cabellera suelta. En el pequeño cuarto, con olor de humedad, ella es para el feroz imaginativo la inmensidad del cielo sobre el mar, las palmas balanceadas por la brisa caliente; y el enervamiento y el horror de los excesos en que ella lo sumerge.

* * *

Su madre, viuda por segunda vez, sueña en retener al hijo que no ha dejado de adorar. Amuebla para él una alcoba con bellos y preciosos grabados, paga las deudas del hijo mil veces pródigo, pero no logra conquistar un temperamento que está al margen de las costumbres y de las leyes. La miseria será la novia eterna del poeta y lo retendrá en sus brazos ásperos toda la vida. Publica las *Flores del mal* y sólo obtiene una pequeña suma; ni siquiera el bullado proceso que origina el libro entona la venta. Para vivir, Baudelaire hace traducciones, publica crónicas de arte de un acierto admirable; trabaja intelectualmente con empeño, en géneros que muchas veces le son odiosos. Mas siempre el fracaso económico que hinca la garra y no le soltará más. Su editor más fiel, el de sus primeros poemas, le falla envuelto en una quiebra.

Siempre cambiando de morada, su habitación es cada vez más sórdida y más estrecha. La musa mulata, con sus ropas chillonas, provoca las burlas de los chiquillos de los barrios modestos. Por aquella época, encuentra un grato refugio en el salón literario de Madame Sabatier, la Presidenta, como él la llama, y donde conoce a Musset. La Presidenta acoge bien a Baudelaire que le demuestra simpatía. Ella se encocora de sentir la adhesión de un hombre de escándalos, de un monstruo poético que le cuenta, como un secreto, que guarda cadáveres bajo su lecho...

Baudelaire sufre de insomnio, que no lo abandonará hasta la muerte,

Durant ces longues nuits d'où le sommeil est banni.

Siente la atracción de la sombra y del rumor del agua. Así busca siempre para vivir las proximidades del Sena y las calles

sombrías, como si tuviera sed de frescor para su insomnio febril. Tal vez el insomnio es la sola amante que le haya realmente querido, y es así cómo a través de sus aventuras reales o imaginativas, en su vida y en su obra, no hallamos otra que en el paroxismo que sacudió a Baudelaire, y que fué su nervio creador, lo haya hecho compartir sus sensaciones y sus sentimientos. La mulata lo desdén y lo engaña, y su apego a la Sabatier no fué precisamente una pasión.

De ahí su desequilibrio interior en que, a pesar de su vida lamentable, el poder del genio hace brotar la chispa divina de sus revuelos hacia la luz y la creación. ¿No ha sido siempre la fuerza del arte el esfuerzo de adaptación de los inadaptados, el desconsuelo profundo de una incurable crisis interior, contra la cual, en los elegidos, se revela la conciencia con acentos supremos:

La poesía de Baudelaire es eso: producto morboso y extraordinario como una flor bellamente monstruosa.—CARLOS ACUÑA.

El hombre de genio y las condiciones económicas

MÁS investigaciones literarias e históricas acerca del hombre de genio son numerosas y parece que en este dominio se han agotado ya los argumentos. Los que han estudiado este problema se han encontrado con cuatro teorías: la de Carlyle, la de Spencer, la de Lombroso y la de Tarde, y, ante la dificultad y complejidad de la cuestión, han optado por refugiarse en alguna de ellas o en una alianza juiciosa de unas y otras. En realidad, era difícil elegir. Los unos, impresionados por el papel de los grandes hombres (Napoleón, Lenin), han seguido los extravíos de Carlyle, afirmando que la historia universal no es sino la historia de los genios, a los cuales se debe todo progreso y toda gran obra humana. Los otros, imbuídos de ideas sociológicas, se han declarado partidarios de Spencer, proclamando que el hombre ilustre es un producto entero y exclusivo del medio social que lo moldea y lo hace a su imagen. Igualmente, hay defensores de la teoría patológica de Lombroso, que afirmó que el genio se asemeja mucho a la locura y que constituye una forma especial de la degeneración. Y, por fin, muchos siguen las concepciones de Tarde, que dió una ingeniosa apariencia sociológica a la teoría de Carlyle. El bri-

llante sociólogo francés consideró la invención como el motor de la evolución social, dividiendo a los hombres en inventores e imitadores. Los primeros, que son los genios que realizan todos los progresos, y los segundos, que forman el público, no hacen más que imitarlos.

He ahí las cuatro teorías relativas al hombre de genio. Hay que reconocer la parte de verdad que encierran algunas de ellas, pero es necesario reconocer también que el problema es mucho más complejo y profundo. Ninguna teoría unilateral, por vasta y profunda que sea, puede explicarnos el extraño fenómeno de la aparición del hombre de genio. Para llegar al conocimiento del por qué del hombre de genio, es necesario olvidar todas las ideas preconcebidas, hacer a un lado las convicciones de lombrosianos y spencerianos, cerrar los libros y abrir ampliamente el espíritu. Solamente así la cuestión aparecerá en toda su realidad y podremos hacer un examen objetivo del asunto.

El problema del genio tiene dos faces que es necesario estudiar para llegar a una comprensión completa de la cuestión: la faz colectiva y la faz individual. Se puede prever para un porvenir próximo la aparición de una nueva ciencia que se dedicará a este doble análisis; como la psicología patológica se ocupa actualmente de los individuos anormales, así la ciencia del hombre de genio (que podría llamarse *Geniología*), se ocupará exclusivamente del estudio de los grandes hombres. Podría dividirse en dos grandes partes: la sociología y la individuología del genio. La sociología del genio se ocupará de la parte colectiva de la cuestión y analizará las condiciones económicas y sociales en que ha surgido un gran hombre; estudiará el estado de la sociedad, la división de clases y la psicología de éstas, el ambiente social y el familiar, la instrucción, la educación, etc. La individuología del genio analizará la química psíquica del gran hombre; su carácter, su temperamento, sus originalidades, sus manías y anormalidades, su género de vida y la relación entre ella y sus obras. La individuología del genio se basará sobre diferentes métodos psicológicos de investigación y tomará necesariamente en consideración el método freudiano, pero sin olvidar los estudios de Lombroso y los datos de la psicología patológica.

Solamente de esta manera, por un estudio largo, profundo y completo, podrá llegarse a un esclarecimiento de la palpitante y misteriosa cuestión del por qué del hombre de genio. Lo realizado hasta ahora no es más que un fragmento, un detalle. No ha sido hallada una síntesis. Se ha olvidado siempre

la parte colectiva del hombre de genio, conformándose con su análisis individual, su biografía anecdótica o novelada. Cuando era necesario ahondar en el sujeto, encarar su análisis económico, estadístico y social, los más audaces retrocedían espantados; la tarea era muy difícil y muy delicada.

Sin embargo, ha habido un sabio que ha salvado todos los obstáculos y a llegado a colocar en este problema una verdadera piedra angular, de una manera tan brillante y sorprendente que permite concebir muchas esperanzas. Este ha sido Alfredo Odin, profesor de la Universidad de Sofía. Su obra se titula *La génesis de los grandes hombres* y fué publicada en París.

La novedad de su estudio consiste en el hecho de haber aplicado por primera vez el método estadístico a un análisis literario, para sacar conclusiones de orden social. Sus investigaciones son de una amplitud verdaderamente imponente. Toma como objeto de su estudio los escritores franceses que han existido desde el año 1300 hasta la primera mitad del siglo XIX. Bajo la denominación de escritores agrupa los poetas, autores dramáticos, novelistas, oradores, actores, y aún los libreros y mecenas tienen en su obra una importancia general. Ha llegado así a reunir 6,000 literatos de talento, creando para cada uno una ficha especial a fin de señalar la herencia, el medio geográfico y etnológico, la religión, el lugar de nacimiento, la educación, la fortuna y la profesión de sus padres. Citaremos aquí las cifras concernientes a la instrucción y condiciones económicas de los escritores de talento.

Se cree generalmente que el hombre de genio no depende en nada de la instrucción que recibe, por la sencilla razón de que él es un genio, hombre superior a los hombres ordinarios. Odin ha examinado la instrucción de 827 hombres de letras durante el período comprendido entre el año 1,300 hasta el 1825 y he aquí los resultados:

Período	Instrucción buena	Instruc. mediocre o nula
1301-1500	33	
1501-1600	110	2
1601-1700	192	7
1701-1750	145	1
1751-1800	199	4
1801-1825	132	2
	811	16

Se ve claramente que la instrucción desempeña papel capital en el desarrollo de los grandes hombres. Sobre 827 hombres de letras, 811, es decir, el 98 %, han recibido una buena instrucción. Esta es la mejor prueba de que ella es una condición necesaria, indispensable para su evolución.

Respecto a las condiciones económicas, Odin ha hecho investigaciones sobre 619 hombres de letras, estudiando las condiciones materiales en que pasaron su juventud. Se puede saber, de esta manera, la influencia de la riqueza material sobre el hombre de genio y si nace tanto en las clases pobres como en las ricas.

Período	Juventud pasada en la abundancia	Juventud pasada en la indigencia
1300-1500	24	1
1501-1600	81	4
1601-1700	157	9
1701-1750	89	12
1751-1800	138	20
1801-1825	73	11
	562	57

Sobre este motivo dice Odin:

Por las solas condiciones económicas en que nacen los niños de familias acomodadas, tienen cuarenta o cincuenta veces más probabilidades de hacerse un nombre en las letras que aquellos que nacen de familias pobres, o, simplemente, de posición económica inestable.

Examinando en último lugar la clase a que pertenecen los escritores franceses, Odin ha estudiado 623 casos, repartiéndolos en cinco grandes grupos: nobleza, magistratura, profesiones liberales, burgueses y trabajadores (obreros, campesinos, domésticos, etc.)

Clases Sociales	Escritores de talento	Escritores de Genio	Número de escritores en relación con la clase o con la población de cada clase.
Nobleza	125	34	159
Magistratura . . .	157,5	29,5	159
Profesiones liberales	116,5	72	24
Burgueses	6,2	10,5	7
Trabajadores	50	11	0,8
	511	112	

Se ve aquí que la nobleza, la magistratura y las profesiones liberales, es decir, las clases privilegiadas de la sociedad, tienen el monopolio en la literatura, produciendo el 80 % de escritores de talento y el 82 % de escritores de genio. Es necesario recordar que estas tres clases constituyen la minoría ínfima de la población. La tercera columna indica la proporción de celebridades en relación con la población. Se advierte, de una sola ojeada, la superioridad abrumadora de la nobleza sobre las otras clases; ella ha producido 159 hombres de letras, mientras que la magistratura no ha producido más que 62, la burguesía 7 y los trabajadores 0,8. En suma, *la nobleza ha producido 200 veces más literatos ilustres que el proletariado.*

No hay duda que el problema del genio tiene relación estrecha con la realidad económica; el hecho de nacer en casa abundante, de recibir una buena instrucción y de pasar la juventud al abrigo de inquietudes materiales, da posibilidades inmensas para el desarrollo del genio, mientras que el nacer en casa pobre no las da sino escasas y débiles. Las cifras son de una elocuencia persuasiva y demuestran claramente que el problema del genio es igualmente un problema de clase.

No es necesario subrayar la importancia de las conclusiones a que llega Odin en su estudio. El genio, sal de la tierra, que polariza con su potencia el alma de los siglos, no aparece nunca como un *accidente feliz* en la evolución de la humanidad, como lo pretenden numerosos sabios, sino que surge en las clases acomodadas y no se desenvuelve más que bajo ciertas condiciones económicas. Este *accidente feliz* ocurre en la clase alta de la sociedad doscientas veces más frecuentemente que en el proletariado, debido a que aquella clase monopoliza las riquezas materiales y puede dar a sus hijos una juventud feliz y estudios completos y tranquilos.

El espíritu del genio no alienta, pues, aquí y allá; evita cuidadosamente las moradas pobres del proletariado y no ama el hambre y la miseria; aparece allí donde las mesas están bien servidas, en medio de la comodidad y la riqueza.—M A R C I C K O W I C Z.

Traducción especial para ATENEA.

Ecós de la visita de Ortega y Gasset

Manantiales, 20 de Diciembre de 1928.

Señor Don Luis Fernández Solar.

Estimado Lucho:

No temo equivocarme e incurrir en una plancha dirigiéndome a tí como al autor del hermoso artículo que, bajo el título de *Sembrador de Inquietud* y con la firma de tus iniciales, publica *La Nación* del domingo último. Desde este apartado refugio campestre, te envío mi más cordial y entusiasta felicitación. Has dicho la palabra más justa, has emitido el juicio más certero que aquí se han pronunciado sobre el maestro español. En la actitud del arquero que orna la carátula de sus libros, has clavado la flecha medio a medio en el blanco.

En realidad, el secreto de la fascinación que sobre nosotros ejerce la palabra de Ortega y Gasset, estriba en que, como tu dices, en él «repercute bella y dramáticamente, más quizás que ningún otro pensador, la hora de su tiempo». Y agregas más adelante:

Toda su obra está en ser espectador, pero un espectador que mira en torno con asombro... Su mente no es sino una mirada nueva para cosas viejas, un como ir siempre llegando ante cada problema.

Es lo que yo decía, después de su última conferencia en la Universidad, a los que le tildan de repetir conceptos conocidos. Cierta, la nivelación social conformada a una escala mesocrática, es un hecho que se viene señalando desde hace mucho tiempo. Todo el siglo XIX la ha preparado y es ella el término natural a que conduce la democracia. Cifras estadísticas, hechos políticos de carácter más bien formal, han servido generalmente a los publicistas para atestiguarla. Ortega y Gasset la siente bullir a su alrededor en todas las manifestaciones de la vida cotidiana: la advierte en los lugares de reunión, en los centros y espectáculos reservados antes a la *élite*, tanto como en el ágora y en la imprenta. Y lo que en otros, sociólogos de gabinete, parecía casi un problema abstracto, cobra bajo su palabra un tembloroso acento dramático.

Otro cargo que ha circulado mucho, es el de superficiali-

dad. Para escapar a él — aunque temo que no escaparía nunca a los profesionales del descontento, a los que ponen todo su empeño y todo su orgullo en no admirar lo que admiran muchos — Ortega debiera detenerse en los temas que insinúa, hasta agotarlos y aportar soluciones a los problemas que deja planteados. Pretender esto significa ignorar la índole misma de los géneros que él cultiva — el ensayo, la conferencia — y, lo que es peor, desconocer la naturaleza de su talento y la finalidad de su misión educadora. Ella consiste en inquietar, en incitar nuestro pensamiento, en hacernos revisar las opiniones adquiridas. Tú lo dices con gráfica precisión: es el suyo «un intelecto que más que responde, pregunta»...

Su don máximo es sugerir, iniciar caminos, crear íntimas encrucijadas y a menudo el provecho de leerlo u oírlo empieza donde él termina. Cuando termina la palabra de este hombre, queda el pensamiento poblado de senderos.

Así, su teoría de los grandes ritmos biológicos que mueven la historia en un sentido pendular — el ritmo de la edad y el ritmo sexual — podrá parecer a algunos una teoría ingeniosa, pero desprovista de seriedad. Yo veo en ella una perspectiva nueva para contemplar la evolución de las sociedades, un ángulo más para mirar el campo de la historia, otro factor a que atender para explicarnos el devenir humano, y lo veo así porque en torno a esta idea, que viene a ser como el hilo destinado a sostener las perlas del collar, se me van juntando muchos hechos que antes encontraba aislados y me parecían de corta significación. Aquí reside la profundidad de Ortega y Gasset: no en la idea difícil, sino en la idea de fácil acceso pero que prolonga muy lejos sus efectos y abre a los caminos transitados salidas insospechadas que los transforman y dilatan remotamente.

Poeta grande, siente la vida como una aventura espiritual perpetua, un magnífico deporte que no tiene otro fin sino vivirla bellamente, y todo él es este regocijo de mirarla, de pensarla, de soñarla, de ir la haciendo.

Sí, la actitud de Ortega es, ante todo, actitud de artista. Vagos resabios de austeridad castellana y gravedad tudesca, le mueven a veces a negar su hedonismo. Pero es inútil. No podemos imaginarlo en la actitud del sabio que busca tenaz y confiado una verdad definitiva ni en la del juez que sentencia o del legislador que fija normas. Asistir al juego de las ideas y sentimientos, en la vida espiritual; contemplar el juego de las actividades humanas en la vida dinámica, es para Ortega un

íntimo goce estético, un placer deportivo, incomparable en calidad e intensidad, que justifica por sí solo el ejercicio del pensamiento. No creo que le desvelen la Verdad y el Bien, considerados como entidades metafísicas, como moldes impuestos a la realidad. En cambio le apasiona la Vida, tal como es, multiforme y contradictoria. Toda explicación simplista, toda solución unilateral le arranca una protesta.

«En esta época donde todo el mundo es «anti» yo aspiro a «ser» y a no «anti-ser», declara orgullosamente (1). También ha dicho:

Necesitamos no perder ningún ingrediente: alma y cuerpo. Vamos, por fin, hacia una edad cuyo lema no puede ser «O lo uno o lo otro» — lema teatral solo aprovechable para gesticulaciones. El tiempo nuevo avanza con letras en las banderas: «Lo uno y lo otro». Integración. Síntesis. No amputaciones (2).

Es por eso que las nuevas generaciones, que sentimos ese mismo afán de integración, reconocemos en él a un maestro, como lo reconocemos en André Gide, otro portavoz de la corriente ecuménica del momento, quien se ha definido en su lema: «Les extrêmes me touchent. Je suis un homme d'extrême milieu.» Suya es también esta declaración: «Je n'ai jamais rien su renoncer.» Ya antes Mauricio Barrès, el príncipe de la juventud intelectual francesa del primer cuarto del presente siglo, había afirmado: «J'ai voulu ne rien nier, être comme la nature qui accepte tous les contrastes, pour en faire une noble et féconde unité.» Para ellos, como para nosotros, el grito d'annunziano: «¡diversidad, sirena del mundo!», resume nuestro más profundo anhelo lírico y expresa la condición más bella y esencial de la vida. Por su atención apasionada a las preocupaciones de la hora que vivimos y por la íntima repercusión que esas preocupaciones encuentran en él, es Ortega y Gasset el pensador de nuestro tiempo. Con razón dices tú: «Por nadie se conocerá un día mejor el drama de esta hora que por este gran español, este espectador que ha sabido mirar con asombro».

Tiempo es ya de terminar estas glosas que van resultando más largas que el texto. Tus apreciaciones coinciden en tal forma con las mías, tus palabras traducen con tal exactitud mi pensamiento, que éste, provocado por aquéllas, se ha puesto a discurrir por su cuenta y no he podido imponerle silencio. Creo que, como yo, te estarán agradecidos otros admiradores del Espectador por haber sabido expresar tan bien su manera de sentir y de comprender la ideología y la acción de José Ortega y Gasset.

Tu primo y viejo amigo.— OSVALDO VICUÑA
LUCO.

(1) *El Espectador*. Tomo V, pág. 113.

(2) *El Espectador*. Tomo V, pág. 118.

Una traducción infame

El Corazón de los Continentes, por Arnaldo Cipolla. Traducción de Carlos Rojas Segovia.—Nacimiento, Santiago.

CONOCIAMOS ya este libro de Cipolla, lleno, como todos los suyos, de esa originalidad, ese *savoir faire* de que tan palmarias muestras nos da el periodista italiano, autor de *En la Llama de la India*, y quisimos recrear un poco el espíritu leyendo en nuestra propia lengua *Il Cuore dei Continenti*. El prometido recreo del espíritu se convirtió en amargura, irritación diríamos mejor.

Desgraciadamente Cipolla cayó esta vez en manos descuidadas o inexpertas, que lo han dejado como digan dueñas; ni su propio padre lo conocería.

No sé por qué existe la vulgar creencia de que traducir un libro es como sorberse un huevo a la copa; hay quienes opinan que basta para ello algún rudimento de la lengua vertible, un superficial conocimiento del castellano, un poco de tupé y el deseo de embolsarse un puñado de pesos.

¡Craso error! Traducir implica una porción de condiciones, y entre las principales está conocer a fondo ambas lenguas, la traducible y la propia, y al decir a fondo quiero decir científica, filológicamente. Me atrevería a sentar este axioma: es muy difícil, si no imposible, traducir al castellano una lengua neolatina sin saber latín. Es preciso ir a buscar en la fuente primitiva la descendencia, la verdadera acepción de muchas palabras; lo contrario es dar palos de ciego o, lo que es lo mismo, exponerse a dar una en el clavo y ciento en la herradura.

Esto es lo que le ha pasado exactamente al señor Rojas con su traducción del italiano. Dicha la cosa por su nombre y hablando en plata, como suele decirse, la traducción es un desastre; no hay derecho a dar al público gato por liebre ni creemos que a una editorial sería como la de Nacimiento le asista tampoco el derecho de defraudar al público en esa forma. Pero prescindamos de consideraciones tardías, y... ejemplo al canto.

Tomemos la primera hoja del primer cuento de *Il Cuore dei Continenti*, del original italiano editado por Mondadori en Milán, en 1926, cuento titulado *Nocturno ecuatorial*, que en la edición de Nacimiento aparece publicado como segundo.

Dice, al empezar, Cipolla:

Ho messo attorno al tavolino la zanzariera. Sarebbe stato impossibile scrivere con la finestra aperta ed il lume acceso, senza tirarmi sul viso e sui fogli nemi di tutta la minima fauna equatoriale notturna.

Y el señor Rojas traduce:

He colocado el mosquitero en torno a la mesa. Habría sido imposible escribir con la ventana abierta, al acceso de la luz, sin arrojarme al rostro el follaje poblado de toda la minúscula fauna ecuatorial nocturna.

Si el señor Rojas supiera un poco de latín o hubiera siquiera consultado el diccionario italiano, hubiera sabido que *acceso* significa *encendido*, del verbo *accendo*, y no hubiera dado esta traducción disparatada. La traducción es:

He colocado el mosquitero al rededor de la mesa. Habría sido imposible escribir con la ventana abierta y la luz encendida, sin que se lanzaran sobre mi rostro y sobre mis cuartillas nubes enteras de insectos de los que componen la diminuta fauna ecuatorial nocturna.

No hay *follaje* que valga, señor traductor; Cipolla dice *sui fogli* y en italiano *foglià* es la hija del árbol, pero la hoja de papel es *foglio*, plural *fogli*. *Acceso* con una *s* significa *encendido* y es participio del verbo *accendo*, del latín *accendere*; para significar *acceso*, como traduce el señor Rojas, debería ir escrito con dos *s*: *accesso*.

Otro párrafo de la misma hoja.

Dice Cipolla:

...le manifestazioni più impressionanti degli indigeni avvengono tutte nell'ombra, a cominciare dalle loro straordinarie danze...

Y traduce el señor Rojas:

...las manifestaciones de la vida de los indígenas se efectúan todas en la sombra, al iniciarse sus danzas extraordinarias...

¡Torcida interpretación! Quiere decir:

...las manifestaciones de la vida indígena se efectúan todas de noche, empezando por sus danzas...

Es decir, todas, empezando por ésta, lo que es muy distinto de lo que nos dice el traductor. Sigamos analizando, sin salir de la primera hoja.

Leemos en Cipolla:

Mi pare che se dovessi rimandare questa fatica, compierla fra qualche tempo, mi rifiuterei di credere ai miei stessi e più recenti ricordi.

Traducción del señor Rojas:

Me parece que si me fuera permitido desechar esta fatiga, repetirla en otro tiempo, me negaría a mí mismo a creer en mis propios y recientes recuerdos.

El señor Rojas Segovia no sabe lo que se pesca. Aquí no hay fatigas ni repeticiones ni negaciones de sí mismo. *Fatica* en este caso no significa *fatiga* sino *tarea*, la tarea de escribir; *compiere* no significa *repetir*, etc. Debería haberse traducido para interpretar al autor:

Me parece que si tuviera que aplazar esta tarea y realizarla en otra ocasión, yo mismo me resistiría a creer en mis propios y recientes recuerdos.

Como ve el señor Rojas, ni *fatica* significa *fatiga* ni *rimandare* significa *desechar*, ni *compiere* significa *repetir*. Lo que decíamos: palos de ciego, una en el clavo y ciento en la herradura.

Una última muestra, siempre de la misma hoja.

Cipolla:

Esiste in mezzo al fiume l'isoletta che impedisce, con la sua fitta vegetazione, all'una di scorgere l'altra, e di sentir meno l'isolamento della loro reciproca situazione geografica.

El señor Rojas traduce:

Existe en medio del río la pequeña isla que con su tupida vegetación impide que se pueda divisar la ribera y se sienta menos el aislamiento de su situación geográfica.

No es eso, precisamente. Lo que impide la vegetación de la isla no es que se divise la ribera, sino que la población de una orilla vea a la otra población, con lo cual aumenta el aislamiento de ambos pueblos, ya de suyo aislados por su situación geográfica. *Et sic de cæteris*. ¿A qué proseguir? Podríamos decir que *dovrebbero* no significa *deben*, como traduce el señor Rojas sino *deberían* y que con el cambio de tiempo verbal el señor Rojas yerra la interpretación del autor, que quiso decir *debería dormir de día*; podríamos exponer que *furbo* no significa bribón, sino *astuto*; podríamos hacer interminable esta crítica. Pero ¿qué más? *Anche*, que significa *también*, lo traduce el señor Rojas por *aún*, y al unir con una conjunción adversativa dos proposiciones que van ligadas por una copulativa, les hace cambiar radicalmente de significación. Dice Cipolla: *Sicuro, Lucia è figlia del capataz...* y el señor Rojas traduce: «De seguro Lucía es la hija del capataz». ¡Qué candidez! *Sicuro* es un modismo italiano, que al traducirlo debería decir: «¿Qué haré? o ¡Qué diablo! Lucía es hija del capataz...» Es una exclamación, un modismo, no propiamente un adverbio de afirmación.

Para terminar, creemos que no hay derecho a lanzar al público una traducción de esta naturaleza, hecha a tontas y a locas, sin el más elemental conocimiento de la lengua que se traduce.

De obras traducidas en esta forma sería una temeridad recomendar la lectura, y es de lamentar, porque el editor debe hacer su negocio.—R. MONDRÍA.

NOTAS Y DOCUMENTOS

Premios literarios de la Universidad de Concepción

El Consejo Directivo de la Universidad de Concepción, en su sesión de 26 de Abril, consideró una proposición de los señores don Enrique Molina y don Luis D. Cruz Ocampo, Presidente y Secretario, respectivamente, de la institución, concebida en los siguientes términos:

«Concepción, Abril 23 de 1929.

Honorable Consejo,

Una de las funciones más importantes de la Universidad es atender al progreso intelectual, que es uno de los caminos por donde se va al adelanto en general y al perfeccionamiento espiritual de la colectividad.

Fuera de lo que la Universidad hace en este sen-

tido por medio de sus escuelas, institutos, laboratorios y publicaciones, creemos que podría además llevar a cabo iniciativas muy provechosas encaminadas a la misma finalidad.

Con tal objeto proponemos al H. Consejo que tenga a bien patrocinar los siguientes proyectos de acuerdo:

1.º Que la revista *Atenea* abra un certamen para premiar el mejor conjunto de biografías que se presente sobre chilenos ilustres que hayan sobresalido por sus actividades en las ciencias, en la educación, en las letras, en la industria, en la política o en la historia militar de nuestra patria. Al conjunto mejor, según el juicio del jurado que se nombre, se le asignará un premio de \$5.000. No habrá segundo premio. Oportunamente solicitará el Consejo de conocidos histo-

riadores y escritores nacionales que tengan a bien aceptar el cargo de jurados. La Universidad se hará cargo de la publicación de la obra premiada. Los originales se recibirán en la Secretaría de la Universidad hasta el 1.º de Octubre de 1930.

Los demás detalles del certamen los arreglará la comisión directora de *Atenea* dando cuenta de lo obrado al Consejo siempre que fuere necesario.

2.º Establecer por cuenta de la Universidad dos premios anuales de \$ 3.000 cada uno a favor de las mejores obras científicas y literarias que se hayan publicado el año anterior.

Dos jurados nombrados por el Consejo acordarán los respectivos premios.

Nos es grato suscribirnos como obsecuentes servidores del Honorable Consejo.—*Enrique Molina*.—*Luis D. Cruz Ocampo*».

Al dar el H. Consejo su aprobación a esta indicación quedan, pues, instituidos los premios que allí se fijan para fomento de las actividades intelectuales del país. El primero tiene por objeto galardonar por una sola vez un libro de carácter biográfico que tenga como fin exaltar las vidas de los ciudadanos que se hayan distinguido en el país por el cultivo de las

letras, las ciencias, la política, la industria, etc.

Los segundos son, en cambio, permanentes y constituyen la primera tentativa sólida que se hace en Chile para fomentar en forma material el cultivo de las letras y de las investigaciones científicas. Cree de esta manera la Universidad de Concepción responder al anhelo, unánime entre los intelectuales del país, de dar a las tareas espirituales un fomento adecuado a las necesidades de quienes a ellas se consagran. Un reglamento que actualmente está en estudio y que será dado a conocer en breve en estas mismas columnas, regirá todos los detalles de esta iniciativa que creemos de innegable importancia para el progreso espiritual de Chile.

El Instituto de Fisiología de la Universidad de Concepción.

Extracto de la Memoria en que el Dr. Alejandro Lipschütz, Director del Instituto de Fisiología de la Universidad de Concepción, da cuenta de la labor realizada por dicho Instituto durante el año 1928.

1) *Personal del Instituto de Fisiología.*

Se nombró como Sub-Di-

rector del Instituto al Doctor Helmuth Kallas, de la Universidad de Dorpat (Estonia). Renunció su cargo de Laboratorista la señorita Julia Peña. En reemplazo de la Srta. Peña se nombró a la Srta. Gertrudis Hempel.

2) *Enseñanza.*

Por primera vez se dió en el Instituto el curso práctico de Fisiología para los estudiantes de Medicina y Dentística durante los meses de Abril, Mayo, Junio y Julio. La asistencia de los estudiantes no dejó nada que desear. También en los cursos teóricos, especialmente en el curso diario de los meses de Octubre y Noviembre, la asistencia fué buena. En la enseñanza tomaron parte el Sub-Director y el Jefe Técnico del Instituto.

3) *Investigación científica.*

Durante el año 1928 se prestó atención especial al lóbulo anterior de la hipófisis, a la hormona ovárica en la orina de la mujer y a la reacción de diagnóstico del embarazo, en vista de la gran importancia práctica de estos problemas.

Otros problemas estudiados en el Instituto fueron: el raspaje vaginal del cuy, en vista de su importancia práctica; el metabolismo del ovario aislado, para elucidar

algunos problemas referentes a la transplatación de ovarios conservados; transplatación de ovarios secados; influencia del frío sobre el huevo de gallina para la conservación de los huevos; la hipertrofia compensatoria del ovario y del testículo.

Han colaborado en la investigación científica el Director, el Dr. H. Kallas, el Jefe Técnico, Sr. S. Vesňakov; los Ayudantes señores O. Soenksen, R. Páez, E. Viñals, F. Meyer, E. Wilckens e Illanes.

4) *Extensión Universitaria.*

Se dió un curso sobre la Fisiología sexual, a los maestros primarios, a petición de la Asociación respectiva. Por invitación del Rector de la Universidad de Chile se dieron conferencias sobre Fisiología sexual en dicha Universidad, en Santiago y en Valparaíso, y una conferencia sobre Organización de la Universidad Moderna en la misma Corporación. Se dieron varias conferencias en el Instituto de Fisiología en seno de la Sociedad de Biología.

5) *Labor Social.*

El Instituto de Fisiología impartió consejos a varios médicos y hacendados en cuestiones referentes a la Fisiología sexual y a la crianza de animales.

6) *Biblioteca.*

La Biblioteca del Instituto se incrementó con periódicos de Fisiología de varios países. Se sirvieron de la Biblioteca el personal científico del Instituto, los ayudantes y varios estudiantes y profesores de la Universidad de Concepción y de la Universidad de Chile.

7) *Relaciones internacionales.*

El Instituto de Fisiología sostuvo durante el año pasado relaciones científicas con varios Institutos de su misma índole de la América Latina, de los Estados Unidos, de Europa y Asia.

A petición de la *Rockefeller Foundation*, se envió a esa Institución una descripción detallada del Instituto de Fisiología, con fotografías, que se publicó en el Tomo X de la serie *Methods and Problems of Medical Education*.

8) *Distinciones.*

El Director del Instituto de Fisiología fué nombrado miembro correspondiente de la Academia de Ciencias de Torino (Italia). La Fundación científica *Ella Sachs Plotz Foundation for the Advancement of Scientific Investigation*, de Boston, destinó al Director de este Instituto la suma de 4,000 pesos para facilitar la investigación científica del establecimien-

to. La suma se invirtió en compra de ratas de Alemania en otros gastos.

9) *Publicaciones.*

El Instituto de Fisiología publicó el resultado de sus investigaciones en el *Boletín de la Sociedad de Biología de Concepción*, en la *Revista Médica de Chile*, en la *Revista Chilena de Historia Natural*, en la *Société de Biologie de París* y en los periódicos científicos de varios países.

Es un placer especial para el Director comprobar que en los títulos de las publicaciones del Instituto aparecieron varios jóvenes ayudantes que participaron en la investigación científica.

Publicaciones del Instituto de Fisiología, desde su fundación.

1. A. Lipschütz, La Autoregulación Orgánica. *Atenea*, suplement. del N.º 9, año III. 1926.
2. Id. Las Secreciones Internas, *Atenea*, N.º 1, año IV, 1927.
3. Id. Das Gesetz der Pubertät. *Deutsche Med. Wochenschrift*, N.º 26, 1927.
4. Id. Transplantación de ovarios conservados a temperaturas bajas. *Rev. Chilena de Hist. Nat.* año XXXI, pág. 18-20, 1927.
5. Id. On some fundamental laws of ovarian dynamics. *Biol. Reviews*, vol. II; N.º 3, 263-280. 1927.

6. Id. Supervivencia de órganos y especialmente del ovario fuera del organismo. *Rev. Méd. de Chile*, t. LV, N.º 7, p. 373-382, 1927.
7. Id. La transplatación ovárica desde el punto de vista experimental. *Crónica Médica de Concepción*, año III N.º 10, 1927.
8. Id. Hermaphrodisme expérimental par transplantation ovarienne en présence des deux testicules intacts. — *Comptes rendus de la Soc. de Biol. de Paris*, t. XCVII, p. 564, 1927.
9. Id. et V. Úprus, Survivance de l'ovaire hors de l'organisme. *C. R. Soc. Biol.* t. XCVII, p. 566, 1927.
10. Id. et S. Vesnjakov, Action endocrine de l'ovaire transplanté après avoir été isolé pendant quinze jours sur de la glace. *C. R. Soc. Biol.*, t. XCVII, p. 652, 1927.
11. Id. S. Vesnjakov, R. Páez et O. Soenksen, Action endocrine de l'ovaire transplanté après avoir été isolé à 20° au-dessus de O. *C. R. Soc. Biol.*, XCVII, p. 653, 1927.
12. A. Lipschütz, Sind die Sexualhormone geschlechtsspezifisch. *Arch. f. Frauenk.*, t. XIII, p. 449-457, 1927.
13. Id. Experiencias sobre hiperfeminización. Antagonismo entre testículo y ovario. *Rev. Méd. de Chile*. Año LV, N.º 7, p. 390-397, 1927.
14. Id. El problema del antagonismo de las glándulas sexuales y su relación con la patología. *Anales de la Universidad de Chile*, 2.ª serie, 2.º trimestre, año V, p. 491-513, 1927.
15. Id. et E. Viñals, Fécondation par le Cobaye expérimentalement hermaphrodite. *C. R. Soc. Biol.*, t. XCVII, p. 1400, 1927.
16. Id. Nouvelles expériences sur l'hermaphrodisme expérimental en présence de testicules intacts. *C. R. Soc. Biol.*, t. XCVII, p. 1401, 1927.
17. Id. El maestro primario de la Universidad. *Antena*, año I, N.º 1, p. 1-5, 1928.
18. Id. New developments in ovarian dynamics and the law of follicular constancy. *The Brit. Journ. of Exp. Biol.*, t. V, N.º 4, p. 283-291, 1928.
19. Id. Über den medizinischen Unterricht in Chile. *Praemedicus*, n.º 8 y 9, 1928.
20. > Transplantation von konserviertem Ovarium. I. Mitt: Endokrine Wirkung von auf Eis konservierten Ovarien. *Pflügers Arch.* t. 220, n.º 1, p. 11-28, 1928.
21. > II. Mitt: Endokrine Wirkung von bei Zimmertemperatur konservierten Ovarien. *Pflügers Arch.*, t. 220, n.º 1, p. 29-34, 1928.
22. Oscar Soenksen, Nuevas observaciones sobre el celo del cuy. *Rev. Chilena de Hist. Nat.*, año XXXII, p. 25-26, 1928.
23. A Lipschütz, III Mitt: Das mikroskopische Verhalten des isolierten und transplantierten Ovariums. *Pflügers Arch.* t. 220, n.º 3, p. 322-338, 1928.
24. Id. Weitere Versuche mit Transplantation von konserviertem Ovarium. *Deutsche Med. Wochenschr.*, N.º 5, 1928.
25. > y R. Páez, Les hormones hypophysaires chez le Cobaye. *C. R. Soc. Biol.*, t. XCIX, p. 453, 1928.
26. > y H. Kallas, Hormones hypophysaires et loi de la

- puberté. *C. R. Soc. Biol.*, t. XCIX, p. 454, 1928.
27. » Histologie des ovaires isolés et transplantés. *C. R. Soc. Biol.*, t. XCIX, p. 533, 1928.
28. » y S. Vesnjakov, Métabolisme de l'ovaire isolé. *C. R. Soc. Biol.*, t. XCIX, p. 535, 1928.
29. » y Ottmar Wilhelm, Castration chez le Pigeon. *C. R. Soc. Biol.*, t. XCIX, p. 691, 1928.
30. » y R. Páez, Etude expérimentale sur les relations entre les corps adipeux des glandes sexuelles et l'hypophyse. *C. R. Soc. Biol.*, t. XCIX, p. 693, 1928.
31. Oscar Soenksen. Algunas constantes físicas de la sangre de la Rana Chilena (*Calyptocephalus Gayi*). *Rev. Chilena de Hist. Nat.*, año XXXII, p. 320-324, 1928.
32. A. Lipschütz, Neue Untersuchungen über experimentellen Hermaphroditismus und über den Antagonismus der Geschlechtsdrüsen. *Pflügers Arch.*, t. 221, N.º 4, p. 439-454, 1929.
33. Id. Der sexuelle Rhythmus. *Arch. per le scienze med.*, t. 50, p. 261, 1927.
34. » La Autonomía del Corazón. *Atenea*, 1928.
35. » Institute of Physiology, University of Concepción, Chile. *Methods and Problems of Medical Education*, t. 10, p. 167, 1928. *The Rockefeller Foundation*, New York, 1928.
36. O. Soenksen, El raspaje vaginal como medio de seguir el ciclo sexual de la hembra del cuy. *Bol. de la Soc. de Biol. de Concepción* (Chile), t. I, p. 61, 1927.
36. A. Lipschütz, El experimento de la hiperfeminización de Steinach. *Bol. de la Soc. de Biol. de Concepción* (Chile), t. I, p. 41, 1927.
38. Id. Algunas observaciones del Dr. Burger sobre el crecimiento de árboles forestales en Suiza. *Bol. de la Soc. de Biol. de Concepción* (Chile) t, I, p. 57. 1927.
39. » Algunos ejemplos de aplicación del método gráfico en la Fisiología, *Bol. de la Soc. de Biol. de Concepción* (Chile), t. I., p. 101, 1927.

EN PRENSA.

40. A. Lipschütz et Ottmar Wilhelm, Castration chez le pigeon. *Journ. de Physiol. et Pathol.*
41. Id. H. Kallas et R. Páez. Hyperfeminierung beim Kaninchen. *Bulletin d'Histologie.*
42. H. Kallas et A. Lipschütz, Über Hyperfeminierung beim Kaninchen. *Bulletin d'Histologie.*
43. A. Lipschütz, Transplantation von getrockneten Ovarium. *Virchows Arch. f. pathol. Physiol. u. Anat.*
44. H. Kallas, Weitere Untersuchungen über die Transplantation getrockneter Ovarien. *Virchows Arch. f. patholog. Physiol. und Anat.*
45. A. Lipschütz, Transplantation d'ovaires isolés. *C. R. Soc Biol.*
46. H. Kallas, Nouvelles observations sur la transplantation d'ovaires séchés. *C. R. Soc. Biol.*
47. A. Lipschütz, H. Kallas et E. Willckens, Physiologie comparative du lobule hypophysaire antérieur. *C. R. Soc. Biol.*
48. Id. et H. Kallas, Nouvelles observations sur les hormones hypophysaires et

- la loi de la puberté. *C. R. Soc. Biol.*
49. H. Kallas, Puberté précoce par parabiose. *C. R. Soc. Biol.*
50. Id. et A. Lipschütz, Corps jaune et phase glandulaire mammaire chez la Lapine. *C. R. Soc. Biol.*
51. A. Lipschütz. et S. Vesnjakov, Nouvelles observations sur le métabolisme de l'ovaire isolé. *C. R. Soc. Biol.*
52. Id. et E. Viñals, Réactions compensatrices du testicule du Cobaye après castration unilatérale. *C. R. Soc. Biol.*
53. » Réactions compensatrices de l'ovaire du Cobaye après castration unilatérale. *C. R. Soc. Biol.*
54. » Secreciones Internas. Edición Rusa (Folleto).
55. » Die experimentellen Grundlagen der Eierstocksverpflanzung (Libro).
56. » Algunas leyes fundamentales de la Fisiología sexual. *Anales de la Universidad de Chile.*
57. » La Organización de la Universidad. *Anales de la Universidad de Chile.*

Cambios en el Directorio de la revista

En nuestra información del número 51, titulada con las mismas palabras que estas líneas, omitimos consignar algunos detalles que afectan a miembros de la Universidad de Concepción con quienes la revista tiene contraída una deuda de gratitud.

En efecto, don Samuel Zenteno Anaya y don Salvador

Gálvez presentaron las renuncias de sus cargos de miembros de la Comisión Directora de la Revista a fines del año próximo pasado. Aun cuando se hicieron cerca de los señores nombrados todas las gestiones posibles para lograr doblegar su resolución, no se pudo conseguir que retiraran esas renuncias, que tenían carácter de indeclinables.

Nos es grato dejar estampados aquí los agradecimientos de la Universidad de Concepción por los servicios que los señores Zenteno y Gálvez prestaron, durante varios años, a esta publicación.

En torno al homicidio de Edwin Elmore.

De acuerdo con la legislación vigente damos inserción a las siguiente líneas:

«Santiago, 23 de Abril de 1929.

Señores Directores, Redactores y Editores de ATENEA.

Muy señores míos:

El comentario con que se precede mi rectificación me obliga a manifestar que el original de Enrico Ferri y la carta, fecha 3 de Octubre último, con la cual me fué remitido por el Excmo. señor G. B. Beverini, E. E. y Ministro Plenipotenciario de Italia en el Perú, están en mi poder, actualmente, a la orden de quienes tengan interés en verlos

El calificativo difamatorio que en el comentario se da a lo que Enrico Ferri considera «un caso evidente de legítima defensa», me obliga también a manifestar que la opinión del primer penalista del mundo me autoriza a no tomar las de los demás en ninguna consideración.

Espero que se sirvan Uds. dar publicidad, conforme a la Ley de Imprenta, a esta nueva rectificación a que me obligan y que ojalá pueda ser la última.

De Uds. S. S.

José Santos Chocano.»

EX-LIBRIS

EL MODERNISMO Y LOS POETAS MODERNISTAS, por RUFINO BLANCO-FOMBONA.—*Editorial Mundo Latino*, Madrid, 1929.

Hé aquí un libro que, escrito de prisa, es, con todo, lo más completo e interesante que se ha esbozado alrededor de nuestro modernismo.

No abandona el autor el tono polémico en el que tiene páginas maestras (léanse fragmentos de sus estudios sobre Darío, Lugones y Chocano). Pero esa actitud violenta e injusta a ratos si resta eficacia al crítico, que Blanco-Fombona no pretende ser, da, en cambio, mayor animación al libro que se lee como una novela. Como una buena novela, se entiende.

En su mayoría, forman el libro artículos publicados en *El Sol* de Madrid alrededor de las personalidades culminantes del movimiento modernista.

El autor les ha dado una ordenación que, en general, se ciñe a una pauta aceptable dentro de una justa estimación de los valores y ha formado un libro al que deberá recurrir como a rica cantera el hombre de fino espíritu crítico (¿don Enrique Diez Canedo? ¿don Pedro Henríquez Ureña?) que intente la verdadera historia de nuestro modernismo.

Muy llenas de simpatía humana las páginas que consagra el autor a la figura de precursor de José Asunción Silva. Conmovedoras las revelaciones sobre Rubén Darío. Sensible que espíritu tan libre como el de Blanco-Fombona se deje seducir por el viejo tópico de que Rubén *no es el poeta de América*. Error que habrá que someter a revisión como tantos otros que circulan alrededor del máximo poeta español de nuestro

siglo. Concede también un interés muy inferior al que se merecen las figuras de Ricardo Jaimes Freyre y Enrique González Martínez. Ambos, en su momento y en su medio, tuvieron mayor significación de la que, al pasar, les atribuye Blanco-Fombona.

Acaso la nota que dedicamos al autor de *El modernismo y los poetas modernistas* adolezca del defecto que señalamos en el libro: apresuramiento, falta de arquitectura, insistencia en los detalles y abandono de la línea central. Pero aspira a tener las buenas cualidades de la obra comentada: independencia, franqueza, honradez, desinterés.

Quien quiera conocer el significado del movimiento modernista y la intimidad de sus grandes figuras deberá leer el libro de Blanco - Fombona.

LITTERATURE ESPAGNOLE, por *Jean Cassou*.—
París, 1929.

Publicado en la colección de panoramas de literaturas contemporáneas, el libro de Jean Cassou es una incitación enérgica para los lectores franceses cultos que quieran conocer el alma de ese país tan diverso y hasta antagónico que vive al otro lado de sus fronteras.

Descendiente de españoles y conocedor inteligente de la literatura de la tierra de sus mayores, Jean Cassou no se conforma con trazar una simple enumeración biográfica y bibliográfica.

Sus pretensiones son de más alto vuelo: intenta en el prólogo una explicación del hecho español y en el epílogo, en son de polémica — una polémica digna y elevada, por cierto — se dirige a un viejo crítico de España en defensa de sus puntos de vista iniciales.

Consignar el intento del culto hispanista no significa celebrar su realización ni compartir sus opiniones. Pero, antes de internarse en el libro, hay que advertir que estamos frente a un espíritu selecto, claro, disciplinado.

Calculada entonces la personalidad del autor, digamos que el libro nos deja una buena impresión, pero que pudo haber sido mejor. Poseedor de un buen castellano, traductor él mismo de algunas obras clásicas de la nueva literatura, amigo de las grandes personalidades españolas, pudo y debió haber precisado más algunos de sus capítulos.

Veamos, sólo por vía de ejemplo, el de la poesía. Creemos, y esto hay que decirlo en honor de Cassou, que las páginas que dedica a Rubén Darío son de las más certeras y justas

consagradas al renovador de la lírica española. Habla después de Antonio Machado («para mí el más grande de todos los poetas españoles») y Juan Ramón Jiménez y... la poesía española termina. Digamos que ambos retratos están hechos con gran cordialidad y comprensión (sobre todo el de Machado), pero que son incompletos, parciales, truncos. No vale hablar de las notas al pie de página en que despacha a Manuel Machado, Villaespesa, Marquina, Diez Canedo y Gabriel y Galán. ¡Qué conjunto abigarrado!

Por lo que tiene de inteligente y sentido (también, digámoslo, de arbitrario) el retrato de Unamuno (en quien, grave error de valoración crítica, no considera la calidad altísima de poeta) hay que lamentar la precipitación cinematográfica con que pasa por la figura cimera de Ortega y Gasset.

Con todos los defectos anotados, y muchos otros más que alargarían desmesuradamente esta nota, el libro de Jean Cassou es el mejor intento de sistematización de la literatura española de nuestros días.

Es un buen borrador del buen libro que Cassou debe escribir sobre el magno tema que apenas deja ahora esbozado.

LA REVOLUCION MEJICANA, por LUIS ARAQUISTAIN.
—*Biblioteca del Hombre Moderno*, Madrid, 1929.

Conocida y admirada para nosotros la personalidad de Luis Araquistain desde la bella jornada de *España*, heredera del pensamiento político de Ortega y Gasset, proseguida en las páginas densas de *El Peligro Yanqui* y en ese libro trágico, especie de admonición y de advertencia en que habla con dramática pasión la voz de la raza, titulado *La Agonía Antillana*.

Habíamos seguido también a Araquistain en sus exploraciones por los campos del drama y la novela. Siempre nos pareció un escritor digno, fuerte, independiente. Gran personalidad literaria. Alta estatura moral. Estilo de hombre en el escritor; dignidad intelectual, en el hombre.

Ningún espectador más indicado para darnos una visión de la revolución mejicana, la tragedia de la América Española. Tragedia saludable si ha de salir de ella estremecida y purificada por el dolor, una nueva forma política, social o económica.

Recuerdo la santa indignación con que en nuestros años mozos recibimos el libro de Blasco Ibáñez sobre *El militarismo mejicano* y cómo el tiempo, destructor de ilusiones, ha ido, im-

placable y despiadadamente, dando la razón al gran escritor valenciano.

Creo que el libro de Araquistain es el análisis más claro, más penetrante, más inteligente de la revolución mejicana pero, por desgracia, no lo creo ni el más sereno, ni el más honrado, ni el más sincero.

Aquí Obregón es Napoleón, César y Alejandro, gran general, gran estadista, gran agricultor. Calles es Cincinato, hombre de acción y de doctrina, férreo en sus convicciones, incorruptible en su intimidad y en su política; Portes Gil, un apóstol agrario y un redentor del indio analfabeto. Todos los hombres que tienen concomitancias con el actual gobierno mejicano son immaculados, heroicos, iluminados. (Ejemplo del método crítico de Araquistain: «De la Huerta es la duplicidad. Calles es la rectitud»).

Los otros («quien no está con nosotros, está contra nosotros») caen todos bajo la excomunión común: Porfirio Díaz es «el último Faraón mejicano»; Francisco Madero, «el apóstol de ojos ausentes»; Adolfo de la Huerta, «el trágico maquiavélico»; Vasconcelos, un intelectual versátil que aparece en una incomprensible colaboración con el bandido Pancho Villa. (Subbrayemos que, casi literalmente, ésta es la opinión que Villa sustentaba sobre Vasconcelos) (*).

Digámoslo de una vez por todas, ya que en una simple nota de redacción no podemos dar mayor extensión a nuestras opiniones: el libro de Araquistain sobre la revolución mejicana nos produce una impresión de desaliento.

No es el libro de un escritor independiente. No es un libro del autor de *El Peligro Yanqui* y *La Agonía Antillana*. Es la exposición de los puntos de vista de un gobierno, encomendada a la pluma de un gran escritor.—M.

(*) Véase la página 118 del número 6, año V, de *Atenea*.

GLOSARIO DE REVISTAS

El Sistema Monárquico y el Espíritu Internacional

En el número de Enero de 1929 de *L'Esprit International*, Guglielmo Ferrero publica un penetrante análisis de la situación política de Europa antes y después de la gran guerra.

Internémonos en el histórico panorama:

«Desde 1815 a 1914 las relaciones entre los grandes estados de Europa han guardado, salvo escasas excepciones, un carácter dinástico. Las cortes acordaban las alianzas, declaraban las guerras, hacían la paz, firmaban los tratados y respondían de su cumplimiento.

En todos los países monárquicos, a excepción de Inglaterra, los ministros de relaciones exteriores depen-

dían directamente del soberano y no eran responsables ante el parlamento sino de una manera relativa y a veces puramente nominal. Los lazos de familia y las relaciones personales entre los soberanos tenían una importancia política de primer orden, tanto como el carácter y las simpatías de cada uno de ellos.

Durante la subsistencia del sistema monárquico, la caída de una dinastía no era sino un accidente casi siempre reparable. Los monarcas se sostenían en Europa mutuamente como las piedras de un muro construido sin cemento. Transformándose en república, un país se aislaba. La república de 1848 debió — en parte — su corta existencia a su aislamiento diplomático. El aislamiento fué una de las dificultades más graves contra las cuales

debió luchar en Francia la Tercera República durante los veinte primeros años de su existencia.

La integridad y la fuerza del sistema fueron el pensamiento dominante de los grandes políticos de la monarquía europea: tanto de Metternich como de Bismarck. Pero la tarea, relativamente fácil hasta 1848, se hizo mucho más difícil a continuación. Francia, bajo el Segundo Imperio, tomó en el sistema una posición especial de la que no se separó definitivamente hasta convertirse en república en 1871. El sistema, no obstante, era lo suficientemente fuerte como para resistir si a la defección de Francia no se hubiese agregado la división entre los Habsburgo y los Romanoff provocada por la guerra de Crimea. La piedra angular del sistema monárquico era la amistad entre las cortes de Viena, Berlín y San Petersburgo. La Santa Alianza lo había comprendido. Esta piedra fué trizada por la guerra de Crimea.

Cuando, después de 1870, Bismarck trató de proseguir la obra de la Santa Alianza formando en Europa la internacional de las cortes, profundamente quebrantada por la revolución de 1884 y las guerras que estallaron entre 1850 y 1870, hizo grandes esfuerzos por restablecer

la unidad de las tres cortes del norte. Comenzó por intentar una alianza entre Berlín, Viena y San Petersburgo. Esto era reconstruir la Santa Alianza en su núcleo vital. Habiendo fracasado la alianza, se dirigió a la dinastía recientemente instaurada en Roma y concluyó la Triple Alianza, que fué sobre todo — lo confiesa él mismo en sus memorias — una alianza dinástica a la que trató de ligar indirectamente a Rusia por el famoso tratado secreto de seguridad. Esto era todavía el plan de la Santa Alianza, pero adaptado, por una combinación sutil, a las contradicciones de la época y a la situación creada por la revolución de 1848 y sus consecuencias. El sistema monárquico empezó a disgregarse definitivamente cuando Guillermo II rompió el tratado secreto con Rusia y fué destruído por la guerra mundial, que comenzó por una querrela entre el imperio de Austria y el imperio ruso. Como para dar una confirmación suprema, *in articulo mortis*, al sistema de la Santa Alianza, los Romanoff, al caer, arrastraron en su ruina a los Habsburgo y a los Hohenzollern.

El sistema está destruído. Razón por la cual la restauración de la monarquía será en lo sucesivo una operación política más complicada

y difícil, aún en Alemania, que lo fué antaño. Mientras que en 1848 y en 1870 Francia se aislaba convirtiéndose en república, Alemania se aislaría mañana si volviera a ser monarquía. El prestigio de los Hohenzollern hasta 1914 derivaba en gran parte de su situación preponderante en el sistema monárquico europeo. Por la triple Alianza y sus relaciones con las otras cortes, eran el sostén de toda la política europea. La dinastía que viniera a tomar su puesto en el futuro no podría restablecer esta situación privilegiada. Al contrario: sería rodeada por la desconfianza y la hostilidad.

Se podría, en suma, restablecer monarquías en el trono o crear nuevas más o menos serias como en Albania, pero no se podría reconstruir el sistema.

Pero esto no es todo: la destrucción del sistema monárquico en Europa ha sufrido complicaciones con una serie de catástrofes dinásticas ocurridas en Asia y Africa. En cierto sentido, se puede decir que la gran crisis de la monarquía que caracteriza los comienzos de nuestro siglo ha comenzado en Asia con la revolución joven-turca de 1908. La revolución china, la crisis persa, la crisis egipcia, la proclamación de la República de Angora,

han sido la continuación. Si Asia y Africa habían sido hasta fines del siglo XIX, los dos continentes monárquicos, no puede decirse otro tanto en 1928.»

Las dos consecuencias más graves de este acontecimiento son, para Ferrero, la bancarrota del equilibrio europeo y el ocaso de la hegemonía de Europa en el Asia, donde un robusto sentimiento nacionalista mira con sistemática y hostil desconfianza toda intromisión extranjera. Ejemplo considerable: la crisis inglesa en Egipto.

Para el historiador, la monarquía ha sido en Europa y Asia, durante todo el siglo XIX, un órgano del espíritu cosmopolita, un lazo entre los pueblos y los estados, una institución internacional en suma. El grave problema de nuestra época es pensar con qué fuerza nueva vamos a reemplazar esta institución desvanecida.

Ya no puede mantenerse en pie la ilusión nacida al calor de los acontecimientos de 1918. Se creyó entonces, por un momento, que la democracia y el sufragio universal iban a unificar a Europa.

Francia e Inglaterra son todavía democracias gobernadas por el sistema representativo tal como lo comprendió y practicó el siglo

XIX. Otro tanto puede decirse de los estados que permanecieron neutrales durante la gran guerra. La república parlamentaria se consolida en Alemania. Son muy de temer en las repúblicas las enfermedades de infancia. La república alemana ha alcanzado ya su décimo año.

Rusia e Italia, por caminos opuestos, llegan a la más abierta hostilidad anti-democrática. Para Rusia, la democracia es un compromiso con la burguesía; para Italia, una componenda con el socialismo. En España un golpe de estado establece la dictadura y trata de afirmarse en la autoridad real.

La pequeña república de Austria parece un protectorado de la Liga de las Naciones. Polonia y Checoslovaquia son dos repúblicas democráticas gobernadas por el sufragio universal, según el sistema proporcional. Pero la democracia, el sufragio universal y el sistema proporcional sufren allí violentos ataques. De momento, la dificultad parece estar resuelta en Checoslovaquia, pero la situación continúa oscura e incierta en Polonia. En Hungría hay un trono vacante, una monarquía sin monarca en la cual el soberano ausente y desconocido está representado por un regente, un almirante que es un

semi-dictador sostenido por el Parlamento y el recuerdo todavía vivo de varios meses de régimen bolchevique.

En la mitad de Europa el régimen representativo y las instituciones democráticas están amenazadas por la dictadura. Europa corre el peligro de dividirse en dos: Europa democrática y Europa dictatorial. Pero oponiéndose como se opone violentamente la Europa dictatorial a la Europa democrática no puede, sin embargo, ponerse de acuerdo consigo misma porque es característica singular de nuestro tiempo la coexistencia de dos dictaduras que se tienen declarada una guerra sin cuartel: la dictadura blanca y la dictadura roja.

Cree Ferrero que la unificación de los principios básicos del Estado sería la mejor solución del problema planteado por la desaparición de la monarquía. Como esto no es, por ahora, posible, el autor ve en las instituciones y movimientos espirituales de carácter internacional el medio más eficaz de lucha contra la disgregación de Europa. Así se explica el desarrollo de la Liga de las Naciones y la influencia, cada día creciente, de la Iglesia Católica y del Partido Socialista.

«Imposible comprender la nueva situación europea —

termina Ferrero — si no se comprenden la importancia y las consecuencias de las catástrofes dinásticas de

1917 y 1918 derivadas de las revoluciones rusa, alemana y austriaca».—*M.*

ATENEA

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS
Y BELLAS ARTES

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE
CONCEPCION

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina ◊ Luis D. Cruz
Ocampo ◊ Eduardo Barrios
Raúl Silva Castro
Félix Armando
Núñez (se-
cretario).

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que edita anualmente se trata de dar una visión completa, y siempre actual, de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de los demás países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas.

PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

Un año	\$ 16.00
Un semestre (cinco números)	9.00
A provincias, recargo de.....	4.00
Suscripción al extranjero (sólo anual)....	3 dólares o su equivalente, según el país.

Todos los asuntos relacionados con la redacción y administración de la Revista deben tratarse con don Raúl Silva Castro, encargado de la Oficina en Santiago.

A T E N E A

REVISTA PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD
DE CONCEPCION

DIRECTORIO DE LA UNIVERSIDAD

ENRIQUE MOLINA G.
Presidente

JULIO PARADA BENAVENTE
Vice - Presidente

LUIS D. CRUZ OCAMPO
Secretario

ELISEO SALAS M.
Tesorero

DIRECTORES:

<i>Francisco Amthauer</i>	<i>Néstor Bahamonde</i>
<i>Serapio Carrasco</i>	<i>Alberto Coddou</i>
<i>Desiderio González</i>	<i>Enrique González Pastor.</i>
<i>Guillermo Grant Benavente</i>	<i>Abraham Melo Peña</i>
<i>Augusto Rivera Parga</i>	<i>Alcibiades Santa Cru</i>
<i>Luis Urrutia Manzano</i>	<i>Pedro Villa Novoa</i>
<i>Samuel Zenteno Anaya.</i>	

COMISION DIRECTORA DE LA REVISTA:

Enrique Molina ◊ *Luis D. Cruz*
Ocampo ◊ *Eduardo Barrios*
Raúl Silva Castro ◊ *Fe-*
lix Armando Niñez
(secretario)